EL LIBRO DE LA JOVEN

PREPARACIÓN MORAL DE LA JOVEN PARA LA VIDA

Bernardo Gentilini

¿Quién hallará una mujer fuerte?
(Salomón)

Educar a un hombre es formar a un individuo
que tal vez no deje nada tras sí;
educar a una mujer es formar las
generaciones que están por educar.
(Catalina)

2ª EDICIÓN

"APOSTOLADO DE LA PRENSA"
Casilla 16, Delicias 2303, Santiago de Chile
— 1920 —

Nihil obstat.
LUIS M. NAI.

Santiago, 20 de Julio de 1920.
Como se pide.

FUENZALIDA, V. G.

ES PROPIEDAD

Imprenta y Encuadernación CLARET, Diez de Julio 1140.

Quid habes quod non accepisti?
¿Qué tienes que no hayas recibido?

Este libro se ha terminado de actualizar a formato electrónico el 8 de septiembre de 2023, Fiesta del Nacimiento de la Santísima Virgen María.

Gratis se recibió y gratis se da.
Se ruega una oración por las almas del purgatorio.

EL LIBRO DE LA JOVEN

I. UNAS PALABRAS DE INTRODUCCIÓN PARA LAS JÓVENES Y LECTORAS: “LA VIDA ES UN DEBER” 6
II. LOS PRIMEROS PASOS 8
1. - Educación de la Voluntad. 8
2. - Formación del carácter. 10
III. Las principales virtudes de la joven. 14
1. - De las Virtudes y de los buenos hábitos. 14
2. - De la piedad 17
3. - De la fortaleza. 20
IV. LA RELIGIÓN 26
1. - Instrucción y Educación religiosa. 26
2. - Deberes para con Dios, consigo mismo y el prójimo. 30
V. - EL ESTUDIO. 33
1. - El Estudio y La Aplicación. 33
2. - Ejemplos de mujeres sabias 37
VI. - LA LECTURA. 42
1. - Libros buenos y libros malos. 42
2. - Las Novelas 47
3. - Los libros escogidos. 49
4. - La Biblioteca de la joven estudiosa. 52
VII. - EL TRABAJO 56
APÉNDICE. “MANUAL TRAINING” EN ESTADOS UNIDOS. 60
VIII. - ECONOMÍA DOMÉSTICA 62
1. - El hogar 62
2. - El gobierno de la casa. 66
3. - Un ejemplo práctico 71
IX. - LA PRECIOSIDAD DEL TIEMPO. 73
X. - MISIÓN DE LA MUJER 78
1. - Elección de estado 78
2. - El Matrimonio 80
3. - El celibato religioso. 84
4. - El celibato seglar. 87
XI. - ACCIÓN SOCIAL FEMENINA 92
1. - Varios Apostolados 92

2. - El Apostolado social de la mujer 94
3. - Grandes ejemplos a través de los siglos 99
XII. - LAS FRIVOLIDADES DE LA MUJER. 104
1. - La frivolidad y la vanidad 104
1. - Las Modas 108
3. - El lujo y la molicie (comodidad). 113
4. - Un triste ejemplo: María Antonieta. 115
XIII. - UNA CUALIDAD MUY FRÁGIL: LA HERMOSURA. 119
XIV. - DOS VIRTUDES DELICADAS: LA MODESTIA Y EL PUDOR. 122
XV. - LOS PELIGROS DE LA MUJER. 126
1. - Galanteos y requiebros... 126
2. - Bailes. 129
3.- Los espectáculos, teatros y cines. 133
XVI. - LOS PECADOS DE LA MUJER. 137
1. - Los pecados capitales 137
2. - El pecado de la lengua. 140
XVII. - HIGIENE Y SALUD. 145
1. - Higiene moral y física. 145
2. - Cultura física. 147
XVIII. - UN IDEAL: LA VIRGEN MARÍA. 150
XIX. - LA MUJER FUERTE DE LA BIBLIA (Conclusión) 153

I. UNAS PALABRAS DE INTRODUCCIÓN PARA LAS JÓVENES Y LECTORAS: “LA VIDA ES UN DEBER”

La vida sin virtud ¿acaso es vida?
(N. F. Moratín)

SUMARIO

Triste realidad.

«Creí que la vida era un sueño: desperté y vi que la vida es un deber»[1].

No es la vida una perpetua aurora, una prolongada sonrisa entre la cuna y el sepulcro, una eterna primavera de inocencia, de juventud, de ensueños...

Así parecen creerlo esas doncellas que van mariposeando, los días largos y las horas largas, de flor en flor, sin darse cuenta de que la flor y la primavera, con sus perfumes y encantos, pasan muy pronto.

No, la vida tiene también su crepúsculo y su noche, el estío con sus ardores, el otoño con sus frutos, el invierno con sus nieves.

No es un ensueño, sino una triste realidad; no es un jardín de flores, sino un campo de lucha; no es un día de placer, sino una jornada de trabajo.

La vida es un deber. Es una misión sobre la tierra.

Nuestro programa.

Intentamos pues, con este libro, preparar a la joven —la cual, cual mariposa que sale de la crisálida, está a punto de salir al mundo— para esa realidad, esa lucha, ese trabajo, ese deber, esa misión... Intentamos prepararla moralmente para la vida.

Guiarla por los intrincados senderos del mundo, descubrir los peligros que la acechan, formar su voluntad, vigorizar su carácter, ilustrar su inteligencia, educar su corazón, lanzarla tras un ideal…

En una palabra, hacerle comprender el alto concepto de la vida. ¡Qué programa!

¡Y es preciso condensar este programa de vastas proporciones en pocas páginas!

Y aún, esmaltar estas páginas de atractivos, que tengan el poder de sugestionar a la juventud, del mismo modo que atraen al despreocupado viajero esas flores silvestres que cubren a trechos un campo desolado...

[1] E. Kant.

“Dejad alguna huella”...

Jóvenes recordad que

la vida es alhaja
que no se halla si se pierde[2]

Recordad que cada día es una existencia en miniatura.
Haced pues vuestra vida llena. Llena de esa plenitud de bienes de que habla la Biblia.
Haced vuestros días dignos de ser vividos.
Dejad alguna huella tras de vuestros pasos…

[2] Calderón

II. LOS PRIMEROS PASOS

1. - Educación de la Voluntad.

La voluntad que del alma es potencia noble y libre...
(Fray Gabriel Téllez)

Cultura del espíritu.

Antes de adornar el cuerpo, es preciso adornar el alma, que es la parte más noble del hombre.

Es la que lleva grabada en sí la imagen de Dios y un rastro de su eterna hermosura.

A medida que se cultiva el alma, más perfecta aparece esa imagen y más radiante esa hermosura.

Sin cultivo, las pasiones humanas van borrando poco a poco esos rastros que nos asemejan en cierto modo a Dios y en su lugar, van trazando los rasgos que nos asemejan a la bestia.

La voluntad.

Como el cuerpo tiene cinco sentidos, así él almacena tres potencias: entendimiento, memoria y voluntad.

Son potencias maravillosas, que dan alas a nuestro espíritu y le transportan fuera de la materia y le encumbran por los espacios etéreos...

No nos metamos en metafísica: digamos sólo que la voluntad es la potencia que gobierna al hombre como el piloto gobierna la nave.

Es la que da el empuje, fija el rumbo y sostiene la marcha.

Es una fuerza motriz más poderosa que el vapor y la electricidad.

Un hombre sin voluntad sería como una nave sin timón, un juguete de las tempestades.

Y una voluntad no educada, sería como una paloma entre las garras de los milanos, presa de los instintos y pasiones humanas.

Educación de la voluntad.

Es pues necesario, ante todo, educar la voluntad.

Templarla para las futuras luchas.

Fortalecerla contra los futuros ataques de los instintos inferiores.

Conquistarle la soberanía sobre el mundo de los sentidos y de la imaginación.

Porque si la voluntad flaquea, todo el hombre flaquea; si la voluntad es esclava, todo el hombre llevará las cadenas de la esclavitud.

Una mirada a lo alto...

Antes de emprender la magna obra de la propia perfección moral, es menester seguir el consejo de un sabio y experimentado maestro de espíritu: «dirigir una mirada a lo alto, en busca de la divina gracia».

Según las palabras de San Pablo*, todo nuestro poder viene de Dios*.[3]

A Él pues se ha de acudir con la oración y los Santos Sacramentos, que son manantiales de la divina gracia.

Con la gracia de Dios y nuestra activa cooperación, podremos repetir con el mismo Apóstol: *todo lo puedo en Aquel que me conforta*.[4]

En el campo interno.

Para la educación de la voluntad no hay mejor medio que el ejercicio. Este ejercicio debe llevarse al cabo en todos los campos de la actividad humana, en el campo interno.

Querer, querer siempre, querer con todas las fuerzas, era el lema del más grande trágico italiano, Victorio Altieri.

La duda, la vacilación, la timidez, relajan todos los resortes de la voluntad.

«No digas nunca: haré, después de haber reflexionado; di inmediatamente: hago. De este modo se fortalecerá tu voluntad».[5]

Firmeza pues en los propósitos, honradez en las promesas, sinceridad en las palabras, decisión en las acciones, imperturbabilidad en todos los vaivenes de la vida o en los contratiempos del día…

Estos son unos cuantos ejercicios internos, destinados a dar a la voluntad aquella facilidad en el bien, que los ejercicios militares dan al soldado en el manejo de las armas.

Una escuela interior de educación.

Bien cierto es que lo dicho no se consigue sin aplicarse seriamente al estudio de sí mismo.

Tal estudio podríamos llamarlo la psicología de nosotros mismos, ciencia tan desconocida para la mayor parte como el cálculo infinitesimal: campo tan inexplorado como los desiertos del África central.

El estudio del perfeccionamiento propio, el ejercicio de las virtudes cristianas, la meditación religiosa, el examen de conciencia, son la escuela en que se ha de formar la voluntad.

Para esto es necesario dedicar algún tiempo en el día a este estudio de sí mismo.

Es necesario apartarse de tiempo en tiempo del tráfago (ajetreo) de las cosas mundanales y encerrarse en nuestro propio interior, como en pequeña celda y ahí poner oído a los oráculos divinos, escuchar las insinuaciones de la gracia, oír las voces del alma, arrulladoras como aleteo de brisa...

Y cuando no se saben interpretar esas inspiraciones mudas que cual céfiro soplan en la soledad del alma sin producir ruido, preciso fuera servirse de un libro de meditaciones religiosas o de lectura moral.

Así se trabaja, en la soledad y en el silencio, como los austeros monjes de la Trapa; la propia perfección moral.

---

[3] Epístola II a los Corintios III, 5.
[4] A los Filipenses IV, 13.
[5] Max. Simón.

Examen de conciencia.

El discutir diariamente la propia conducta, ante el tribunal de la conciencia, es LOS PRIMEROS PASOS, uno de los medios más eficaces para educarse santa y varonilmente.

Los paganos nos podrían dar lecciones sobre este punto.

Pitágoras escribe: «No permitas que el sueño te cierre los ojos antes de haber examinado cada una de tus acciones del día: ¿En qué he faltado? ¿Qué he hecho? ¿Qué deber he olvidado? Empieza por la primera de tus acciones y recórrelas luego todas, regocijándote por el bien y reprendiéndote por el mal que hayas hecho».

Séneca a su vez nos da esta bella lección: «¡Qué cosa más bella que la costumbre de hacer la investigación de cada día!, ¡Qué agradable es el sueño que sigue a esta revista de las propias acciones!, ¡Cuan tranquilo y profundo, cuando el alma ha recibido su parte de elogio o de vituperio; cuando sometiéndose a su propia inspección, a su propia censura, hace en secreto el proceso de su conducta!», «Por lo que a mí toca, todos los días me cito ante el tribunal de mi conciencia. Luego que se retira la luz, discuto todo mi día, peso nuevamente mis actos y mis palabras; nada me disimulo, nada me paso» [6]. Y recomendaba el examen de estas tres cuestiones: «¿De qué defecto me he corregido hoy?, ¿Qué vicio he combatido?, ¿Qué progreso he logrado alcanzar?»...

En el campo externo.

Nuestros actos externos son todos hijos de nuestra alma, hechos a imagen y semejanza suya. Por ellos puede conocerse si la voluntad es educada, como por los frutos buenos se conoce la bondad del árbol.

Conviene pues que la voluntad y no el capricho, rija todos nuestros actos externos e imprima en ellos su marca indeleble; como se imprime en los artefactos la marca de fábrica.

Un programa del día, por ejemplo, trazado de antemano y cumplido al pie de la letra, es una práctica excelente para fortalecer la voluntad.

Lo propio dígase de un horario para las horas de levantarse o acostarse, para las horas de trabajo o estudio, ídem, de un plan higiénico para las comidas o para ciertos ejercicios físicos o gimnásticos. Todos estos ejercicios propenden a aquilatar la voluntad y a darle el temple del carácter.

2. - Formación del carácter.

¡Fragilidad! tu nombre es mujer.
(Shakespeare)

El carácter.

Una voluntad bien educada forma lo que llamamos el carácter, esa consistencia de la voluntad inquebrantable como una roca, inconmovible como los cimientos graníticos sobre que se asientan nuestras montañas.

---

[6] De la cólera, L. III, c. 36.

La configuración de nuestro planeta ha sido la obra lenta de los siglos: del mismo modo la formación del carácter ha de ser la obra lenta, pero continua y eficaz de los años.

Una página de geología.

Para comprender mejor lo dicho, abramos una página de geología: la historia física del globo terrestre. Bajemos al fondo de los mares. Contemplemos un solo pólipo, el animalillo que forma el coral, masa calcárea de los mares. Este pequeño ser, nunca más grueso que la cabeza de un alfiler, formado de un tejido muy blando, absorbe diariamente una cantidad de alimento que puede pesar treinta o cuarenta veces más que su cuerpo. Su estructura tiene la forma de un cilindro hueco, provisto de una abertura bucal, que ingiere por lo regular conchas calcáreas. Bien pronto las secreciones del pólipo forman un botón, que luego se convierte en rama y ésta en arbolillo. Los pólipos se multiplican sin cesar, y aumentan el volumen del tronco que se levanta a la altura de diez, cincuenta, cien pies, hasta la superficie del agua. Las olas arrastran a veces hasta el fondo del abismo una parte del polipero, es decir de esa masa pedregosa; y entonces las innumerables generaciones de pólipos que habitan esa masa, vuelven a proseguir su obra con nuevo ardimiento, al primer polipero se agrega un segundo, luego un tercero y así sucesivamente, hasta que poco a poco forman un arrecife; los arrecifes se convierten en islas y éstas se acumulan en extensos bancos de coral de centenares de leguas.

El profesor Schleiden, de Jena, escribía: «¡Cosa extraña! no son las masas colosales de las ballenas y de los elefantes, ni los troncos corpulentos de las encinas, sino los pólipos y las pequeñas plantas microscópicas, ocultas en los pantanos, los que han ejercido una acción poderosa en la estructura de la tierra».

De una manera análoga se forma la granítica estructura del carácter.

Cada victoria que alcanza la voluntad sobre el mundo rebelde de los instintos inferiores, es una gota de coral que va cayendo, sobreponiéndose a otras gotas y formando así la base calcárea del carácter.

Actos de debilidad moral...

A este silencioso trabajo de consolidación de la voluntad, debe la joven dedicar sus mejores esfuerzos. Y en estos esfuerzos ha de ser constante, perseverante, resistente. Cualquier acto de debilidad (el triunfo de la pereza, de la ira, de la gula... sobre la voluntad) es una brecha que el enemigo espiritual abre en nuestra alma. Tales actos de debilidad repetitivos, tentaciones no vencidas habitualmente, derrotas morales frecuentes, son como la gota de agua que cayendo continuamente horada (perfora) la piedra.

«La donna é mobile»...

Tal constancia y resistencia se impone en modo especial a la mujer, que es un ser tan frágil. Tal vez con mucha razón los moralistas la llaman el *sexo débil*. Y otros, tal vez sin mucha razón, las apellidan *veletas*.

Al escribir esto, resuenan en mis oídos los ecos de aquel aire:

"La donna é mobile qual piuma al vento…"

La zona tórrida de la vida...

Y aun con más razón se imponen esta constancia y resistencia, en esos años en que bullen en la mente vagos ensueños y hierven en el pecho insólitas pasiones.

Bien dijo Severo Catalina: «Esa edad (la de diez y siete años) puede considerarse como la zona tórrida en la esfera de la vida. ¡Dichosos los que la cruzan con felicidad!».

«La dureza del diamante».

San Crisóstomo alaba a la mujer fuerte que ha sabido templar su carácter. «Hay mujeres —dice— que no sólo han sido más valientes que los hombres, sino que casi han llegado a la impasibilidad de los ángeles...

Las hay que, semejantes a la roca inmoble, no sólo no han sido arrastradas por las olas, sino que éstas han venido a estrellarse espumantes contra ellas: tenían la solidez del hierro y la limpia dureza del diamante».[7]

Santa Juana de Arco.

Una de esas mujeres fue Juana de Arco, gran corazón y gran carácter.[8]
Pastora de Domrémy, viste la coraza y empuña la lanza...

Era necesario arrojar a los ingleses del suelo francés. Se pone ella a la cabeza del ejército y hace flamear al viento su estandarte blanco flordelisado, sobre el cual estaban pintados Dios y los ángeles en adoración, con la divisa Jesús y María. Y parecía decir a los suyos, con el fuego de su mirada, mientras ella misma levantaba el estandarte: “seguid impertérritos este pendón que nos llevará a la victoria”.

En verdad, ese estandarte fue un nuevo lábaro victorioso.

Una joven doncella había transfundido su espíritu en los franceses y había hecho temblar al aguerrido ejército inglés. Como coronamiento de sus triunfos, Juana de Arco lleva al rey a Reims y le hace coronar en la histórica catedral (17 de Julio de 1429). Su misión había concluido. Le faltaba sólo subir al Calvario, porque como en el fuego se prueba el oro, así en las dichas y tribulaciones; se templan los grandes caracteres.

La doncella de Orléans, la salvadora de Francia, subía más tarde al lugar del suplicio. «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!» fueron sus últimas palabras, mientras las llamas de la hoguera envolvían ese cuerpo virginal.

Perla y diamante.

Con la lenta pero continua acción del tiempo, se forma la perla en la concha de los mares y se cristaliza el diamante en las minas de carbón. Del mismo modo se ha de ir formando en la joven cristiana la perla de la voluntad y cristalizando el diamante del carácter.

---

[7] Ut ferrum, ut adamas. (como el hierro, como los diamantes)
[8] Fue canonizada el 16 de Mayo de 1920.

La personalidad.

Y sobre la base sólida del carácter, se ha de construir la propia personalidad, que es el conjunto de cualidades que constituyen al hombre y es, como dice un autor, «cúspide hermosísima de la naturaleza y último esfuerzo de la creación».

III. Las principales virtudes de la joven.

1. - De las Virtudes y de los buenos hábitos.

En el ejercicio de la virtud están armonizadas
todas las facultades del hombre.
(Balmes)

Lo que es la virtud.

Cicerón dice que la palabra *virtud* viene de *vir*: varón[9], como para indicar que su esencia es la virilidad.

San Agustín con su mirada de águila, abarca un horizonte más vasto y describe la virtud como *el arte de vivir bien y rectamente*[10]. Y en otra parte la llama, *la hermosura interior del hombre*.

«La virtud —escribe a su vez Bossuet— es un hábito de vivir según la razón y como la razón es la parte más noble del hombre, es preciso concluir que la virtud es el mayor bien que pueda existir en el hombre».

Nobleza y hermosura de la virtud.

La virtud es de linaje divino. «La principal nobleza es la de la virtud, que no necesita ascendientes y que, si los buscara, los hallaría en el cielo»[11].

Los mismos paganos reconocieron su noble origen. Sócrates, uno de los oráculos de la filosofía pagana, escribe: «Debemos procurar ser virtuosos y sabios, por ser la sabiduría y la virtud los dos únicos bienes positivos de la vida, puesto que uno y otro son igualmente eternos, como eterno es Dios de quien ambos proceden».

Filón de Larisa, filósofo griego, escribe: «La virtud no sólo es hermosa, sino que es la idea, la imagen de la hermosura misma de Dios».

«Todos sus caminos son bellos».[12]

«El camino de la gloria»

La virtud, según San Bernardo, es el camino de la gloria. Mas hay que añadir que este camino está erizado de espinas.

La senda de la virtud es muy estrecha y el camino del vicio ancho y espacioso, y sus fines y paraderos son diferentes; porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte; y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin.

---

[9] Ex viro virtus (lib. De Offi.)
[10] De civit., lib. IV, c. 21.
[11] Núñez de Arenas.
[12] Proverbios III, 17.

Como dice el gran poeta castellano, nuestro Garcilaso:

por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento
do nunca arriba quien de allí declina.[13]

La verdadera y sólida virtud estriba en el sacrificio. Y sólo en el terreno del sacrificio crecen las palmas del martirio o los laureles de la gloria.

Virtudes teologales y cardinales.

La virtud no es planta que crece sola, sin riego y sin cultivo. Necesita solerte (sagaz) cultivo para brotar, crecer y arraigar hondamente en el alma. Para esto uno de los medios más eficaces es la práctica constante de las virtudes cristianas. Todas estas son necesarias y recomendables, pero en especial las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad; y las cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Son estas virtudes las columnas morales del templo de la santidad.

«La Ciudad de los elegidos»

Las virtudes cristianas son como una ciudad inexpugnable, en la cual debe atrincherarse quien desea llegar a la perfección.

«Ellas son —dice Hugo de San Víctor— la ciudad de los elegidos, cuyas trincheras son el desprecio de las cosas de la tierra, cuyas murallas son la esperanza, las avanzadas son la paciencia, las torres la humildad, las fuentes son las lágrimas, los centinelas la prudencia, las armas la oración y los Sacramentos, las puertas la obediencia, el rey la caridad y las tropas son la justicia, la templanza y la fuerza».

Dos fórmulas.

Debemos añadir que uno de los medios que facilitan la práctica de la virtud son los buenos hábitos.

Todos los principios sobre educación pueden resumirse en estas dos fórmulas: luchar contra las malas tendencias y preparado así el terreno, engendrar los buenos hábitos, que determinan una naturaleza mejor.

Las malas tendencias.

Hay en el hombre apetitos inferiores e instintos salvajes, que delatan cuanta parte tiene en él la animalidad... Toda esa mala yerba pulula en el alma como la cizaña en los campos. Es menester estar siempre con la hoz en la mano, limpiando el terreno. Es fuerza impedir que tales tendencias tomen cuerpo y se conviertan en hábitos malos, que son los peores tiranos del hombre. Los hábitos malos son como el caparazón que aprisiona el caracol: se adhieren al hombre y le acompañan perpetuamente.

[13] Cervantes.

Hay, p. e., mujeres iracundas que no supieron libertarse en su juventud de la mala tendencia de la ira: ésta se convirtió en hábito, el hábito en segunda naturaleza y ésta formó como un caparazón que aprisionó el alma y no la dejará libre hasta el borde de la tumba.

Los buenos hábitos.

Los hábitos se podrían llamar los reguladores de la vida, porque como la ruedecita del reloj, hacen marchar casi automáticamente nuestra existencia.

El hábito bueno se forma por la repetición continuada de un mismo acto. Tal acto costará mucho esfuerzo al principio, mas poco a poco se hará más fácil, por el poder receptivo que poseen nuestras facultades y nuestros sentidos; del mismo modo que por medio del ejercicio se hace más fácil la lectura, la escritura o cualquier arte.

Los hábitos buenos pues, capitalizados pacientemente, facilitan la virtud, aumentan nuestra energía y libran a la voluntad de un esfuerzo continuado. Y cuanto más numerosos sean los actos de la vida que el hábito bueno consiga regir, sin importunar la atención y sin requerir esfuerzo consciente, tanto mayor será nuestra libertad para vivir una vida inteligente y tanto más fácil el camino de la perfección.

Una escuela de virtud.

Gran influjo ejerce sobre el hombre y en especial sobre la juventud, el ejemplo de los santos. Estos son los verdaderos héroes del cristianismo, la flor de la humanidad, la quinta esencia del espíritu humano.

La santidad es fruto de la virtud acrisolada, de hábitos santos, de grandeza moral.

La lectura diaria de la Vida de los Santos, ha sido siempre una grande escuela de perfección.

Un ejemplo edificante.

Aquí va el ejemplo de una doncella, tierna por edad y grande por virtud. Santa Cecilia, joven romana de rara hermosura, se consagró voluntariamente, en la primavera de la vida, a Jesucristo con el voto de virginidad. Conservaba la pureza de su alma por medio del retiro, la oración y la mortificación de los sentidos. Parecía un ángel bajo apariencias humanas. Cultivaba la música y cantaba al son del órgano: —¡Señor, guarda mi corazón y mi cuerpo inmaculado! — Leía y meditaba el santo Evangelio y lo llevaba sobre su corazón como una preciosa reliquia de su celestial Esposo.

Se esmeraba en el servicio de Dios y en la expansión de su alma decía: “Señor, tu sierva Cecilia, desea servirte con la diligente asiduidad que emplea la abeja para formar el panal”. Y al hacer alguna obra buena solía exclamar: “Jesús, inspirador de castos consejos, recibe estas obras como fruto de la buena semilla que has sembrado en el corazón de Cecilia”. Hizo de Valeriano, joven pagano muy distinguido, a quien sus padres la habían prometido, un fervoroso cristiano. Lo mismo hizo con Tiburcio, hermano de Valeriano.

Apenas Almaquio, prefecto de Roma, supo la conversión de los dos nobles hermanos, los hizo prender y como confesasen intrépidos la fe de Jesucristo, los entregó a los suplicios del martirio. Había llegado el turno de Cecilia. Ella distribuyó entre los pobres todos sus bienes y dio su casa a la Iglesia.[14]

[14] Su casa, consagrada en iglesia por San Urbano, bajo la advocación de Santa Cecilia, es aún hoy en día una de las iglesias más veneradas de Roma. Allí se ve el baño donde Cecilia debía ser quemada. En ella reunió más tarde el Papa

Almaquio la condenó a ser quemada viva en el baño de la casa. Mas el fuego respetó ese cuerpo virginal. Entonces se dio orden de decapitarla. El verdugo le dio tres golpes con el hacha sin haber podido causarle más que una profunda herida y avergonzado de su crueldad se escapó dejando a Cecilia medio muerta, bañada en su propia sangre.

Así estuvo tres días agonizando, y murmurando plegarias, y ofreciendo a Dios el sacrificio de su vida. Sus verdugos al ver tanta belleza, tanto candor y tanto heroísmo, se convirtieron a la fe y exclamaban: «Creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios y Dios verdadero; pues sólo un Dios ha podido obrar el prodigio de formar para sí una sierva tal como Cecilia».[15]

¿Quién, después de la lectura de página semejante, no siente en su alma las ansias del amor divino y el estímulo de la virtud?...

Hay páginas que aromatizan como el nardo y el jazmín.

2. - De la piedad.

La piedad es útil para todas las cosas.
(Ep. I a Timoteo, IV, 8)

La piedad.

Es la virtud reina de la doncella cristiana.
Es la aureola que debe ceñir sus sienes.
Es la corona de majestad que debe enguirnaldar su rostro.
La piedad es el perfume de un corazón creyente.
Es la flor más primorosa de la virtud.
Es la belleza del alma que encanta, atrae y fascina.
Es la íntima unión con Dios.

«Es el amor»…

La piedad cristiana no es esa virtud seca y estoica de los antiguos, no es tampoco ese sentimiento austero y frío de ciertas almas más rígidas que la ley... No, es un sentimiento lleno de dulzura, que suaviza al hombre, lo alimenta de amor, lo sacia de ternura divina y lo une a Dios con lazos más dulces, más fuertes que todos los que pueden expresarse en las lenguas humanas.

La piedad es el amor, el amor más verdadero, más fuerte, más penetrante que existe sobre la tierra.

El amor, dice San Agustín, es un peso que arrastra..., es la fuerza que mueve los seres inteligentes».[16]

Pascasio I los cuerpos de San Valeriano, San Tiburcio, San Urbano y San Lucio y los restos de San Máximo. En ella se admira también una estatua de Cecilia en actitud de caer a tierra herida en la garganta.

[15] V. Breviario romano.

[16] Landriot. *La mujer piadosa*. Conf. XV

Una bella definición.

La piedad «es un sentimiento interior, un sentimiento amoroso, un movimiento de la inteligencia y del corazón que nos une a Dios, que perfecciona toda nuestra naturaleza y nos da una facilidad maravillosa para cumplir con alegría y prontitud todos los deberes de la vida cristiana y social».[17]

Tales palabras nos permiten adivinar las proyecciones asombrosas de esa virtud que después de haber llenado el interior del alma; se desborda al exterior como un torrente de luz.

«Nos une a Dios».

La piedad une a Dios con hilos tan suaves como de seda, tan dorados como hebras de luz. Uno de esos hilos es la oración mental.

La oración mental, es según Santa Teresa, "una comunicación íntima y amistosa entre Dios y el alma, sin cansarse de expresarse su amor mutuamente».

Es lo que llamamos la meditación. La meditación diaria ha de ser la fragua que enciende el fuego del amor divino en el alma.

La oración vocal es otro de esos hilos suaves y dorados. Es una conversación oral con Dios, durante la cual se diría que el corazón palpita sobre los labios.

La oración es necesaria.

La oración es tan necesaria al alma, como el sol al mundo físico.

«Hay siempre vientos abrasadores que pasan sobre el alma y la secan. La oración es el rocío que la refrigera. Sois un viajero que busca la patria: no andéis con la cabeza baja: es preciso alzar los ojos para reconocer el camino».[18]

Quien no reza diariamente, en especial por la mañana y por la noche, olvida el camino hacia lo alto, cierra su alma a las comunicaciones divinas y se envuelve en tinieblas como en un sudario.

«Un huerto sin agua no será un jardín de flores, sino un erial inculto; una fragua sin fuego no es una oficina donde se trabajan los metales, es un rincón lleno de tizna y de basura; una nave sin timón no es la reina de los mares, un juguete más de las olas; y un alma sin oración es todo esto juntamente: erial inculto, rincón de basura, juguete de las olas».[19]

«Con alegría y prontitud».

He subrayado al propósito esas palabras de la definición: cumplir con alegría y prontitud... Pues la piedad no es huraña y dejada, sino alegre y diligente, no aleja y disgusta, sino que atrae y cautiva. Es el rayo de sol que abrillanta cuanto toca. Es la gota de rocío que juguetea sobre la corola de la flor y resbala en el cáliz para convertirse en néctar.

La piedad es como ambrosía, ese legendario manjar de los dioses.

«Dios —dice San Agustín— da todos los días magníficos espectáculos a las almas interiores y no hay nada más bello que esas fiestas».

Esa alegría interior trasciende a lo exterior y se comunica... Por esto se dice que la piedad alegre ejerce un verdadero apostolado para el bien.

---

[17] Landriot. *La mujer piadosa*. Conf. XV

[18] Lamemais.

[19] P. Valencina.

«Todos los deberes»...

También he subrayado esas otras palabras: todos los deberes de la vida cristiana y social; pues la piedad no tiene por teatro sólo el templo o el hogar, sino también el mundo.

Ella irradia su benéfica luz sobre todos los deberes de la vida, del mismo modo que el sol alumbra todos los ámbitos de la tierra. Ella abraza todos los momentos del día, e informa todos los actos privados y públicos de la vida. Sobre cada cosa va pasando su luz esplendorosa.
Ella preside en especial todos los trabajos.

Según esto, escribía San Jerónimo: «Mientras vuestras manos trabajan, que vuestra alma piense en Dios; las manos y los ojos sobre vuestra obra y vuestro corazón en el cielo».

Un programa de vida. Oración y meditación.

No es pues, la piedad un mero formulario de prácticas exteriores. No, es el alma del alma. Es la unción divina derramada sobre todas las cosas. Esta unción, por cierto, se ha de manifestar en especial en las prácticas religiosas.
He aquí un admirable plan de vida espiritual que daba el ilustre Monseñor Landriot a las damas de Reims: «¿Cuáles son los ejercicios religiosos que pueden entrar cada día en el plan de vida de una mujer piadosa?

Después de la oración de la mañana, desearía que una mujer piadosa hiciera algunos instantes de meditación, aunque no fuera sino por un cuarto de hora. Un cuarto de hora pasado así en la presencia del Señor, da otro tinte a las horas del día, las ilumina con una luz divina, fija la vista de los objetos, comunica al alma una consistencia vigorosa y una inmovilidad divina en medio de la inestabilidad continua de las cosas humanas.

¿Sabéis lo que hacen todas las mañanas los habitantes de las orillas del mar, sobre todo en los calores del estío? Los que tienen costumbre de madrugar, desde la salida abren todas las ventanas de sus aposentos. Una brisa fresca y vivificante se introduce en ellos, arroja los pesados vapores de la noche, renueva el aire interior y prepara una provisión de frescura para el resto del día; después cierran las puertas y se previenen así contra los ardores del sol. Abrid pues todas las mañanas las ventanas de vuestra alma: dejad penetrar este ambiente, esta brisa universal de las almas que circula por todas partes; dejad a la gracia, dejad a ese espíritu de amor entrar en vosotras, renovar por decirlo así la sangre de vuestra alma; y cuando llegue el calor del día, tendréis en el interior vuestra provisión de frescura y de fuerza para soportarlo todo.

La Misa y la Comunión.

Cuando podáis, señoras asistid en la semana al santo sacrificio de la Misa.

Ya lo sabéis, la Misa es el memorial de la Pasión, es el más augusto de los sacrificios y la más solemne de las oraciones. Habréis hecho una dulce obligación en acompañar a nuestro Señor al Calvario: pues bien, nuestro buen Maestro repite todos los días de un modo místico esa ascensión de amor. Id pues con Él: recibiréis algunas gotas de su sangre divina y este será el mejor bálsamo para las heridas del alma y del corazón, que se renuevan con tanta frecuencia en la vida. Entonces, aunque no comulguéis sacramentalmente, desead recibir al divino Salvador, su espíritu, sus virtudes, su amor; haréis vuestras todas las propiedades bienaventuradas de la sangre de Jesucristo y cuando volváis a entrar en vuestro interior, se habrá verificado en él una especie de transfiguración divina; todo el mundo lo notará: seréis dulces, humildes, pacientes, buenas y afectuosas; pero tendréis un modo de practicar estas virtudes que no pertenecerá a la tierra, habrá algo humanamente divino, seréis la imagen de Jesucristo; este es el efecto que debería producir siempre en vosotras la asistencia al santo sacrificio.

Lectura espiritual.

En el curso del día, señoras, quisiera que tuviéseis algunos refrigerios: son convenientes en los calores del estío y el alma tiene más necesidad de ellos que el cuerpo.

A cierta hora del día (que será determinada por vuestro género de vida y también algunas veces por las circunstancias) haced una corta lectura espiritual; tened un libro escogido como los de San Francisco de Sales "la Imitación" u otra obra según vuestro gusto, cuyo autor sea a la vez piadoso e instruido: estas dos condiciones son necesarias; abridle y leed algunas frases, después consideradlas.

Haced como aquellos que tienen el gusto delicado, gustadlas, atraed su perfume al interior, alimentaos de esta sustancia penetrante…

Reservad algunos instantes en el día al recuerdo de la bienaventurada Virgen María, rezad el rosario, o si no podéis; una o dos decenas. Pero recitarlas con el corazón y que esta invocación a María, no caiga de vuestros labios gota a gota como el agua salobre que cae de un canal medio seco; ¡que sea la expresión de un sentimiento verdadero!

Otras prácticas.

«¿Tenéis aún algunos momentos de que disponer durante el día?, ¿estáis cerca de alguna iglesia?, ¿tenéis algún dolor en el alma, alguna inquietud, alguna pena moral?; id a recitar una oración al pie de los santos altares. No conozco mejor cordial, nada alivia tan poderosamente y con tan enérgica prontitud.

Haced un haz de todas las penas, de todos los dolores de la vida, de todas las incertidumbres que oprimen el corazón, depositadlas a los pies de Nuestro Señor; después no os ocupéis más de ellas; Dios proveerá.

Si no podéis visitar el templo material, tened siempre en vuestro corazón un altar preparado; que vuestro amor sea el incienso. En el corazón de Santa Teresa era donde Nuestro Señor daba ordinariamente cita a esta gran santa.

Que todo termine por el culto interior, por la adoración en espíritu y en verdad, por la reforma de todo el ser interior. Esta será la mejor respuesta a los que nos reprochan de ahogar el espíritu religioso bajo formas exteriores: no, esto no es la religión de Cristo: ella busca ante todo las almas, las eleva continuamente de las formas al culto invisible, al culto del amor...»[20]

De este modo la piedad llega a ser el alma del alma.

3. - De la fortaleza.

¡Valor, siempre valor!
No hay virtud ninguna sin esta cualidad.

La Fortaleza.

Es una de esas grandes virtudes cristianas que llamamos cardinales, como si sobre ellas girasen, como sobre un gozne, todas las demás virtudes.

Ella es el nervio de la virtud.

[20] *La mujer piadosa*. Conf. XIII

Es su torre ebúrnea (de marfil).

Es el valor cristiano.

Es el heroísmo.

Según San Cirilo de Alejandría, «la Fortaleza es una energía que hace que el alma emprenda las obras con el vigor de la juventud».[21]

Comparaciones.

Los mariscos tienen su concha, el soldado tiene su broquel, el buque tiene su casco de hierro. El alma también debe tener su broquel y su ceñidor: su broquel es la firmeza, su ceñidor es la fortaleza.[22]

Valor cristiano.

Hemos dicho que la fortaleza es el valor cristiano desplegado a veces hasta el heroísmo.

«El cristiano —escribió el protestante Vinet— es un héroe eventual, un héroe en potencia». Tal valor abraza el cumplimiento del deber, llega hasta la cima del heroísmo y domina las alturas ensangrentadas del martirio.

Grandes ejemplos de valor. Santa Inés.

«¡Qué cosa tan débil es el corazón de la mujer!»—dice el trágico inglés.

Sí, podríamos contestarle, la mujer es débil, inmensamente débil por naturaleza; pero es invencible por la fe, insuperable por el amor.

Véase si no, esta admirable página, escrita por la péñola (pluma de ave cortada; preparada para escribir) de oro de un doctor de la Iglesia, San Ambrosio. Éste traza el panegírico (discurso en el que se alaba a alguien) de una doncella, casi niña, Santa Inés, heroína y mártir.

«¿Qué podremos decir —escribe— que sea digno de aquella cuyo mismo nombre es un elogio? Porque, en efecto, el nombre de esta virgen expresa el pudor[23]; su devoción fue superior a su edad y su virtud fue superior a su naturaleza.

Se refiere que ella sufrió el martirio a la edad de trece años...

Intrépida entre las manos sangrientas de los verdugos, impávida ante el pavoroso ruido de las largas y pesadas cadenas, ¡cuan hermoso era verla, unas veces presentando su cuerpo a la espada del soldado furioso, dispuesta a la muerte antes de haber aprendido a morir; otras veces, cuando la acercaban por fuerza a los altares de los falsos dioses, elevando sus manos a Jesucristo en medio del fuego; y otras veces yendo gozosa a buscar con sus manos las cadenas que debían atar a su cuello! Pero no había cadenas que pudiesen sujetar a un alma tan grande, aunque encerrada en un cuerpo tan pequeño...

Todos lloran por ella, y ella es la única que no llora.

No se puede explicar cómo prodiga ella con tanta generosidad, como si hubiese vivido largos años, una vida que apenas ha comenzado...»

En vano el verdugo se presenta unas veces con un semblante terrible para infundirle pavor y otras veces desciende hasta las caricias para seducirla; en vano tantos nobles jóvenes le ofrecen su mano.

---

[21] In Isai, 15, t. III

[22] Landriot, La *mujer fuerte*, Conf. X

[23] También San Agustín, en su bello discurso de Santa Inés hace observar que la palabra Agnes (Inés), en lengua griega, significa castidad.

«Es hacer una ofensa a mi casto Esposo —decía ella— esperar que yo pueda agradar a otro más que á El. Yo no seré de nadie más que suya, porque Él fue el primero que me eligió». «Verdugo, ¿por qué tardas en herirme? ¡Perezca cuanto antes este cuerpo, que puede agradar a unos ojos a quienes yo no quiero complacer!» Al decir esto, se puso de pie, oró y después bajó la cabeza para recibir el último golpe.

Este fue un momento supremo: parecía que el verdugo se había convertido en la víctima, según temblaba su brazo al dar el golpe.

Él hiere, sin embargo, todos palidecen y tiemblan a la muerte de esta joven y ella es la única que no tiene miedo de morir.

Tal era el temple cristiano de las jóvenes doncellas de los primeros siglos.

Sabían ser cristianas, heroínas y mártires.

Santa Emerenciana.

Bueno es recordar también el ejemplo de Santa Emerenciana, virgen romana, de la misma edad de Santa Inés y su hermana de leche.

Siendo aún catecúmena, sentía arder su corazón en las llamas de la fe y de la caridad.

Era tan niña aún y tan esforzada en defender la causa de Cristo contra los perseguidores de los cristianos.

Un día la sorprendieron mientras oraba junto al sepulcro de Santa Inés y le intiman renegar de Jesucristo. Ella rehúsa terminantemente.

Le lanzan entonces una lluvia de piedras que cubren de heridas su cuerpo virginal.

No importa: esa heroína hace nueva profesión de Fe, así con las palabras que salen ardientes de sus labios, como con la sangre que brota cálida de sus desgarrados miembros. Y así, bautizada con su propia sangre, muere Emerenciana sobre el sepulcro de Inés[24].

«Persistencia y Resistencia».

El valor es una gran fuerza de persistencia y de resistencia.

Persistencia en el bien y en la virtud.

Resistencia contra el mal, las pasiones y las cobardías.

Bien decía el célebre Frayssinous:

«Es preciso el valor para ser virtuoso; se es vicioso porque no se tiene valor de ser bueno; no somos malos sino porque somos cobardes».

San Dionisio dijo muy bien que sólo la virtud es fuerte, mientras que el vicio es naturalmente débil.

«Resistid fuertes...»

Se trata, pues, de perseverar en el bien y resistir al espíritu del mal.

No hay fortaleza sin perseverancia, como no hay victoria sin resistencia.

Resistid fuertes en la fe[25], es la gran consigna de San Pedro a los primeros cristianos. Sobre todo, *resistid.*

[24] De virginibus, lib. I.

[25] Epístola I, c. V, 9

Resistid a las pasiones.

Es fuerza resistir a las pasiones que pululan en el corazón humano.

El corazón es el vasto campo donde, cual cizaña, están brotando continuamente esos que llamamos vicios capitales.

No basta tener la segur (hacha grande) en la mano, hay que arrancar de cuajo la mala hierba, si se quiere que no vuelva a germinar.

A la sensualidad.

Resistid a la sensualidad, que es, como la cicuta, planta mortífera...

Soló los fuertes saben conservarse castos. Porque sólo ellos tienen la fortaleza de oponer, invenciblemente, la oración y la mortificación interna y externa a la rebeldía de los sentidos.

Sólo ellos saben, a toda costa, precaverse de los peligros, evitar las ocasiones peligrosas e imponerse un régimen sedante, moral y físico.

Los débiles sucumben porque no saben esgrimir ninguna arma.

Al espíritu del mundo.

Resistid a ese espíritu mundanal que sopla por los anchos caminos de la perdición.

Sabéis que no hay verdad en el mundo: no creáis al mundo. Sabéis que es malo y malvado el mundo: no frecuentéis el mundo. Vuestro orgullo debe consistir en colocaros encima de él y vuestra fortaleza en no someteros a él.

Sabéis que el mundo es miserable y perecedero: compadeceos de sus males, pero no liguéis vuestra fortuna a su fortuna, vuestra inmortalidad a su caducidad.

Sabéis que el mundo es esclavo, y que arrastra cadenas; manteneos libres de sus aficiones, para no obligaros sino a Aquel de quien se ha dicho que *servirle es remar.*[26]

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.[27]

A la idolatría del cuerpo o del oro.

Jeremías escribió a los hebreos cautivos: «Cuando lleguéis a Babilonia, veréis ídolos de oro y de plata, de piedra y de madera, que inspiran temor a la muchedumbre. Guardaos vosotros de imitar a estas gentes y de temer a sus dioses. Cuando veáis que todo el mundo adora a esos ídolos, decid vosotros en vuestro corazón: A Ti, oh Señor, conviene adorar».[28]

No os arrodilléis ante ídolos de carne, quemando ante ellos el incienso de vuestro corazón. Ni hagáis tampoco un ídolo de vuestro cuerpo, o de vuestro oro.

A las pruebas de la fila.

Resistid fuertes, aun cuando ruede el trueno y estalle la tempestad.

«Es peligroso para el que se halla a sueldo de Jesucristo estar siempre tranquilo. Es una desdicha no conocer la desgracia, al paso que es una felicidad conocerla y saber combatir contra

---

[26] Baunard.

[27] Epístola I de San Juan V, 4.

[28] Baruch VI, 3-5.

ella. Por lo demás, no puede decirse que un árbol es fuerte, si no ha sido sacudido por los vientos y por las tempestades».[29]

La prueba es como el sol abrasador de los trópicos cuyo calor fecundo activa la vegetación.

Es el fuego que da el temple al acero.

¡Que la tormenta os encuentre siempre de pie!

A los respetos humanos...

Resistid a los respetos humanos como dique ante las olas invasoras.

Las olas destruyen poco a poco los bancos de arena, pero se estrellan impotentes contra las rocas de basalto.

No caben en un pecho fuerte las cobardías del miedo, del «qué dirán», de los respetos humanos... Doblegarse, cuando la conciencia protesta, ante las opiniones ajenas, los caprichos de la Moda, o la tiranía del mundo, es un acto de debilidad, de cobardía, de abdicación.
Abdicación, entiendo, de la propia autonomía, de la propia independencia, de la propia razón.

El ejemplo de los santos.

Nada alienta tanto a la práctica de esta gran virtud de la fortaleza como el ejemplo de los Santos, que son los héroes y las heroínas del cristianismo.
En las páginas de su vida se siente vibrar esa gran cuerda del valor, cuyas resonancias vencen los tiempos y las edades.

Abramos la historia de la Iglesia y nos encontraremos con páginas llenas de victoriosas armonías.

Santa Sotera, virgen y mártir.

Sotera era una doncella romana de extraordinaria belleza. Por modestia solía ocultar su rostro con un largo velo.

Eran los tiempos de las cruentas persecuciones romanas contra los cristianos.

Sotera, acusada de ser cristiana, fue llamada a los tribunales. Ahí se le manda que sacrifique a los ídolos, o que sufra la vergüenza de ser abofeteada en público por mano del verdugo.

Con rasgos sublimes describe el gran Obispo de Milán, San Ambrosio, el martirio de la joven heroína, su parienta lejana.

Escribiendo a Santa Marcelina, su hermana, dice: «Aun no había el tirano acabado de dar esta orden cruel, cuando la virgen se apresuró a quitarse el velo que cubría constantemente su rostro. Y ¡este bello rostro se descubrió por la primera vez para el martirio!

Vedla, pues, presentando ella misma al verdugo su rostro, la única parte del cuerpo que permanece generalmente exenta de todo ultraje y que más bien mira los tormentos que los sufre. Ella ofrece sus mejillas a las bofetadas, suplicio a que solos los esclavos podían ser condenados, a fin de llegar por este tormento servil al más alto grado de la gloria de la confesión; y ella se presentó gozosa a sufrir tal afrenta, porque de este modo hacía servir al sacrificio del martirio la belleza, que es la más fuerte tentación contra el pudor y porque, por la pérdida de los atractivos de su rostro, iba a disminuir el peligro de su integridad.

[29] San Jerónimo.

Su paciencia y su firmeza fueron tan grandes como su valor. El verdugo se cansó de herirla antes que ella se cansase de sufrir tan duros golpes en sus delicadas mejillas. Mientras la abofeteaban, jamás apartó la cabeza, ni hizo el más pequeño movimiento para retirar el rostro, ni una lágrima salió de sus ojos. Pudieron cubrir de heridas su rostro, pero no pudieron alterar la belleza de su virtud, ni la gracia interior de su alma.

En vano la hacen sufrir otras clases de tormentos. Ella triunfa de todos, hasta que la espada viene a darle la muerte que tanto ella había deseado».

La joven Sotera moría dejando tras de sí el ejemplo inmortal de su fortaleza y la estela luminosa de sus virtudes...

IV. LA RELIGIÓN

1. - Instrucción y Educación religiosa.

La religión católica satisface todas las necesidades del espíritu:
la de creer como la de pensar. (Madama Swetchine).

La esencia de la religión.

He aquí una pincelada maestra que dibuja con un solo rasgo la esencia de la Religión.

«El Cristianismo, o sea la Iglesia católica, es la imitación de la vida divina».[30]

Cuanto más cristiana es una doncella, tanto más debe asemejarse a Dios por la imitación de las virtudes divinas.

En este sentido dicen los Santos Padres, que el cristiano es o ha de ser otro Jesucristo.[31]

El estudio y la práctica de la Religión.

Estudio y práctica, son dos términos correlativos. El que más estudia la religión, llega a practicarla mejor; y el que más la práctica, llega a conocerla mejor.

Este estudio y esta práctica son aún más necesarios en la mujer que en el hombre, pues la mujer es la que debe formar al hombre cristiano.

«El hombre no es más que lo que la mujer le hace y la mujer del día no puede hacer al hombre cristiano, sino uniendo a la práctica exacta la ciencia entera del Cristianismo».[32]

«No hay educación sin religión»

En el fondo de toda educación ha de estar la idea de Dios. Si no se edifica sobre esta piedra angular, es lo mismo que edificar sobre arena: el edificio se derrumbará al primer empuje del vendaval..

No es aquí el caso de aducir pruebas y traer datos.
Baste recordar este hecho.

Las consecuencias de la enseñanza neutra fueron desastrosas en Francia, después de diez años de haberse implantado en las escuelas públicas.
Portalis, ministro entonces de Napoleón I, dijo así en la Asamblea legislativa: «Tiempo es ya de que las teorías callen ante los hechos. ¡No hay enseñanza sin educación, ni educación sin religión...»

[30] San Gregorio Niceno, Serm.
[31] Alter Christus.
[32] P. Ventura (la mujer católica).

Napoleón en Santa Elena.

El arzobispo de B. se encontraba en Aix-le-Bain, a donde había ido con el fin de restablecer su salud.

Un día le llamaron a la cabecera de una enferma, hija de un célebre general. Acudió en el acto. Al escucharla, era tal el fervor y dulce piedad con que se expresaba la moribunda, que el arzobispo no pudo contener las lágrimas. Admirando su extraordinaria instrucción religiosa, le preguntó dónde había sido educada.

«Monseñor —respondió ella— después de Dios, es al emperador Napoleón a quien debo lo que sé. Yo vivía con mi familia en la isla Santa Elena. Tenía sólo diez años, cuando un día el emperador me dijo: —hija mía, tú eres joven, muchos peligros te aguardan en el mundo. ¿Qué será de ti si no te hallares protegida por la religión? Tu padre y tu madre no la tienen. Yo tomo sobre mí el deber que pesa sobre ellos: ven todos los días; mañana comenzaré a darte lecciones.

Durante dos años consecutivos, asistí varias veces por semana, al catecismo que me enseñaba el emperador. Me daba lecciones y me las explicaba.

Cuando llegué a la edad de doce a trece años, me dijo: —estás suficientemente instruida. Es necesario que te dispongas a hacer tu primera comunión. Voy a hacer venir de Francia un sacerdote para que te prepare a ti para tan grande acto y a mí para la muerte—».

El emperador cumplió su palabra.[33]

En efecto, la niña hizo su primera Comunión y el emperador hallándose cercano a la muerte, se confesó, recibió el Santo Viático y la Extremaunción.

«Estoy muy contento por haber cumplido con mis deberes —dijo al general Montholon— deseo general, que al morir tengáis la misma felicidad...

Ocupando el trono he omitido la práctica de mi religión, porque el poder enloquece a los hombres. Mas he conservado siempre la fe: el sonido de las campanas me causaba placer y la vista de un sacerdote me conmovía. Yo quería hacer de todo esto un secreto, pero sería una debilidad... Quiero glorificar a Dios...»[34]

Un documento de Napoleón.

El emperador había dictado esta nota para el establecimiento de niñas de Ecouen, célebre castillo no lejos de París, donde se educaban las hijas de los miembros de la Legión de Honor.

El documento tiene la fecha del 15 de Mayo de 1807.

«¿Qué cosas les enseñarán a las señoritas que se eduquen en Ecouen?

Hay que comenzar por la religión en toda su severidad. No consintáis en este punto ninguna modificación.

La religión es asunto muy importante en una institución pública para señoritas.

Ella es, por más que se diga, la más segura garantía para las madres y para los maridos.

Educad mujeres creyentes y no razonadoras.

La delicadeza del cerebro de las mujeres, lo movedizo de sus ideas, su destino en el orden social, la necesidad para ellas de una constante y perpetua resignación y de una caridad indulgente: todo ello no se puede conseguir sino con la religión.

Deseo que salgan de Ecouen, no mujeres agradables, sino mujeres virtuosas y que sean sus atractivos las buenas costumbres y el corazón...»

[33] Cf. Lefort.
[34] Cf. Segur, contestaciones.

Diderot, catequista.

Los impíos mismos reconocen la importancia del Catecismo.

Así vemos, por ejemplo, a Diderot (s XVIII), que sin atreverse a confiar a nadie la educación de su hija María, de diez años, se encargó de enseñarle personalmente el Catecismo.

Uno de sus amigos, M. Beauzée, lo sorprendió en cierta ocasión dando sus lecciones: «¡Cómo! —exclamó;— ¿tú le enseñas el Catecismo a tu hija?, ¿Te estás burlando?»

Diderot que quería ser impío con sus amigos, pero no en presencia de su hija, frunció las cejas y respondió severamente: «Si yo conociese un libro mejor para hacer de María una niña respetuosa y tierna, buena mujer y digna madre, se lo enseñaría; pero a la verdad, que en el mundo no conozco más que el Catecismo que le pueda enseñar todo esto: ¡ojalá que, para felicidad suya y mía, crea, ame y practique cuanto en él se indica».[35]

Y solía responder a los sarcasmos de sus amigos incrédulos con estas palabras: «La impiedad puede ser en un hombre un extravío de la inteligencia, en una mujer es un vicio del corazón.

Se han visto hombres extraviados más por las doctrinas que por las malas pasiones, seguir, a pesar de esto siendo honrados: pero una mujer que abandona la religión lo pierde todo. He aquí la razón por la cual yo opino, que una mujer debe poner todo su conato en conservar siempre intacto el carácter sagrado que recibió en las fuentes bautismales».

Instrucción religiosa.

La joven debe conocer bien el Catecismo de la doctrina cristiana que es un compendio del Evangelio.

Mas esto no basta.

En estos tiempos en que la perfidia y la ignorancia libran rudos ataques contra la Fe, es necesario que la joven se prepare para la defensa propia y de la Iglesia, pertrechándose con las armas de una instrucción más sólida y fundamental.

Por tanto deberá estudiar los Fundamentos de la Fe y al menos alguna Obra apologética.

Hagamos nuestras las palabras de Renato Bazin: “Si yo tuviera en este momento, cerca de mí, una jovencita candorosa, una de esas buenas voluntades que no se hallan a cada paso, aun en la juventud, le diría: cualquiera que sea tu vocación, ya sea que te cases, que te quedes soltera, o que te hagas religiosa, estudia profundamente tu religión. ¡Tendrás que dar tantos consejos, que destruir tantos argumentos falsos, que disipar tantas ignorancias, que sostener tantas debilidades!»

«Cuánto gozo a veces con este espectáculo: un hombre importante y sectario, muy decorado, notable en alguna ciencia determinada, nulo en todo lo demás y a quien desenmascara, refuta, confunde, impide perjudicar, con una sola palabra, una mujercita que sabe su catecismo».

Palabras de un gran Papa.

León XIII dirigía estas palabras a las alumnas del Sagrado Corazón, en Roma: «Estudiad con asiduidad y empeño; enriqueced vuestras inteligencias con útiles y sólidos conocimientos, que habiliten a la joven para cumplir dignamente sus deberes en la sociedad: pero prestad atención particular a la enseñanza religiosa.

[35] Dict. d'éducation.

Esta enseñanza debe ser sólida y profunda, aunque acomodada a la mujer: porque así la necesita la condición perversa de nuestro tiempo. Adquirid conocimientos prácticos de nuestra amada religión para oponerlos a la propagación del error».

Instrucción sólida.

El abate Sertillange, en un Congreso celebrado en honor de Juana de Arco, en 1904, se expresaba así: «No puedo menos de afirmar, en general, que la instrucción religiosa de las jóvenes es deplorable. Se les habla a la imaginación, a los sentidos y se les inculca cierta bondad más o menos superficial, pero las convicciones sólidas, claras, sometidas discretamente a prueba y contradicción, no las conocen... De qué sirve que lleven muchos escapularios y medallas pendientes del pecho, ofrezcan flores a la Virgen, hagan Ejercicios, ¿si carecen de conocimientos arraigados y a la menor dificultad, están en peligro de claudicar en la fe por falta de solidez y apoyo interior?»

Lagardére añadía: «Confieso avergonzado, que en estos tiempos de controversia y crítica, hemos continuado en la enseñanza con el método de las simples afirmaciones, sin ningún género de pruebas. No hemos tenido valor para someter la inteligencia de las jóvenes al viril ejercicio de la discusión. He aquí porqué hemos formado corazones que creían creer; y que han cesado de creer al respirar en la sociedad un aire nada puro, para el cual sus pulmones no se habían educado».

Educación religiosa.

Aun decimos más, no basta a la joven un bagaje más o menos completo de instrucción religiosa, sino que le es necesario además una sólida educación religiosa.

No basta que la verdad luzca en el mundo de las ideas; es necesario que lleve calor al corazón y decisión a la voluntad.

La verdad ha de ser como esa estrella que guio a los reyes magos camino de Belén: es decir, debe alumbrar el camino y arrastrar en pos de ella.

En otras palabras, no basta conocer la doctrina cristiana: es necesario practicar sus enseñanzas y cumplir sus preceptos. No basta conocer el Evangelio; es preciso vivirlo.

Así como reza el refrán: *El amor y la fe, en las obras se ve.*

Sin esto, la religión vendría a ser para las jóvenes, un cristianismo de azahares, según la bella expresión del místico inglés, P. Faber.

Un ejemplo práctico.

Uno de los defectos más comunes de la juventud es ciertamente el hábito de mentir.

La mentira es la falta de verdad, es la discrepancia voluntaria entre la persuasión y la enunciación.

La mentira, con su hermana la exageración, llega a pervertir el instrumento natural de la comunicación social, que es el lenguaje.

Es pues una violación de las leyes del trato social y sobre todo es una violación de las leyes divinas.

El octavo mandamiento reza: *No mentir...*

Es posible tener el suficiente conocimiento de este mandamiento divino, lo que sería instrucción religiosa, sin que influya en la práctica, lo que sería en este caso falta de educación religiosa.

No basta aprender a rezar a flor de labios: no mentir; mas es necesario que la verdad informe todas nuestras palabras.

No basta que ese precepto negativo reine en el mundo de la inteligencia, debe sobre todo reinar en los dominios de la palabra.

La joven debe cerrar a todo trance sus labios a la mentira y abrirlos sólo a la verdad. Debe acrisolar de tal modo sus palabras, con el esfuerzo, la continua vigilancia y el dominio de sí misma, que ellas lleguen a adquirir la transparencia del cielo, la limpidez de un manantial, el esplendor de un rayo de sol.

Aún más: debe estimar en tanto la palabra, que ha de darle el verdadero valor que tiene, evitando esas exageraciones, esas hipérboles, esos superlativos fuera de lugar, que tanto florecen sobre labios juveniles... y aun sobre los labios de toda persona desequilibrada.

La verdad es tan bella que no necesita de disfraces que la encubran, o de indumentaria que la vuelva ridícula.

Así, pues, la religión debe ser conocida, y especialmente vivida.

La instrucción ha de ser completada con la educación.

2. - Deberes para con Dios, consigo mismo y el prójimo.

Si cada cual cumpliera con sus deberes,
este mundo no sería un valle de lágrimas:
sería el verdadero Paraíso terrenal.
(Rodríguez Rubí).

Derechos y deberes.

«El derecho y el deber son como las palmeras: no dan fruto si no crecen uno al lado del otro».[36]

Si escribimos en la piedra la lista de los derechos del hombre, habría que escribir en el bronce la de sus deberes.

Pues, «bueno es ejercer un derecho; pero mejor aún cumplir un deber».[37]

El deber.

El deber tiene su raíz profunda en Dios.

Muy brillantemente lo dijo Campagne: «El deber es el dedo manifiesto de Dios que le ordena al hombre dirigir todos sus pasos y mantenerse constantemente en el camino que Él le señala: el hombre puede resistir a estas órdenes, pero este dedo está siempre allí fijo, inmóvil, dominando en todos los tiempos y en todos los lugares al hombre, permaneciendo firme e inexorable como la necesidad».

[36] Lamennais.
[37] Nocedal.

Unas máximas.

He aquí unas cuantas bellas máximas que, cual luceros, pueden arrojar su benéfica luz sobre el alma, si las dejamos resplandecer en nuestras inteligencias:

«Acuérdate que el deber es una deuda que debes pagar».[38]
«Lo más difícil no suele ser cumplir el deber, sino conocerlo».
«Hay una gran fuerza en la conciencia del deber».[39]
«La vida humana se compone de pequeñas acciones que constituyen grandes deberes».[40]
«Para las almas de buena voluntad, no hay en la vida un minuto que no tenga su deber».[41]

Una especie de martirio.

El deber es una especie de martirio en que la naturaleza se inmola y arde sobre el altar del holocausto.

A esta inmolación se refería San Ambrosio cuando decía: «¡Cuántos mártires de Cristo hay en la secreta oscuridad de la vida cotidiana!»[42]

Triple orden de deberes.

La Religión especifica los deberes del hombre.

Hay deberes para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo.

Ellos nos trazan la norma de nuestra conducta y nos exigen su estricto cumplimiento.

No bajaremos a los particulares, pues suponemos a nuestras jóvenes lectoras instruidas en la Doctrina cristiana, que es la gran ciencia de los deberes del hombre.

Y por otra parte muchos de estos deberes en relación a Dios, a sí mismo y al prójimo, se traslucirán necesariamente a través de estas páginas.[43]

Sumaria especificación.

Apuntemos sólo algunas ideas generales respecto del triple orden de deberes que tiene el hombre.

El deber fundamental del hombre para con Dios es el reconocimiento de los beneficios recibidos de su bondad, y del dominio soberano que sobre él tiene como Autor.

De ahí el amor, la gratitud, la súplica, la obediencia, la adoración interna y externa, etc.

El deber fundamental del hombre para consigo mismo es el amor ordenado de si propio.

Balines dice que es el desarrollo armónico de sus facultades.

De ahí el deber de procurar para su inteligencia el conocimiento conveniente de la verdad y de evitar el error; de ahí el deber de abrazar la práctica de la virtud y moderar las pasiones.

De ahí también el deber de conservar la vida, de cuidar la salud corporal y de procurarse sustentación.

---

[38] Ravignán.
[39] Bonald.
[40] Gerbert.
[41] Lemaitre.
[42] In Pg 118, Serm. 20.
[43] Véase el *Manual del Joven*, c. VI, «El deber».

Los deberes fundamentales del hombre para con el prójimo son la justicia y la caridad. De ahí el respeto obligatorio a la vida, a la fama, a los bienes de nuestro prójimo; de ahí la inmoralidad del engaño, del fraude; de ahí los deberes de equidad natural, los de beneficencia, los de pura humanidad.[44]

La consigna de Dios.

Añadamos a lo dicho la frase de una grande escritora: «No tiene la vida bastantes bienes para indemnizarnos del olvido de un solo deber».[45]

Jóvenes, no cejéis pues, nunca ante vuestros deberes.
Cumplidlos con el heroísmo del mártir, con la audacia del apóstol, con la diligencia del santo...
Cumplidlos a ciegas, como el soldado que obedece sin vacilar a la orden del capitán.

Vuestros deberes son la consigna de Dios escrita en las tablas de la Ley.

[44] Cf. Llovera, Tratado elem. de Sociologia crist., n. 48.
[45] Madama Swetchine.

V. - EL ESTUDIO.

1. - El Estudio y La Aplicación.

La riqueza intelectual es, después
de la virtud, el primero de los bienes.
(J. Simón).

La sabiduría.

Después de la virtud, la sabiduría es lo que más eleva, dignifica y embellece la vida del hombre.

La ciencia divina y la ciencia humana son como dos alas por medio de las cuales el espíritu se remonta a las alturas, cual águila caudal que se eleva, se eleva, fijas las pupilas en la hermosa luz del sol.

¡Cuántos misterios, cuántas bellezas, cuántos horizontes se descubren ante el verdadero filósofo, es decir, el amigo de la sabiduría!

Es todo un mundo nuevo donde sólo se solazan y se espacian los hombres estudiosos. Y en ese mundo, desconocido para los vulgares, ellos parecen preguntar algunas de las delicias espirituales de la otra vida que es la vida de los espíritus.

El esplendor de la vida.

Los Sagrados Libros encarecen sobre manera el estudio de la sabiduría.

«Hijo, desde tu mocedad abraza la buena doctrina y adquirirás una sabiduría, que durará hasta al fin de tu vida».

«Como el que ara y siembra, aplícate a ella, y espera sus buenos frutos; porque te costará un poco de trabajo su cultivo; mas luego comerás de sus frutos...»

«La sabiduría es el esplendor de la vida y sus ataduras una venda saludable».

«De ella te revestirás como de un glorioso ropaje y te la pondrás sobre la cabeza como corona de regocijo».[46]

Un joyel de piedras preciosas.

Santa Cesarina, en una carta a santa Radegunda, insiste en que las jóvenes, admitidas en el monasterio de Poitiers, sean admitidas al estudio y añade que la instrucción que ha sido adquirida por la lectura o que es el fruto de las lecciones de un maestro, «constituye el verdadero adorno del alma y es como un joyel de piedras preciosas, el cual sienta bien a las mujeres que practican buenas obras».[47]

---

[46] Eclesiástico, VI, 18-32.

[47] V. Dupanloup*, Educación de las hijas de familia*, Carta VI.

Comienza tus estudios.

El canciller d'Aguesseau decía a su hijo, el cual estaba a punto de salir del colegio: “Hijo mío, han terminado tus clases... Comienza tus estudios”.
Frase típica que nos hace comprender como el estudio ha de ser la tarea de toda la vida.

Los años de colegio no conducen sino a las puertas de la sabiduría, no enseñan sino a deletrear su nombre. Es al hombre estudioso a quien se franquean esas puertas y a quien es dado penetrar los arcanos de la sabiduría.

Por eso se suele pintar al sabio con una corona de blancos cabellos, cual aureola que la Eterna Sabiduría hubiese posado sobre esas venerandas sienes.

Amor a los libros.

Los buenos libros son los maestros de la vida. Ellos nos acompañan silenciosos pero elocuentes, hasta la más tardía ancianidad, brindándonos sus placeres, descubriéndonos sus secretos y enseñándonos sus lecciones.

«Dadme —dice Fletcher— permiso para divertirme a mi antojo. El sitio donde están mis libros, esos inmejorables compañeros, es para mí una regia corte, donde a todas horas puedo conversar con los sabios y filósofos de otros tiempos; y a veces, para variar mis placeres, hablo con reyes y emperadores; discuto sus consejos, juzgo severamente y condeno sus victorias si las han logrado con deslealtad y en mi ánimo rompo sus estatuas erigidas con injusticia. ¿Podría, por tanto, renunciar yo nunca a tan seguros placeres, para adquirir vanas e inciertas riquezas? ¡No! Sea todo vuestro afán reunir oro; todo el mío será acrecentar mi ciencia».

El verdadero filósofo, en el sentido genuino de la palabra, debe ser un bibliófilo, es decir, amigo de los libros.

Una salvedad.

Entiéndase lo dicho y cuanto estamos por decir acerca del cultivo intelectual, dentro del orden y del deber.

El estudio, dentro de su marco, debe servir a la joven para perfeccionar su alma, ilustrar su mente y hacerse más apta para cumplir sus deberes.
Fuera de ese marco, podría degenerar en perniciosa manía y acarrear el descuido de otros más graves e importantes deberes.

En este sentido escribía el Padre Ráulica: «Se ha de procurar, para ser verdadero sabio, el no saber más de lo que debe saberse; la sobriedad es necesaria en el orden científico como en el orden moral».

Asentimos en todo a lo que escribe Concepción Arenal, la gran socióloga española: «Si tuviéramos la más leve duda de que la mujer, al cultivar su inteligencia, disminuiría en lo más mínimo su cariño maternal, arrojaríamos estas páginas al fuego».

Un sabio pedagogo y un antiguo programa.

Luis Vives fue preceptor de cuatro hijas de Isabel la Católica. Escribió un libro sobre la educación de las jóvenes dedicado a Catalina de Aragón. En este libro pide para las doncellas «una instrucción sólida que las ponga en guardia contra la inmoralidad, puesto que todos los vicios en la mujer provienen de la ignorancia»; demuestra que el aprender no consiste sólo en leer; señala el peligro de ciertas novelas entonces en boga; proscribe la coquetería, la danza, la

glotonería, las conversaciones huecas; reclama una enseñanza seria y de cosas serias, tales como religión, moral, historia, sin descuidar el estudio de los clásicos griegos y latinos.

Por lo demás, no admitía que estos estudios hubiesen de perjudicar las modestas cualidades domésticas, como son el gobierno de la casa y el cuidado de la cocina.

«Una mano algo tiznada de carbón —escribe— ¿no vale tanto como una mano blanca abierta para estrechar las de todo el mundo?»[48]

La ignorancia...

Ha dicho Vives que la ignorancia es causa de todos los vicios de la mujer. Esta grave sentencia merece un comentario.

Dejemos la palabra al ilustre Fenelón: «La ignorancia en una joven es causa de que se aburra y de que no sepa en qué ocuparse constantemente. Cuando ha llegado hasta cierta edad sin aplicarse a tareas sólidas, todo lo que es serio y formal le parece triste, todo lo que requiere una atención seguida, la fatiga; la inclinación a los placeres, que es poderosa en la juventud, el ejemplo de las personas de la misma edad que están sumergidas en las diversiones, todo concurre a hacerle temer una vida regular y laboriosa. ¿En qué se ocupará? En nada útil. Y muy pronto esta inaplicación se convertirá en hábito incurable. En tal ociosidad, una joven se abandona a su pereza y la pereza que es una languidez del alma, es origen inagotable del fastidio, habitúase a dormir una tercera parte más de lo que sería necesario; tan largo sueño no sirve sino para afeminarla más; y unidos este afeminamiento y esta ociosidad a la ignorancia, producen una sensibilidad perniciosa».[49]

«Il dolce far niente».

Lo mismo lamentan de consumo todos los moralistas.

«Es una desgracia que, por deficiencia de educación, a nuestras jóvenes, se les pasen los mejores años de la vida en un "dolce far niente" en acicalarse, en consultas y requerimientos al espejo para que mienta y las llame hermosas, en lecturas de novelas nada edificantes y de revistas, donde aparece, ligero y coquetón, el último figurín de la moda, en visitas donde se pierde un tiempo precioso, en conversaciones de cosas frívolas, que de ordinario ocupan la imaginación de la gente moza y en otros deportes y divertimientos inútiles o perniciosos».[50]

Escribía el P. Lacordaire a la condesa de Prailly: «Quien puede leer a David, San Pablo, San Agustín, Santa Teresa, Bossuet, Pascal y otros parecidos, muy culpable será de perder el tiempo en vanidades de salón».

La muela del molino.

Hay otros peligros que conviene apuntar. Son los peligros morales que derivan de la inaplicación.

San Francisco de Sales trae una bella imagen para hacer comprender debidamente la necesidad de ocupar las cabezas juveniles, en donde bullen vaporosas ideas.

---

[48] Cf. *La mujer del porvenir.*
[49] *La educación de las jóvenes.*
[50] P. Silverio, *El precepto del amor*, c. XLVI.

Compáralas él a un molino cuya muela rueda locamente. Y dice: “mientras haya grano que moler, caerá buena harina, pero si la muela rueda en el vacío; la velocidad inflama el armazón y se quema la casa”.

Aplicación seria.

Para librarse de todos los peligros susodichos, la joven debe adquirir el hábito de la aplicación, ya sea al estudio, ya a otras labores.
La aplicación es como el lastre que tiene sumergida en las aguas la quilla de la nave e impide que ésta sea juguete de las olas.

Recomendamos pues encarecidamente la sentencia del ya citado Vives: «No se os pase día en que no hayáis leído, oído o escrito algo con que se acreciente la doctrina, el juicio o la virtud».

El hábito de la aplicación.

Para adquirir el hábito de la aplicación, es menester imponerse un horario y cumplirlo.
Un horario que abrace en especial las horas libres del día.
Sin esto, esas horas, esos minutos, esos ratos perdidos se esfumarán como humo que sigue las corrientes del aire y se diluye en la atmósfera.

Por otra parte, dice la ilustre escritora María del P.: «El arreglo del tiempo, la buena distribución de las horas del día y de la noche, no dejan tiempo para forjar sueños vanos ni deseos reprensibles. Cuando el corazón y la cabeza están nutridos saludablemente, no pueden admitir el veneno del mal ni los pensamientos culpables».

Ciencias divinas y humanas.

Aplicaos pues al estudio jóvenes doncellas.

La sabiduría habita las altas cumbres, según la frase bíblica y es preciso escalarlas con el esfuerzo y el estudio.

La sabiduría abraza un ancho campo que es preciso roturar con el trabajo y fecundar con el sudor de la frente.

Todas las ciencias, divinas y humanas, reclaman vuestro estudio.

Satisfaced las ansias de saber que agitan al alma...

Yo quiero repetir con San Jerónimo: «Admíranse algunos de que hable de esta suerte a una joven: pero deben recordar que Halda, Ana y Débora profetizaron mientras guardaban los hombres silencio y que bajo el yugo de la Cruz se tiene en consideración menos el sexo que el espíritu».[51]

Ideales espaciosos.

¿Cuál ideal os ha de guiar en vuestros estudios?

No, por cierto, el de figurar algún día, como las preciosas de Moliere, o cualquier Marisabidilla. No, el de inflaros con los humos de una ciencia vana.

[51] Carta de Eustoquio.

Al estudiar, debéis engalanaros con lo que llama Fenelón *el pudor de la ciencia*, es decir, esa modestia que sienta tan bien en una mujer, la cual conoce que si algo sabe, es mucho más lo que no sabe.

El gran ideal.

Vuestro ideal ha de ser, servir mejor con vuestra ilustración la causa de Dios y de la humanidad.

Hoy en que la lucha religiosa ha descendido al campo de las ideas, la mujer debe estar preparada, lanza en ristre, para la defensa de los derechos de Dios y de las almas.

Una opinión autorizada.

El eminente sociólogo M. Ch. Turgeon insiste mucho en que la mujer se instruya, que no deje nunca de ser mujer.

Antes que doctora, ha de ser madre.

El hogar es su reino, su cátedra.

«Encended vuestras lámparas…»

«En esta negra noche —describe Lamy— encended vuestras lámparas, mujeres de mi patria, como las encendieron vuestras abuelas durante la guerra de los Cien Años. Entonces se vio durante muchas noches, un tenue resplandor tras de las ventanas de nuestros pueblos y aldeas, mientras el zumbar de miles de husos comunicaba un soplo de vida al silencio nocturno».

No es hora ya de decir como entonces: «Hilad, buenas francesas, por el rescate del valiente Duguesclin, prisionero de los ingleses. Sino que es hora de exclamar: ¡Por el rescate de nuestros hijos, de nuestros esposos, de nuestros hermanos, cautivos del error, mujeres francesas, aprended!»[52]

Doncellas cristianas, encended vuestras lámparas, durante estas horas tenebrosas que han caído sobre el mundo, por el rescate de las almas. No seáis las vírgenes necias que se echan a dormir, cuando es tiempo de velar, y estudiar, y trabajar...

Sed las vírgenes prudentes que velan con sus lámparas encendidas...

2. - Ejemplos de mujeres sabias

Perfecciona tu ser, y serás sabio.
(Jovellanos)
Si quieres parecer sabio, trabaja para serlo.
(Vives)

[52] *La mujer del porvenir.* Las mujeres y la ciencia.

La sabia Marcela.

Hermosos y edificantes ejemplos de jóvenes y mujeres sabias hallamos en la historia.

Marcela era una joven romana, descendiente de la ilustre y antigua familia de los Marcelos. Pocas doncellas poseyeron en tan alto grado como Marcela, las ventajas de la nobleza, de la opulencia y de la belleza.

A los siete años de su matrimonio quedó viuda, y no quiso pasar a nuevas nupcias. Por esto rehusó la mano del cónsul Arcadio e hizo voto, según su expresión, de «una castidad eterna».

Distribuyó en seguida sus bienes entre los pobres, y se consagró al estudio y al servicio de la Iglesia. Su progreso en el estudio de las ciencias divinas fue tal que cuando San Jerónimo que había sido su maestro se ausentó de Roma, los sacerdotes y aun los obispos solían consultar a Marcela sobre cuestiones bíblicas, y sus decisiones en esta materia eran recibidas como oráculos. Fue fundadora en Occidente de la vida monástica.

Gustó ella también de las dulzuras de la soledad. Mas no tanto que no abandonara con frecuencia su retiro para desenmascarar con su ciencia y su valentía a arrianos y origenistas, que con sus doctrinas heréticas habían enturbiado las fuentes purísimas de la fe católica.

El valor que había abandonado a los hombres, parecía haber anidado en el pecho de esta mujer. No dio tregua a los enemigos de la fe y los venció en todas las lides.

San Jerónimo, testigo de la labor, ilustración y celo de Marcela, dio de ella este testimonio: «Marcela es la mayor gloria de la ciudad de Roma».[53]

Paula, otra mujer sabia.

Emula de Marcela en Oriente fue Paula, San Jerónimo fue su panegirista.
«Aunque todos mis miembros —decía éste— se convirtiesen en lenguas y todas mis fibras articulasen voces humanas, no podría yo decir cosa que fuese digna de las virtudes de la venerable Paula, que, siendo descendiente de los Gracos y heredera de Paulo Emilio, prefirió, por amor a Jesucristo, Belén a Roma, y una humilde choza a los dorados palacios... Ella había dejado a Roma para sustraerse a los homenajes de una ciudad y Dios le concedió los homenajes del universo».[54]

No hablemos de sus grandes obras, ni de sus eximias virtudes. Hagamos notar sólo su vasta erudición.

Con el fin de conocer mejor los Libros santos, no sólo estudió el griego que poseía tan bien como el latín que era su lengua nativa, sino que quiso aprender también el hebreo.

San Jerónimo nos asegura que Paula llegó a hablar tan difícil lengua, el hebreo, mejor que él y que se complacía en cantar los salmos en la misma lengua.

Ella sabía de memoria toda la Biblia y con sus conceptos sorprendía y admiraba al mismo San Jerónimo, su maestro.

Paula fue en Palestina el verdadero martillo de los origenistas, como Marcela lo fue en Roma.

Estas dos patricias, grandes lumbreras en las ciencias divinas, merecieron el honor de los altares.

---

[53] Epístola ad Principiam.
[54] Carta a Eustoquio.

Otras mujeres sabias.

AI lado de estas dos grandes mujeres debemos citar a Melania, que hace frente a Pelagio, combate a Nestorio y convierte a Volusiano. Para convertir a este filósofo, San Agustín había escrito el libro magistral Cartas a Volusiano.

Refiriéndose a esto dice Baronio: «Dios había reservado a una mujer esta conquista, que en vano había intentado el genio más grande de la Iglesia».

Además, la historia ha registrado con admiración los nombres de Salvina, Pentadia, Ampuctra, Nicareta y Olimpia, auxiliares infatigables del gran Obispo, San Juan Crisóstomo.

Especialmente el nombre de esta última, ilustre viuda de Constantinopla, ha quedado unido al del grande Obispo, como los de Santa Escolástica y San Benito, Santa Juana de Chantal y San Francisco de Sales.

La posteridad cristiana no puede separar el recuerdo de San Juan Crisóstomo del de su piadosa Madre Anfusa y del de Olimpia, su consoladora fiel en todas sus tribulaciones».[55]

Larga lista.

Larga sería la lista de las mujeres célebres que han brillado en el horizonte de las ciencias, aunque quisiésemos apuntar sólo los astros de primera magnitud.

La virgen Catalina de Alejandría se aplica al estudio de la filosofía y hace frente, a los dieciocho años de edad, a los sofistas más sutiles.

En las actas de Santa Catalina leemos que ella conocía toda la literatura sagrada y profana.

Ella misma lo declaró delante de sus verdugos, diciendo que se había ejercitado en todos los ramos de la retórica, de la filosofía, de la geometría y de las otras ciencias.[56]

Elpicia, mujer de Boecio, compone himnos tan bellos que merecen ser adoptados luego por la liturgia romana.

Santa Radegunda recoge en Poitiers a uno de los últimos poetas romanos, San Fortunato, y bajo la enseñanza de hábiles maestros, forma en su convento eximias escritoras.

Célebres fueron Santa Aura, discípula de San Eloy y la religiosa Bertila, cuyas doctas lecciones sobre las Escrituras atraían a Chelles, en el siglo VI, una afluencia considerable de oyentes de ambos sexos.

Santa Brígida, en el siglo V, inaugura esa raza distinguida de mujeres entre las que brillan Santa Etelburga, su hermana Hervida y Santa Hilda, que es la primera poetisa de los anglosajones. Las luces de la sabia Hilda eran tan estimadas en la Iglesia anglosajona, que más de una vez la santa abadesa asistió a las deliberaciones de los obispos, reunidos en sínodo o en concilio, pues ellos querían oír la ilustrada opinión de aquella a quien miraban como especialmente ilustrada por el Espíritu Santo.

Más tarde se hacen célebres las dos hermanas Seymour y la hija de Tomás Morus.

Entre los germanos se distinguen Lioba y esa sublime Hildegarda que fue el oráculo del siglo XII. Ésta escribió sobre las leyes de la naturaleza tratados que se anticipaban a la ciencia moderna.

En Francia la hija de Pepino de Landen, Santa Gertrudis, ganóse la reputación de grande exégeta. Sabía todas las Escrituras de memoria y las traducía del griego.

Envió a buscar maestros irlandeses, que enseñaran la música, la poesía y el griego a las jóvenes del claustro de Nivelle.

---

[55] Large. T, *Essais d'histoire ecclésiastique.*

[56] V. Surius, 25 de noviembre.

En Italia célebres fueron Santa Catalina de Sena, de la cual Ozanam dice que ella comparte la gloria de los grandes escritores. Dios enriqueció a esta doncella con ilustraciones sobrenaturales, con el don de profecía y una elocuencia arrebatadora.

Con sus conferencias, pronunciadas ante muchedumbres, solía instruir, moralizar y pacificar a sus conterráneos. Ella indujo al Sumo Pontífice Gregorio XI a trasladar nuevamente a Roma la Sede Pontificia que desde setenta años se hallaba en Avignón. Por esto en Roma es venerada como Patrona de la ciudad.

Célebre también fue Santa Catalina de Bolonia, eximia miniaturista y cultivadora del arte, de la pintura y de la música.

Italia cita también con orgullo los nombres de Sarrocchia Strozzi, Victoria Colonna, Isota Nogarolla y ve sucederse en las cátedras de sus Universidades, durante los siglos XIII, XIV y XV, las mujeres más célebres y eruditas.

Sabido es que Elena Cornaro, en el siglo XVII, joven muy piadosa, fue recibida de doctora en Padua.

Isabel Sirani fue una pintora muy religiosa de la escuela boloñesa en el siglo XVII.

Laura Bassi (muerta en 1778) tal vez la mujer más culta de Italia, ocupó una cátedra de ciencias físicas en la Universidad de Bolonia.

Doña Beatriz Galindo poseyó el latín con tal perfección, que sus contemporáneos la llamaron "la latina". No tenían secreto para ella ni la filosofía ni el derecho. Escribió entre otras obras de importancia los «Comentarios a Aristóteles». La Reina Isabel la Católica la hizo su camarera y su maestra de latín en 1495. Era profundamente piadosa.

Un hecho curioso.

Cristina de Pisan, otra mujer célebre, escribió unas Memorias sobre Carlos V, en las que unida va la inspiración del poeta a la gravedad reflexiva del moralista.
En su libro de la Ciudad de las Señoras consagra un capítulo a refutar a los que se oponen a la educación intelectual de las mujeres.

En apoyo de su tesis, refiere un hecho verdaderamente curioso. He aquí en su estilo original: «Juan Andry, célebre canonista de Bolonia, era de opinión que las mujeres no fuesen ilustradas; y sin embargo a su buena y hermosa hija a quien amaba mucho llamada Novella, hízole aprender las letras. Cuando él tenía alguna ocupación o no podía consagrarse a sus discípulos, enviaba a Novella, su hija, a leer en la cátedra. Y con el fin de que su hermosura no distrajera el ánimo de los estudiantes, tapaba su rostro con un tupido velo. Y de esta manera algunas veces auxiliaba en sus ocupaciones a su padre, quien la amaba tanto.

En sus avisos acerca de los confesores, en sus penas, en sus dolores, va dibujada toda una vida de talento, de edificación, de goces y martirio».

Un párrafo especial.

Párrafo especial merecería la doctora y socia de la Real Academia Española, María Isidra Guzmán. A los diecisiete años de edad, el 6 de Junio de 1780, hizo una lección en estilo académico en la iglesia de la Universidad de Alcalá, por no caber el concurso en el aula principal, disertando sobre el tema latino: El alma del hombre es espiritual.

Examinada después por los más insignes doctores del Claustro sobre variados puntos de Filosofía y de Letras, se ofreció a contestarles, como gustasen, o en latín, o en francés, o en italiano, o en español; y a todos satisfizo cumplidamente.

Y así, después de los juramentos acostumbrados —el primero de los cuales era defender el misterio de la Inmaculada Concepción— mereció recibir el birrete con la borla de doctora.

El santuario de la ciencia abre de par en par sus puertas a cuantos se aplican al estudio con tesón y perseverancia.[57]

[57] En unos apuntes bibliográficos de D. Juan P. Criado y Domínguez, acerca de Las literatas españolas del siglo XIX, cítanse más de cuatrocientas mujeres ilustres. Entre ellas, además de otras que ya hemos nombrado, Cecilia Bohl (Fernán Caballero), La Avellaneda, Carolina Coronado, Sinués de Marco, Patrocinio Biedma, Angela Grassi, Lozano de Vilches, Sáez de Melgar, Pardo Bazán, etc. Otro autor, D. Manuel Serrano y Sanz, ha publicado, con el modesto título de "Apuntes", dos gruesos volúmenes en folio, en los que da a conocer la interminable serie de escritoras españolas (1401-1883). En esta obra todos los géneros de literatura aparecen cultivados con gran loa por ingenios femeninos, siendo de notar muchas religiosas.

VI. - LA LECTURA.

1. - Libros buenos y libros malos.

Si en cambio de mi amor a la lectura viera a mis pies los tronos del mundo, rehusaría el cambio.
(Fenelón)

Qué es un buen libro.

Un buen libro es un predicador que nos predica la verdad; un oráculo que responde desinteresadamente a todas nuestras preguntas, un genio benéfico que esparce ora una lluvia de jacintos, ora «haces de luz», ora oleadas de perfumes en el íntimo santuario de nuestra alma...

Un buen libro es como una de esas hadas de los cuentos orientales, que al toque de su varilla mágica nos transporta al mundo de los espíritus y hace surgir ante nosotros castillos almenados o pagodas idolátricas, o bien hace desfilar ante nuestros ojos, en interminable hilera, princesas, reyes y monarcas...

Un buen libro es como una de esas Sibilas romanas, que lanzando al viento su inspiración, profetiza el porvenir.

Es como una de esas fementidas sacerdotisas del templo del Delfos, que sobre el trípode sagrado, evoca las sombras de los grandes genios de la humanidad.

Dejemos estas figuras y recuerdos paganos y digamos, en suma, que un buen libro es la llave de oro que nos abre los tesoros del espíritu, o la puerta de esas aulas académicas, donde alternan sus enseñanzas los viejos maestros de la antigüedad, los filósofos de la Grecia, los oradores de Roma, los trovadores de la Edad Media, los «Crisóstomos» de la Iglesia, los soberanos de la Inteligencia, los príncipes del Arte, todos los sacerdotes de las Ciencias divinas y humanas...

Todos estos maestros están a nuestra disposición, ansiosos de comunicarnos su espíritu vivificador que alienta aún en sus libros.

Basta que abramos sus páginas y pongamos oído a esas voces que conservan aún su primitiva frescura, y vienen resonando con mágicas cadencias a través de las edades.

El derrumbe de los siglos, más estruendoso que las cataratas del Niágara, no podrá jamás apagar esas voces inmortales que resuenan en las alturas, por encima del tiempo, cual fuesen ecos de la Verdad eterna.

Cuando alguien se ha acostumbrado a poner el oído a estos ecos inmortales, no gusta por cierto gastar las horas y los días en poner el oído a la cháchara insulsa, frivola e insubstancial de las almas necias.

Un buen libro es un tesoro.

«¿Quién puede menospreciar el valor de los buenos libros, los que viajan a través de los mares del tiempo, transportando su preciosa carga de generación en generación?»

El valor de un buen libro es incomparable.

En sus páginas encierra tesoros más valiosos que el oro de las Indias y verdades más saludables que las ondas sagradas del Ganges.

Pues la verdad, hija de Dios, no tiene precio en este mundo.

Un buen libro es el mejor de los amigos.

Hay en la vida horas llenas de indefinible pesadumbre, que parecen pesar sobre el alma como una atmósfera de plomo.

Horas amargas en que la vida parece destilar toda la amargura del ajenjo...

Horas asoladoras que parecerían arrancarnos del corazón todas las ilusiones de la juventud, como esas ráfagas otoñales que desgajan del árbol las hojas mustias y pálidas...

Horas frías —más frías que la losa marmórea de un sepulcro— que al rozarnos con sus alas voladoras, nos dejan el alma escuálida como un páramo helado y el cuerpo yerto como un tronco en invierno...

Horas peregrinas que parecerían llorar con nosotros en este valle de lágrimas, de sinsabores, de desgracias...

Horas precursoras de las tristezas de la muerte...

Ah! entonces un libro divino —uno de esos libros que nos acercan a Dios, como el Evangelio, la Imitación de Cristo— es un bálsamo para el corazón lacerado, para el alma acongojada.

Es una hebra de luz que cayendo de lo alto viene a romper las tinieblas de la noche oscura.

Así fue para Silvio Pellico la Biblia, durante su cautiverio en las prisiones de Spielberg.

Así fue el Evangelio para miles que tenían, no el cuerpo, sino el alma aprisionada, atenaceada por esos verdugos que llamamos tentaciones y tribulaciones de la vida.

Después de lo dicho, comprenderéis, mis jóvenes lectoras, el alto sentido de esas palabras de Lacordaire —ese profundo conocedor del corazón humano— cuando decía, que él no quería para si sino la soledad y en la soledad, a Dios, un buen libro y un amigo.

Es fuente de felicidad.

El alma va, como paloma sedienta, en busca de la verdad, que es inexhausta como ese pozo de Jacob cuyas aguas brotaban hasta la vida eterna.

El alma gravita hacia la verdad, como a su centro. Y a medida que se acerca a ella, queda bañada en sus resplandores divinos...

Una verdad nueva que se aprende, es un mundo nuevo, lleno de encantos y atractivos, que se abre ante nuestra mente.

Una verdad nueva es un paso más hacia la Verdad eterna, que es la suprema aspiración del alma. Por eso trae tanta felicidad cada nuevo progreso...

Santo Tomás de Aquino —una verdadera arca de ciencia— era hombre inmensamente feliz, porque, cual águila caudal que se remonta a las alturas y fija deslumbrada sus ojos en el sol, el doctor Angélico sobre las alas de la sabiduría se había remontado hacia Dios y le había contemplado más de cerca.

Otros testimonios.

Macaulay era un inglés rico, célebre, poderoso y sin embargo, dice en su autobiografía, que las horas más dichosas de su existencia las debió a los libros.

En una encantadora carta a una niña pequeña, exclama: «Gracias te doy por tu lindísima carta.

Mucho me alegro de poder contentar a mi querida niña y nada me es tan grato como ver que le gustan los libros; pues cuando sea tan grande como yo, verá que ellos valen más que todos los pasteles y dulces, que todos los juguetes y espectáculos y diversiones de sociedad. Si yo pudiera ser el rey más grande de la tierra, con palacios y jardines, exquisitas comidas y buenos vinos, magníficos trajes y cientos de criados, pero a condición de no tener nunca libros que leer, no querría ser rey; preferiría ser un pobre en una buhardilla con un montón de libros, que un rey a quien no le gustase la lectura».

Gibbons declaraba que no cambiaría su amor a los libros por todos los tesoros de la India.

Otro hombre grave decía con mucha verdad: «Aficionarse a leer, es cambiar por horas deliciosas, las horas de aburrimiento que hay en la vida».[58]

El libro malo.

El libro malo es el revés de la medalla.

Es la encarnación del diablo, es su verbo, su parto infernal.

Es Merlín, ese personaje legendario de los libros de caballería, hijo del diablo y famoso por sus encantamientos.

Es Mefistófeles, ese fatídico personaje tentador de Fausto.

El libro malo encanta, atrae, seduce... y mata, así como lo hacían las sirenas.

El libro malo es el espíritu tentador que dice a la joven incauta, como un tiempo a Eva:

¡Come... y conocerás la ciencia del bien y del mal!

Y la joven lee con avidez, come el fruto prohibido... y se pierde para siempre.

Pierde su inocencia, que es un bien irredimible, es decir que no se puede redimir con todas las lágrimas de este mundo.

Pierde su pureza, que es la margarita de que habla el Evangelio, más preciosa que todas las joyas de la tierra.

Pierde su fe, que es el alma del alma, o según la frase de Madama Swetchine, la verdad de la inteligencia. Y se expone a perder su alma... ¡eternamente!

Con razón un impío filósofo escribió sobre la portada de una de sus novelas estas palabras: «La mujer que lee este libro, ¡es una mujer perdida!»

En nombre de la moral y de la higiene.

Un eximia doctor e higienista, Devay, anatematiza en nombre de la moral y de la higiene toda producción literaria malsana.

«No deben los libros —dice— presentar al espíritu imágenes lascivas, so pretexto de medir los grados del vicio. No se deben evocar los fantasmas de placeres profanos en una imaginación virgen, ardiente, en un joven o en una joven, ni se debe poblar de ideas voluptuosas una soledad que debe ser santa y austera».

Hay libros que han malogrado más organizaciones de lo que han malogrado los excesos más violentos.

Son esas producciones bizarras y bastardas del espíritu humano, en las cuales todo es exagerado, inverosímil o falso, o donde episodios dramáticos y terribles estragan la sensibilidad y las funciones nerviosas de los jóvenes, e irritan y exaltan prodigiosamente sus pasiones.[59]

---

[58] Montesquieu.

[59] *Hygiene des famule*, «Higiene moral».

¡Cuidado con la primera mancha!

Este era el consejo que daba un ilustrado Profesor de literatura a sus jóvenes discípulas: ¡Cuidado con la primera mancha! Quería decir, ¡cuidado con dejar entrar en vuestra mente la imagen impura o la página infame!

Éstas, como esos ácidos que atacan el zinc y dejan en él sus huellas profundas, se graban profunda e indeleblemente en el cerebro. Y ahí quedan, latentes, pero prontas a surgir de nuevo en la mente apenas el espíritu maligno las despierta, para zarandear a la pobre alma.

Y así se han visto jóvenes incautas que por curiosidad peligrosa o lecturas malsanas, se han lanzado imprudentemente en unas redes, de las cuales no han podido desenredarse jamás.

Hemos, pues, de decir a las jóvenes: ¡Atención con la primera lámina, con la primera página!, si no queréis que os coja el vértigo de las alturas, el vértigo que os arrastra al abismo. El vértigo es muchas veces efecto de una sola mirada lanzada a las profundidades del abismo.

La caída de la mujer es siempre fatal: es como el alud que al descender de la montaña siembra su paso de destrozos y de muerte...

Bien es así como Eva perdió a todo el género humano.

El libro o la revista frívola.

Hay otras lecturas perjudiciales para la juventud y son los libros y las revistas frivolas.

Tales lecturas adormecen al alma, la contagian con su espíritu de frivolidad, la enervan con su sentimentalismo.

Son además uno de los obstáculos más grandes para la formación de un carácter varonil y de una voluntad enérgica.

Sobre todo hacen perder un tiempo precioso que debiera emplearse en el cumplimiento del deber o en lecturas instructivas.

En este sentido se puede decir que tal lectura es una pereza disfrazada.

Cuáles libros se pueden leer.

En otra parte he consignado cuáles son los libros malos y prohibidos, los principales registrados en el índice: y he dado normas y consejos al propósito.

Baste recordar aquí estas tres reglas que daba un maestro de espíritu a unas jóvenes, con el fin de preservar sus almas de la corrupción y conservar su mente íntegra y sana.

«No leáis ningún libro que no tenga la aprobación eclesiástica».

«No leáis novelas que no sean muy recomendables, ni revistas paganas o mundanales, ni diarios que no sean netamente católicos».

«En materia de lectura, pedid siempre consejo a vuestro Confesor, que siendo persona culta e ilustrada, no sólo puede ser vuestro Director de conciencia, sino también vuestro Director de cultura intelectual».

Hoy día en que abundan tantos libros malos y perniciosos —libros que muchas veces se presentan bajo la piel de oveja, y adentro son lobos rapaces— estas tres reglas son, en verdad, sumamente valiosas y merecen ser practicadas al pie de la letra.[60]

[60] Véase el *Manual del Joven*, c. XVI, § I. «Los libros buenos y los libros prohibidos».

Qué libros no se deben leer.

Antes de leer un libro, haceos esta pregunta que un autor dirigía a los jóvenes franceses: «¿Sois católicos y queréis permanecer fieles a vuestros juramentos?». «Pues absteneos de toda lectura que directa o indirectamente ataque a nuestra fe, ya poniendo ante vuestros ojos negaciones rotundas, ya desacreditando a la Iglesia, a sus instituciones o a sus sacerdotes, ya ridiculizando las prácticas de las devociones».

«¿Queréis ser, no sólo católicos de nombre, sino además católicos sinceros, de esos cuyos actos están siempre conformes con sus palabras? Pues no leáis nunca libros en que la pureza o la santidad de las costumbres cristianas sean objeto de necias burlas, en que se exalte el vicio y en cuadros realistas se pinten los placeres sensuales como la única felicidad.

Antes de leer un libro preguntaos si no os estará prohibida su lectura, ya sea por la ley natural, ya por la autoridad eclesiástica».[61]

Cómo se debe leer.

El ilustre pensador Balmes da estos consejos acerca de las lecturas y del modo cómo leer: «En la lectura debe cuidarse de dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien».

Nunca deben leerse los libros que extravíen el entendimiento o corrompan el corazón. Las lecturas irreligiosas o inmorales no conducen a la ciencia, por el contrario; son una fuente de frívola superficialidad.

Non multa sed mullum; *se ha de leer mucho, pero no muchos libros*: esta es una regla excelente. La lectura es como el alimento: el provecho no está en proporción de lo que se come, sino de lo que se digiere.

La lectura debe ser pausada, atenta, reflexiva: conviene suspenderla con frecuencia para meditar sobre lo que se lee; así se va convirtiendo en sustancia propia la sustancia del autor y se ejecuta en el entendimiento un acto semejante al de las funciones nutritivas del cuerpo...

El inmoderado deseo de la universalidad es una fuente de ignorancia.

Queriendo saberlo todo, se llega a no saber nada.

Son pocos los hombres que han nacido con talento bastante para abarcar todas las ciencias.

Así es muy importante el poseer a fondo una de ellas; y luego no hacer incursiones en el campo de las otras, sino con la debida consideración de las propias fuerzas, del tiempo de que se dispone y de la profesión que se ha de ejercer.

¿De qué le sirve a un militar el ser botánico, si ignora el arte de la guerra?

¿De qué a un abogado el ser un buen geómetra si se olvida de la jurisprudencia?

Sólo así se puede afirmar con Bacon que la lectura completa al hombre.

Y con Duclós, que quien sabe leer, sabe la más difícil de las artes.

[61] Vuiliermet, L*a misión de la juventud contemporánea,* VII.

2. - Las Novelas

Las novelas son el peor enemigo de las mujeres.
(C. Fernández).

La novela sentimental.

La novela es la clase de literatura más en boga en estos tiempos.

Es por desgracia el libro de las mujeres. Es el libro que no pocas veces con doradas píldoras hace tragar mortífero veneno.

El que excita la imaginación a expensas del criterio y fomenta las pasiones a expensas de la moral. El que extravía el buen sentido común, sentido ya tan poco común entre la juventud. El que va sembrando por el mundo gérmenes de corrupción...

Eso es la novela sentimental.

Razones fisiológicas.

Bien se echa de ver cuan perjudiciales son tales novelas para las doncellas, en las cuales ya predomina por temperamento el corazón con todos sus sentimientos eróticos.

Tal predominio del sentimiento debe ser equilibrado con lecturas sustanciosas, sólidas y reales. Sólo pueden ser permitidas esas novelas que son en todos los sentidos buenas.

El plato según el paladar.

Por otra parte, quien ha tomado el gusto a las obras clásicas, siente náuseas al abrir libros novelescos cuyas páginas, como los glóbulos de jabón, están sólo llenas de aire.
Sólo los espíritus enfermos, las inteligencias pueriles se apacientan con tales novelas, del mismo modo que los criminales y los ignorantes se nutren con la lectura de la crónica policial del diario.

Lo que dice un autor moderno.

«El alma —dice Lamy— la cual ha bebido algunas veces en las fuentes vivas de la literatura clásica y sabe cuántas obras maestras esperan sus ocios para renovar en ellas tales placeres estéticos, no perderá el tiempo con esas insipideces que se ha dado en llamar buenas novelas, ni mucho menos con esas inmoralidades malsanas que pululan en esos libros malamente llamados novelas de observación.

En estas últimas se ha refugiado la podredumbre que, gracias a la asepsia moderna, ha desaparecido de los hospitales.

¿Y quiénes son los asiduos lectores de tales novelas? Principalmente las mujeres.

¿Pero cómo se comprende que mujeres honradas tengan valor para leer tales libros? ¿Quién las impulsa a ello? La curiosa ociosidad, ávida de emociones variadas e intensas.

Para poner remedio a ello, lo más acertado es alimentar su curiosidad con objetos menos indignos.

Cuando esto se consiga, la huelga de lectoras disminuirá la publicación de libros inmorales, porque los escritores no atienden tanto a su gusto como a nuestro dinero».[62]

Lo que dice otro autor.

Un experimentado autor llega a decir lo siguiente a propósito de novelas. «Lo mejor es no leer novelas... Si no tenéis fuerza para resistir sin leer novelas, leer Fabiola y alguna que otra que encontréis buena, pedido el consejo de vuestro director o de una persona prudente... Yo no quiero tener la carga de haber autorizado con mi autoridad, por mezquina que sea, la de ningún autor, porque he visto tan pocas sin lunar y sin algún peligro!»[63]

Una autoridad eclesiástica.

Hablen las autoridades. El arzobispo de Reims, Monseñor Landriot, a propósito de las novellas, escribe esta página sumamente sugestiva: «Veis esa joven de natural excelente... ¿qué pasa en ella de algún tiempo acá? Se ha vuelto meditabunda, le hierve el corazón y hasta ha cambiado su fisonomía, que tiene ahora expresión desusada y sus ojos no miran ya con la calma y la limpidez que nacen de una conciencia tranquila. ¿Qué novedad le ha ocurrido? ¿Ha contraído malas amistades? ¿tiene malas compañías? ¿es desgraciada en su casa? ¿le causan graves inquietudes sus hijos? ¿le ha ofendido el esposo en sus más delicados sentimientos?

Quizás no hay nada de eso. Pero seguidla a ese gabinete solitario; vedla abrir un mueble y sacar un libro que lleva presurosa a la mesa, de antemano preparada».

«Todas sus actitudes denuncian la avidez con que lo abre; se sienta y ya está bajo el imperio de la fascinación, devorando sus páginas, que parece que la absorben por completo. Sus ojos brillantes recorren ardorosos aquellos renglones que van desapareciendo como los surcos en el campo cuando se viaja en tren expreso.

Pasan una, dos, tres horas... Se conmueve el alma, se sobreexcita la mente y el corazón está como lava próxima a reventar.

He ahí la causa del mal: esa joven se está envenenando más o menos cada día.

Convengo en que el veneno es ligero; no es el arsénico; quiero decir, el libro no contiene la dosis de corrupción que causa inmediatamente el daño en todo el ser: pero, aunque no menor, el daño es de importancia y el tiempo lo podrá aumentar».[64]

Dos autoridades médicas.

El doctor Roques, hablando de los tristes efectos de los libros novelescos, dice: «No tratamos aquí de ciertas novelas donde la licencia está ligeramente velada —las jóvenes bien educadas no podrían leerlas— sino de obras literarias que hablan a menudo a la juventud de moral y de virtudes en medio de pormenores y episodios en que se oculta el vicio bajo formas seductoras. Este género de lecturas en una edad tierna, confiada y apasionada, es a veces más pernicioso que la licencia grosera. Enerva el alma, la pone en estado de vago delirio y perturba los órganos del sentimiento imprimiéndoles una tendencia enfermiza...»[65]

Por su parte, el Dr. Descuret añade con mucha razón: «No es menos triste que el teatro; la influencia de la lectura de novelas en el desarrollo de las pasiones, especialmente de la pereza,

---

[62] *La Mujer del porvenir*. «Las mujeres y la ciencia»
[63] TJgarte, *Curiosidades*, t. III.
[64] Conferencia XVIII.
[65] Régimen de las pasiones.

del temor, del amor, del libertinaje y del suicidio, ya sea por la imitación, ya por displicencia ante la vida real. Por un centenar de novelas verdaderamente moralizadoras que pueden hallarse trabajosamente en toda nuestra literatura, hay millares que sólo sirven para que se descarríe la mente y se pervierta el corazón».[66]

Ejemplo de la Seráfica Doctora.

Sobre el particular escribe Santa Teresa de sí misma: «Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré: era mi madre aficionada a libros de caballería y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo lo tomé para mí... Yo comencé a quedarme en aquella fea falta de leerlos y aquella pequeña falta, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque a escondidas de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parecía tenía contento. Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades, que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiese a Dios por mí, cosas que me parecía a mí no eran pecado muchos años; ahora veo cuan malo debía ser».

Ejemplo de una reina.

La piadosa María Leczinska, esposa de Luis XV, jamás cedió a la curiosidad de abrir un libro que pudiera herir en lo más mínimo su fe y su pudor. Cierto día algunas personas de aristocrático abolengo formaban su tertulia. La conversación cayó sobre una obra plagada de errores que acababa de publicarse. Los contertulios sostuvieron una acalorada discusión acerca de las ideas vertidas en la obra y extrañaron que la reina no terciase en el debate. Mas ella repuso: «Jamás me permitiría dedicar un minuto a semejantes lecturas». En otra ocasión, hallándose la reina en casa de la duquesa Luynes sorprendió sobre la chimenea un libro malo, escrito por una dama de general reputación. Inmediatamente lo arrojó a las llamas, diciendo: «Creo, duquesa, que vos pensaréis como yo; ved el caso que hemos de hacer de estos engendros literarios». En otra ocasión dijo: «Me parecería un crimen leer un libro en que se ultrajase a mi padre y con mayor motivo uno en el que supiera que se injuriaba a Dios».

3. - Los libros escogidos.

No es preciso tener muchos libros, sino tenerlos buenos.
(Séneca)

¿Qué libros conviene leer?

«No debemos leer —decía el P. Lacordaire— más que las obras maestras de los grandes hombres: no tenemos tiempo para más».

[66] La Medicina de las pasiones.

Un escritor ha dicho: «En todos tiempos y lugares el mejor libro será el que enseñe más y en menos páginas».[67]

Curiosa observación.

Marmontel hacía en el siglo XVIII esta muy justa observación: «Se ha calculado que leyendo 14 horas diarias, se necesitarían 800 años para leer todos los libros de la Biblioteca Real (París) sólo referentes a Historia. Esta proporción desesperante entre la duración de la vida y el número de libros, demuestra la necesidad de extractos».[68]
Diremos mejor, tal proporción desesperante demuestra la necesidad de leer sólo libros selectos, aquellos que contienen meollo. Leer el primer libro que nos cae entre manos, sin discernimiento, sería malgastar un tiempo precioso y disipar inútilmente nuestra energía.

Libros de médula.

No vamos a dar aquí una lista de los libros sustanciales que la joven debe leer.
Sólo diremos que ha de leer libros que contengan médula, so pena de perder el tiempo y extraviar el criterio. El libro forma el lector. ¡Cuántas jóvenes tendrían más alta idea de la vida, del valor del tiempo, del deber, etc., si acaso se hubiesen educado para una lectura seria!

Mad. de Sevigné aconsejando a una nieta suya la lectura de las obras de Nicole y de Bourdaloue, decía: «Piensa que si no te aficionas a estos alimentos sólidos, tu espíritu andará siempre anémico».

Un propósito.

Por las razones susodichas, una hábil escritora había hecho este propósito: «No leeré ni tendré libro alguno que no sea indispensable o útil a la misión que me he propuesto realizar en la vida».

El Evangelio.

No podemos dejar de recomendar en especial la lectura y la meditación del santo Evangelio, libro que está por encima de todos los demás por ser libro divino. Es el libro por excelencia. Es Jesucristo, la Verdad eterna, que habla y enseña su celestial doctrina.

Sin embargo, podríamos repetir con Massillon: «El Evangelio es un libro desconocido para la mayor parte de los fieles. Se pasa toda la vida para adquirir conocimientos vanos, frívolos, inútiles para el hombre, su felicidad y eternidad y no se lee el libro donde está encerrada la ciencia de la salvación».[69]

Consejo de una escritora.

Madama de Mercey, dirigiéndose a las jóvenes, les decía: «Leed todos los días, considerándolo como un deber, algunas páginas de un libro religioso, ya histórico, ya dogmático

[67] Olavarría.
[68] En el siglo XVIII el total de libros de la Biblioteca Real no pasaba de 190.000 volúmenes.
[69] Córeme, Sermón sur L'evidénce de la loi.

y sobre todo, de moral práctica; pero, más que todo, leed el Evangelio, leed la Sagrada Escritura con las notas o comentarios admitidos por la Iglesia.

¡Ah! en ella hallaréis siempre nuevos tesoros; jamás han encubierto las minas de Golconda diamantes más magníficos».[70]

Apuntes escritos.

Al leer los libros selectos, útil y provechoso sería, conforme aconsejaba el insigne Lope de Vega a su primogénito: «sacarles las sentencias», ordenándolas y distribuyéndolas posiblemente a modo de mosaico.

O hacer acopio de buen material para la propia y ajena edificación, como el arquitecto suele reunir en un cercado buen número de sillarejos admirablemente tallados para levantar con ellos un artístico edificio.

Tales pensamientos, máximas o proverbios, los califica Salomón de «vida del alma», de «salud para todo hombre», de «corona para la cabeza» y de «collar precioso para adorno nuestro».

El filósofo Diderot, copiando una frase de la Biblia, los definía: «agudos clavos que fijan la verdad en nuestra memoria».

En este sentido debe comprenderse la frase de Monseñor Dupanloup: «Leer sin escribir, es perder el tiempo».

Una maestra.

A título de curiosidad, voy a abrir una página de un Álbum literario, donde en otros tiempos —en los tiempos de siembra— he recogido, espigados en el campo de mis lecturas, unos pensamientos que brillaron ante mis ojos cual hebra de oro entre cuarzo o pepita entre arena.

Leamos la portada: Espigas...

Con este título hemos publicado, años atrás, bajo forma periódica, diez pequeños tomos, que son otras tantas gavillas de Espigas recogidas en los variados campos de la mística, de la literatura, de la filosofía, etc,

Abramos la página, cuyo título es, Mujer.

Con perdón de mis lectoras hallamos al principio dos frases un tanto picarescas:

—La mujer es un hermoso defecto de la Naturaleza. (Milton)
—La mujer es un manjar digno de los dioses cuando no lo guisa el diablo. (Shakespeare)

No nos detengamos en discutir estas ocurrencias del buen humor inglés y sigamos:

—Una mujer hermosa agrada a los ojos; una mujer buena agrada al corazón: la primera es un dije; la segunda es un tesoro. (Napoleón)
—La vida del hombre gira en torno de la mujer. Esta es el sol de su sistema solar. Es la reina de la vida doméstica. (Smiles)
—Las mujeres tienen ojos de lince para ver las debilidades de las mujeres. (Schiller)
—Los móviles de la mujer son tres, el interés, el placer y la vanidad. (Diderot)

[70] *La Mujer cristiana*, P. I., c. IV, a. 4.

—El mar y la mujer, todo es mudanza. (Fr. Gabriel Téliez)
—Las mujeres por la mayor parte son honrosas y temerosas. (Santa Teresa)
—Tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas ¡Dios nos libre! (Santa Teresa)

Leamos también la nota explicativa puesta al pie: *nota bene (observa bien)*. Sobre lo último, entendía la Santa, cuando no reina entre las mujeres, cual soberana, la caridad divina.

Tales sentenciarios vienen a ser, en el bello concepto de Lope de Vega:

un espejo con vislumbres
de verdad y razón clara,
en que ve el alma la cara
de su conciencia y costumbres.

4. - La Biblioteca de la joven estudiosa.

Una colección de libros es una universidad.
(Carlyle).

La compañía de libros buenos.

«Los libros son compañía muy deleitosa y aun sin abrirlos parece como si desde los estantes hablaran con vosotros y os dieran la bienvenida al entrar en una biblioteca». (Gladstone)

Busque pues la joven, en las horas perdidas, la compañía de libros buenos, instructivos y amenos y gustará la verdad de esta frase: «Una biblioteca de cien volúmenes escogidos equivale a cien puertas que de par en par se abren a perspectivas de infinitos goces».[71]

Libros especiales para las doncellas.

No damos aquí una lista general de libros de estudio o lectura, pues la dimos amplia en el *Manual del Joven.*[72]

Sólo añadimos a la larga lista allí publicada, el título de unos cuantos libros más propiamente especiales para las doncellas.

Doctrina Cristiana y Apologética.

- *Los cuatro Evangelios,* traducida por Torres Amat con notas.
- Manuel Silva de la Fuente. *Curso Superior de Religión.*
- Abate Brispot. *La Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, escrita por los cuatro evangelistas, explicada por los SS. Padres, los doctores y los hombres más célebres, que han escrito desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días.
- Devivier. *Curso de Apologética cristiana*.
- Spirago. *Catecismo popular explanado.*

[71] Marden, *La alegría del vivir, XV*
[72] C. XVI, III. «La Biblioteca del Joven estudioso». (1ª Edición)

- *María al alcance de la juventud,* obra que con las dos anteriores forma parte de la biblioteca catequística – Gili, Barcelona.
- *Devocionario litúrgico*, con la explicación litúrgica de la Misa y Oficios divinos.
- Segur. *Sus Obras.*

Educación y Cultura.

- P. Ventura. *La mujer católica. El Apostolado de la mujer. Las mujeres del Evangelio.*
- Dupanloup. *La educación de las hijas de familia. La mujer estudiosa. Cartas sobre educación. Las diferentes vocaciones la mujer.*
- Fenelón. *La educación de las jóvenes*.
- Pablo Combes. *El libro de la esposa. El libro del ama de casa. El libro de la madre. El libro de la educadora. La elección de una biblioteca. El problema de la felicidad.*
- B. Gentilini. *El libro de la mujer. Higiene moral o sea Higiene del alma e higiene de las pasiones. Biblioteca de Cultura.*
- Madre Stuart. *La Educación católica.*
- Condesa Zamoyska. *La educación moral y cívica. El trabajo.*
- V. Rocher. *La femme raisonnable et chrétienne.*
- Mad. De Mercey. *La Mujer cristiana.*
- Baunard. *Dios en la escuela. La fe y sus victorias.*
- Severo Catalina. *La mujer.*
- Fray Luis de León. *La perfecta casada. Nombres de Cristo.*
- Mad. Swetchine. *Obras escogidas.*
- Formación moral y religiosa de las niñas (Eugenio Subirana, Barcelona)

Lecturas amenas e instructivas.

- Monlaur. *El rayo de luz. Después de la hora nona. Mirarán hacia Él.*
- E. Lasserre. *Nuestra Señora de Lourdes. Episodios milagrosos.*
- Craven. *Relato de una hermana.*
- Eugenia de Guérin. *Diario y fragmentos.*
- Benson. *La tragedia de la Reina. El Amo del mundo.*
- Ruiz Amado. *El secreto de la felicidad.*
- Risco. *Cuentos tristes y alegres.*
- María Jenna (Cecilia Renard). Cond. de Saint Martial. *Sus libros.*
- B. Gentilini. *Alegría y felicidad o sea el Arte de ser feliz. Humoradas. La Espiga. Charlas sobre Modas y otros tópicos del mundo femenino.*
- Gomá. *Las modas y el lujo.*
- Bordeaux. *El miedo de vivir.*
- Spillmann. Novelas varias recomendables, en especial: *Una víctima del secreto de la Confesión (o sea ¿Quién fue el asesino?). Los hijos de María. El sobrino de la Reina. Los hermanos coreanos. Los náufragos. Los esclavos del Sultán. Los dos grumetes.*
- P. Berthe. *Narraciones bíblicas.*
- Ad. Claravana. *Lecturas populares.*
- Kipling. *El libro de las tierras vírgenes. (The Jungle Book)*
- Severo Catalina. *Roma.*
- Mad. Delly. *Una mujer superior. Esclava o reina. El rey de los Andes. Entre dos almas.*

Ascética y mística.

- Mad. Bourdon. *Día cristiano de las jóvenes. Meditaciones y lecturas para todos los días del año.*
- P. Berthier. *La joven en la escuela de los Santos.*
- Abate Larfeuil. *El Cuarto de hora para Dios. El Cuarto de hora para María. El Cuarto de hora para San José. La Mujer formada en la escuela de María. La Joven formada en la escuela de María.*
- St. Foix. *Horas serias de una joven.*
- Ab. Edelín. *Las luchas del alma.*
- Mons. Landriot. *La Mujer fuerte. La Mujer piadosa. Los Pecados de la lengua.*
- B.Gentilini. *Diario del Alma. Meditaciones sobre la Pasión y el Cuerpo de Jesús especiales para la Hora Santa. Saetillas de amor. Opúsculos.*
- Mons. Mermillod. *Conferencias a las damas de Lyon.*
- Ábate Sylvain. *Pepitas de oro. El libro de las novicias, de las profesas, de la joven en vacaciones,* etc.
- Rosignoli. *Verdades eternas.*
- Nieremberg. *Vida divina. Diferencia entre lo temporal y eterno. De la hermosura de Dios.*
- Marchal. *La mujer perfecta. La conciencia, tal como debe ser.*
- San Alfonso. *La verdadera esposa de Jesucristo. Las Glorias de María.*

Hagiografía. (Historia de la vida de los Santos)

- María de Agreda. *Vida de la Virgen.*
- Mayet. *El Ángel de la Eucaristía o Vida y espíritu de María Eustelle.*
- Morell. *Flos sanctorum de la familia cristiana.*
- Rivadeneyra. *Flos sanctorum. Nuevo Año cristiano.*
- Baunard. *Bta. Magdalena Sofía Barat. Ven. Luisa de Marillac.*
- Bougau. *Santa Mónica.*
- Demore. *Santa Clara de Asís.*
- Gómez Rodeles. *Santa Cecilia.*
- Lacordaire. *Santa María Magdalena. Santo Domingo de Guzmán.*
- Cepari. *Santa María Magdalena de Pazzis.*
- Montalembert. *Santa Isabel de Hungría.*
- Bolo. *Santas para las jóvenes.*
- Autobiografías de Santa Teresa de Jesús, Margarita María Alacoque, Sor Teresa del Niño Jesús.
- Vidas de Santa Rosa de Lima, de la Bta. Mariana de Jesús, la «Azucena de Quito», de las Santas Catalina de Génova y Catalina de Sena, por varios autores.
- Datos biográficos y pensamientos de Gema Galgani.
- Colección *Los Santos.* (Gili, Barcelona)

Lecturas Sociales.

- Concepción Arenal. *El Visitador del pobre. La mujer del porvenir. La mujer de su casa.*
- Van Tricht. *Cuestiones sociales.*
- Renato Bazin. *Con toda el alma.*
- López Peláez. *La importancia de la Prensa. La Cruzada de la buena Prensa. Los daños del libro.*
- Ign. Casanovas. *Acción de la mujer en la vida social. Apologética de Balmes.*
- Palau. *El católico de acción.*
- Alarcón. *Un feminismo aceptable.*
- Lamy. *La mujer del porveni*r.

- Ascanio. *La bruja blanca.*
- Colette Yver. C*ervelines. Cómo se van las reinas. Princesas de ciencia. Las damas del Palacio.*
- Selgas. *Estudios sociales.*
- Cathrein. *El problema femenino.*
- Sardá y Salvany. *Propaganda católica.*
- Lugan. *La enseñanza social de Jesús.*
- Bongiorni. *Catecismo de sociología cristiana.*
- Isabel Gnauck-Kühne. *El problema de la mujer obrera.* (Este libro y los siguientes pertenecen a la Colección «Ciencia y Acción»)
- Georges Meny. *El trabajo a domicilio y el trabajo barato.*
- Pavissich. *Mujer antigua y mujer moderna.*
- Sertillanges. *Feminismo y cristianismo.*
- Gustavo Hue. *Les oeuvres de protection de la Jeune Fille.*
- Biblioteca Social del «Apostolado de la Prensa» de Santiago de Chile.

VII. - EL TRABAJO

No aborrezcas el trabajo, aunque sea penoso.
(Eclesiástico VII, 16)

La gran ley del trabajo.

El trabajo es la gran ley universal.

Es uno de los ritmos del universo.

No hay que creer que sea sólo trabajo el trabajo manual o de mano; es también trabajo toda ocupación intelectual, o cualquier otra ocupación digna, en provecho nuestro o de nuestros semejantes.

Podríamos más propiamente decir que el cumplimiento de nuestro deber es el trabajo que Dios nos manda y por el cual cumplimos la ley de nuestra subsistencia física y espiritual.

Es precepto y expiación.

En los albores de la humanidad el Trabajo, cubierto de sudor y de lágrimas, se presenta a nuestros primeros padres, como precepto y expiación.

Dios dijo a Adán: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». [73]

Yo quisiera preguntar, qué podrían contestar a esto ciertas señoritas que creen haber recibido de lo alto —quien sabe cómo, si por derecho de herencia, o por carta de nobleza— el triste privilegio de no hacer nada.

Es deber.

El cristiano es el hombre de la inmortalidad. Sus obras serán las piedras con que labrará, según la frase bíblica, la casa de su eternidad.

Cada obra tiene resonancias en la vida futura: proyecta su mérito o su demérito más allá de la tumba... Y esas obras serán las únicas, según la frase de San Juan, que acompañarán al hombre ante la presencia de Dios.

Para que esas obras sean dignos sillares de la casa de nuestra eternidad, deben ser ofrecidas a Dios con espíritu de expiación, de alabanza y de adoración.

«¡Sursum corda!» (levantemos el corazón).

Bien cantó el poeta:

¡Nadie en estéril ocio se consuma!
Pues cuando a la labor que nos señala
hora por hora el cielo, damos cima,
subimos un peldaño de la escala
que a la Ciudad de Dios nos aproxima.[74]

---

[73] Génesis III. 19

[74] Nuñez de Arof, "sursum corda".

Es un honor.

Cantú dijo: «No hay deberes innobles».
Digamos lo propio: No hay trabajos innobles.

El trabajo más ruin puede ser santificado por la intención con que se ofrece a Dios; puede ser ennoblecido por el arte con el cual se cumple.

El trabajo es como un molde en el cual el santo o el artista vacía su alma...

Hay algo de creador en las obras de nuestras manos, como si en ellas dejáramos alguna huella de nuestro espíritu.

Lo cierto es que el trabajo dignifica al hombre y le constituye en ser agente, participante de la actividad del universo.

Por el contrario, la ociosidad le rebaja y le constituye en ser pasivo, sujeto a la inercia que es ley de corrupción y de muerte.

Un ejemplo.

Una parienta del emperador Teodosio, Eufrasia, vivía como religiosa en la Tebaida después de haber repartido sus bienes entre los pobres y libertado a sus esclavos.

Durante diez y ocho años se sujetó voluntariamente a los más humildes trabajos, barriendo, porteando agua, madera y piedras, y cociendo pan.[75]

Tanta virtud hizo exclamar a la emperatriz: «¡Verdaderamente esta muchacha es de estirpe regia!»

Hay en el trabajo algo de regio cuando se le cumple noble y regiamente.

Hay en él algo de bello cuando se le cumple con arte y perfección.

En estos casos, la belleza moral encubre con su manto esplendoroso el trabajo más trivial.

Es un coeficiente de salud.

Catón decía que el hombre se parece al hierro, que brilla con el uso y se enmohece arrinconado.

El trabajo es un coeficiente de salud espiritual y física para el hombre, mientras que la ociosidad, es la polilla que corroe lentamente todo organismo.

«El trabajo no es menos esencial para el espíritu que para el cuerpo. Un día de cuidados agota más que una semana de trabajo. El cuidado descompone el cuerpo entero; el trabajo asegura su buen funcionamiento y su salud: el ejercicio muscular da salud al cuerpo; el ejercicio cerebral da tranquilidad al espíritu; el trabajo mental da paz al corazón».[76]

Pintura de la ociosidad.

Bien pinta Alemán lo que es la ociosidad: «Como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe. Es la ociosidad campo franco de perdición, arado con que se siembran malos pensamientos, semilla de cizaña, escardadera que entresaca las buenas costumbres, hoz que ciega las buenas obras, trillo que trilla las honras, carro que acarrea maldades y silo en que se recogen todos los vicios».

Con haber dicho tanto, aun no se ha dicho lo suficiente.

---

[75] Vita S. Euphraxaie, p. Acta S S.
[76] Jancourt.

La ociosidad es la herrumbre del cuerpo y la corrupción del alma.

Las ociosidades de negación.

«La pereza, es decir, la pasión del reposo, tiene para triunfar una ventaja sobre las demás pasiones y es que no exige nada... Su objeto es pura negación... Todas las pasiones para el logro de su objeto, exigen algo; sólo la pereza no exige nada... Parece ser la tendencia a la misma nada: la nada es al menos un solo límite.»

«Cuanto más se acerca a ella el perezoso en su modo de ser, mejor está».[77]

La ociosidad es el aniquilamiento de todas las facultades del alma.
Es la inercia del cuerpo.

Una página de Salomón.

Nadie debe estarse ocioso.

«Anda, oh perezoso, ve a la hormiga y considera su obrar, y aprende a ser sabio. Ella, sin tener guía, ni maestro, ni caudillo, se provee de alimento durante el verano y recoge su comida el tiempo de la siega.

¿Hasta cuándo has de dormir tú, oh perezoso? ¿cuándo despertarás de tu sueño? Tú dormirás un poquito, otro poquito dormitarás, otro cruzarás tus manos para dormir; y he aquí que vendrá sobre ti la indigencia como un salteador de camino y la pobreza como un hombre armado.

Al contrario, si fueres diligente, tus cosechas serán como un manantial perenne y huirá lejos de ti la miseria».[78]

¡Levántate y anda!...

Hay horas largas, soporíferas y saturadas de tedio, especialmente para la joven acomodada. Esas horas, pasadas en la inacción, derraman sus tristezas sobre el alma y arrojan sobre ella ese extraño malestar que han dado en llamar aburrimiento.

A esa joven yo quisiera decir esas palabras bíblicas: ¡Levántale y anda! Levántate, sacude la pereza, que es hermana de la muerte; disipa con un gesto de energía esas sombras sepulcrales que intentan envolverte, lanza lejos de ti esa apatía que parece ser el sudario de un alma muerta... y ¡anda! Es decir, ¡trabaja! Ocúpate dignamente, haz obras dignas de ti... y sentirás la inmensa satisfacción que trae consigo el trabajo. Así las horas, que antes no sembraban sobre ti sino tristezas, al pasar dejarán caer sobre tu cabeza guirnaldas de flores...

El testimonio de la conciencia.

Escribe un autor: «Dad a una joven un verdadero trabajo, un trabajo que la ocupe desde el alba y la deje rendida por la noche, pero con la conciencia de haber trabajado útilmente para los demás y su impotente tristeza se trocará en una majestad de paz radiante».[79]

---

[77] Balmes, El criterio.
[78] Proverbios VI, 6 11
[79] Ruskin.

Es el fruto que da cada día el árbol del trabajo.
El poder decir por la noche: «He llenado hoy mi día», es el testimonio más satisfactorio que puede deponer ante Dios nuestra conciencia. Es una especie de nimbo que circunda al alma, cual reflejo de la luz eternal...

«O morir o trabajar».

Los santos que comprendían el valor del trabajo no se tomaban un momento de reposo. Bien conocida es la actividad asombrosa de Santa Teresa de Jesús, maestra de espíritu, escritora y reformadora.

Célebre es el lema que había escogido para sí la Beata Madre Juana de Lestonnac, fundadora de la Orden de las Hijas de Nuestra Señora: *¡0 morir o trabajar!*

Trabajo de manos.

Adiestraos especialmente vosotras, jóvenes acomodadas, en el trabajo manual.
La fortuna es muy caprichosa y ciega. Después de haberos mimado, os puede abandonar.
Entonces sólo a vuestra habilidad, podréis pedir honradamente un pedazo de pan.

Carlomagno quería que sus hijas aprendiesen el trabajo de manos. Y daba la razón de ello. «Primero —decía— porque hay que huir de la ociosidad y segundo, porque si ellas experimentarán algún día algún revés de fortuna, tendrán modo de subvenir a sus necesidades».

Artes bellas.

Adiestraos también, si vuestra posición os lo permite, en otras clases de trabajo.

Las Artes bellas, por ejemplo, podrían llenar más tarde un gran vacío en vuestra vida social y acaso en vuestra vida económica.

El Arte y la Ciencia son un capital seguro, siempre disponible, no sujeto a bancarrotas.

Una joven Artista.

Quien haya visto la catedral de Estraburgo, ha podido admirar la famosa columna de los ángeles. Dicen que Juan Ervín de Stembach, arquitecto de aquella magnífica catedral, había comenzado a esculpir las figuras verdaderamente angelicales que la decoran. Por desgracia, le sorprendió la muerte antes de concluir su obra. Mas no quiso su hija Sabina que quedase sin terminar la obra de su padre y se propuso terminarla ella misma, sirviéndose de los diseños ya trazados.

Aunque había heredado el genio de su padre, no había heredado sus fuerzas y con frecuencia se caían fatigadas sus manos débiles, no acostumbradas al martillo y al cincel.

Para sostener su energía, la pobre niña suspendía del andamio en que trabajaba, el retrato de su padre. Cuando se sentía desfallecer, se reanimaba con una mirada a aquel retrato. De este modo, pudo dar cima a la obra y concluir la artística columna.[80]

[80] De una Conferencia del P. Tissot sobre San J. B. de la Salle.

APÉNDICE. “MANUAL TRAINING” EN ESTADOS UNIDOS.

Visita a varios Establecimientos.

Una de las tendencias de la Pedagogía moderna, es la de dar importancia en los establecimientos de educación, al trabajo manual, haciendo resaltar sus beneficiosos efectos educativos, no sólo como preparación para la vida práctica y para el cultivo práctico de las ciencias, sino sobre todo: como factor eficaz para el desenvolvimiento de las cualidades psíquicas y morales. Pero donde la enseñanza de los trabajos manuales (Manual Training) está siendo objeto de más particular cultivo es en los Estados Unidos.

Una visita al Teachers College de Nueva York, escribe M. Lauwericks en la Revista Teubneriana, puede dar idea del modo cómo se cultivan en los Estados Unidos los ejercicios manuales. En aquel establecimiento, situado en edificio excelente y provisto de los instrumentos más perfeccionados, la enseñanza de los trabajos manuales comienza en el Kindergarten, cuyos párvulos recortan y pegan en papel de color, figuras de flores y animales.

Este procedimiento se continúa en las clases superiores, empleándose en más difíciles ejercicios, con los cuales se pretende sobre todo la recta distribución de las masas y combinación de los colores. Al propio tiempo se ejercita la pintura y escritura y se comienza el estudio de la Naturaleza, por el de las plantas y otros objetos. Además se enseñan el tejido, modelado, trabajos de madera y cartón, y el dibujo de instrumentos y máquinas.

Con ocasión de la construcción de máquinas, se enseña el trabajo de los metales, principalmente el fundirlos y forjarlos. En otros establecimientos que pasan por modelos, no menos que el Teachers College, se practican el modelado, hilado y tejido, la tintura de telas, encadenación de libros y trabajos en cuero; de suerte que toman el aspecto de una Escuela industrial. Una de las escuelas en que se ha cultivado desde el principio la enseñanza del trabajo manual, como parte principal de la educación, es la Ethical Culture School, fundada en Nueva York. Esta escuela posee talleres muy bien montados y enlaza el trabajo manual, particularmente en los cursos superiores, con el estudio de las ciencias naturales y otros ramos científicos.

Un tipo especial de escuela.

Los americanos han creado un especial tipo de escuela en sus *manual training schools,* organizadas como escuelas superiores, sobre una base enteramente técnica. La mayor parte de dichas escuelas tienen particulares secciones para uno y otro sexo, cultivando los muchachos varios trabajos de taller, mientras las niñas se dedican a la confección de vestidos y otros trabajos manuales propios de su sexo y a la Economía doméstica. El dibujar y hacer presupuestos andan mano a mano con los trabajos manuales. Todas las ciudades importantes poseen escuelas de este género, algunas de las cuales están provistas de material extraordinariamente costoso y cuentan con abundantes rentas para su sostenimiento. Entre ellas son dignas de especial mención las de Boston, Cleveland, Chicago, Filadelfia (Dexel-Institute) y Nueva York (Escuelas de la Cooper Union, Pratt-Institute de Brooklin, etc.)

Combinación de dos factores.

La importancia de los trabajos manuales, dice A. Leser, como factores de educación intelectual, moral y física, nos parece indiscutible.

Pero no debe la Pedagogía moderna descuidar otros factores que, no por ser de uso más antiguo, poseen menores eficacias educativas.

Una inteligencia sin manos, no podrá poner por obra sus invenciones: pero las manos sin inteligencia, nunca pasarán de los oficios mecánicos.

En la combinación de ambos factores, estriba el verdadero progreso industrial y humano.[81]

[81] Of. La Educación Hispano Amer. Agosto, 1912.

VIII. - ECONOMÍA DOMÉSTICA

1. - El hogar

El primer indicio de la felicidad
doméstica es el amor del hogar.

El hogar cristiano.

Queremos dar a la palabra hogar toda la compleja significación de la palabra inglesa *home*.[82]

El hogar cristiano es como el santuario—el sancta sanctorum—de la familia.

En los hogares paganos presidían las falsas divinidades lares y penates.

En el hogar cristiano debe presidir el Crucifijo: el emblema de nuestra salvación.

También suele campear en lugar de honor el Corazón de Jesús[83] ese Corazón que donde quiera es adorado, irradia sus llamas de amor, sus destellos de paz, sus raudales de dulzura...

¡Ah! por cierto, no hay símbolo más bello que pueda brillar en una casa cristiana que el Corazón divino, en el cual deben unirse, enlazarse y fundirse todos los corazones de la familia.

El Ángel del hogar.

Hay un ángel invisible que preside los destinos de la familia.

Una buena hija debe ser imagen de ese ángel invisible.

Debe ser ángel, no por los atractivos exteriores, casi siempre efímeros, sino por esa belleza interior que derraman sobre la joven la inocencia, la pureza, la virtud.

Esa belleza interior surge del fondo del alma como una aurora...

Una buena hija ha de ser. el ángel del hogar.

Ha de conservar el alma blanca como los ángeles del cielo.

Ha de ser dócil, obediente y sumisa.

Es bueno que recuerde que el más bello elogio que el evangelista hace de la infancia de Jesús, es: ”Fue obediente a José y a María”.

Ha de ser hacendosa, ocupándose concienzudamente en los trabajos, menesteres y oficios de la casa.

Debe decir como Jesús: «No he venido aquí para ser servido, sino para servir».

Fuera necesario recordarle la exquisitez, el encanto, el placer con que servía a sus padres la joven Santa Catalina de Sena. Ella quería reservarse para sí el honor de servirlos a la mesa y en las cosas más menudas.

---

[82] La significación de *home* se basa en la idea de hogar, casa propia, familia, refugio de reposo, satisfacción, independencia, etc.

[83] Recomendable es la práctica de la consagración de los hogares al Corazón de Jesús especialmente por la alta significación que encierra.

Ángel consolador.

La buena hija ha de ser un ángel consolador, que infunda en todos aliento y esperanza, especialmente en esas horas tristes en que la desgracia, la enfermedad o la pobreza, se han presentado a las puertas del hogar para pedir lágrimas y sacrificios...

Ha de ser un ángel consolador, en todo tiempo, pero especialmente en la ancianidad de sus padres.

El crepúsculo de la vida trae consigo, como el crepúsculo de la tarde, sombras negras, imagen de las sombras del sepulcro.

Ha de ser un ángel consolador que derrame el bálsamo divino de la fe y de la esperanza sobre los corazones lacerados por la duda o por la incredulidad. Las tinieblas del alma son mucho más pavorosas que las densas sombras de la ancianidad.

Las virtudes del hogar. La concordia.

El hogar doméstico es el lugar donde se concentran todas las virtudes sociales.

No nos proponemos bajar a detalles: queremos nombrar tan sólo dos virtudes: primera de ellas, la concordia.

Concordia es, según la etimología latina, uniformidad de sentimientos: son varios corazones que palpitan al unísono.

«El verdadero espíritu de familia, no es más que la mutua adhesión de los miembros que la componen».[84]

La bondad, la unión que une el corazón de los padres, es casi siempre la bondad de la hija.

La bondad es como un regulador que regula los movimientos del alma.

Este oficio exige gran tino, fina perspicacia y una delicadeza de artista.

El amor al hogar.

Otra virtud esencial del hogar es lo que llaman propiamente los alemanes con una sola palabra Haeuslichkeit.[85]

¡Lástima que la riquísima lengua castellana no tenga una palabra propia para expresar algo así como el culto, el amor al hogar!

Ha de amar el hogar como la cuna donde hemos nacido, como el fresco oasis donde hemos descansado en la travesía del desierto, como el seguro puerto donde nos hemos abrigado en la tempestades de la vida.

Con gran verdad ha dicho el escritor inglés Ruskin: «En tanto que esto no es así, no hay hogar: en tanto que las ansiedades de la vida exterior penetran en él, cesa de haber hogar; éste es entonces sólo una parte del mundo externo que habéis dejado y donde habéis encendido fuego. Pero en tanto que es un lugar sagrado, un templo, un altar del corazón guardado por los lares domésticos... merece el nombre y justifica el renombre de Hogar».

Culto del hogar.

Podríamos desarrollar extensamente la idea del culto del hogar.

---

[84] P. Ventura, L*a Mujer católica.*

[85] Pronuncíese hoislijcait. Traducción: afición a la vida hogareña.

En este sentido se podría considerar el hogar como un templo, donde reinen la comunión de las ideas y la santidad de los afectos; donde se aspire el incienso de las plegarias y los aromas de la virtud; donde, como en la antigua Ley, se ofrezca a Dios cada día un sacrificio o un holocausto...

Entiendo, el sacrificio de una opinión, de un placer, de una superfluidad, «por el bien de la paz»: el holocausto del amor propio, que debiera ser inmolado a cada hora, para que reinase sola, sin competidores, la caridad divina.

Podríamos considerar el hogar como el santuario, que no debieran pisar los profanos, sino sólo reservado a los parientes y a las amistades selectas.

La intimidad de la vida con seres escogidos es lo más dulce y perfecto, lo más parecido a la vida del cielo.[86]

Entre los turcos, el dueño de casa recibe a sus amigos y trata sus negocios en una habitación que da a la calle y que está junto a la puerta,[87] y ningún hombre, aunque sea pariente, penetra jamás en el interior de la casa.

Siquiera alejemos del hogar —aunque sea con los látigos de que nos habla el Evangelio— a los traficantes del honor y de las reputaciones ajenas.

En ciertos salones se descuartiza la fama del prójimo con la misma sangre fría con que se descuartizan las reses en el matadero.

Podríamos considerar el hogar como un templo en que reine la limpieza, el orden, el arte sobrio y elegante...

Mas no queremos extendernos en demasía: demos sólo unas pocas pinceladas más.

El arte en el hogar.

A lo dicho añadamos que el hogar debe ser como uno de esos templos sobrios, elegantes, de líneas puras, llenos de aire fresco y de luz suave, en los cuales se respira devoción y se saborea un verdadero gusto estético.

Esto requiere artistas en el hogar, quiero decir un corazón, un ojo, una mano educada para ese tacto fino y delicado que es una de las florescencia del arte.

Y tal gusto debe resplandecer en las *mil pequeñas naderías*, según frase de Pierre L'Ermite, que son el *todo de un hogar*.

El arte es educativo.

Una buena hija debe ser la artista del hogar. Por tanto debe estudiar lo bello en todas sus manifestaciones, desde las obras de arte hasta la humilde flor que es una de las más maravillosas obras de arte del buen Dios.

Como consecuencia de la solidaridad de todos nuestros sentimientos, cultivando el amor a lo bello, se logrará al mismo tiempo desarrollar todas las nobles cualidades que dormitan en el alma humana.

Cuando una de esas cualidades se despierta y progresa, todas las demás la siguen como si estuvieran asidas de la mano unas a otras.

---

[86] Lacordaire.

[87] Esto es lo que ha dado lugar al nombre de *la Puerta*, con que se nombra la sala de los consejos, y aun el gobierno mismo del Sultán.

Ejemplos prácticos.

Un autor escribe: «Un hogar que agrada, que regocija a los ojos, ejerce sobre los que viven en él una atracción irresistible.

Por eso hemos de insistir sobre la utilidad de desarrollar en la joven el sentimiento de la estética desde el punto de vista de la decoración del hogar doméstico.

Que se acostumbre a hacer arte en su casa, para sí y para los suyos. No el gran arte, no, pero sí ese arte ingenioso que sabe dar a las mil naderías de la vida privada, a los muebles y pinturas, vasos, etc., ese tono de buen gusto, de armonía y de gracia que atrae la mirada.

Durante la comida, poned bien a la vista, bajo un rayo de sol, en un vaso caprichoso de limpio cristal, una rosa fresca y bella. Cien veces se irán allí los ojos y aquellas tres cosas reunidas que se realzan mutuamente, el rayo de sol, la púrpura de la flor y la limpideza del cristal, serán durante algún tiempo recreo de los sentidos y aun suave alegría del alma.

No es nada, y esa nadería ha llevado la alegría al corazón y ha despertado ideas alegres y serenas.

Y ¿qué es la felicidad sino la sucesión de dulces satisfacciones como éstas?»[88]

Por cierto, si se comprendiese así la idea del hogar —un santuario donde todo es santo, atrayente, bello— los padres, los esposos y los hijos harían más vida de hogar, en vez de hacer vida de bar o de club y menos callejearían las mujeres.

¿No es éste un santo apostolado que puede ejercer una buena joven en el sagrado recinto de su casa?...

La amabilidad en el hogar.

Por encima de todo debe resplandecer la amabilidad. Esta virtud derrama sobre las almas los encantos que el sol irradia sobre los cuerpos.

Es esta virtud la flor de la Caridad.

Es el retoño más lozano de la Bondad.

Es el sello de un alma aristocrática.

Con frecuencia es la palpitación de un alma buena que se goza en la frescura de sus pocas primaveras.

Las jóvenes buenas y virtuosas son siempre amables, porque ponen en sus miradas, en sus labios, en su porte, la fresca hermosura de su alma.

Y así han de ser en el hogar, para ahuyentar de él esas sombras negras que intentan invadir todos los ámbitos...

Así han de ser para con sus padres, a fin de mitigar sus penas, endulzar sus horas, aliviar su cruz, secar sus Lágrimas y espantar lejos, ese genio maléfico que intenta derramar en los corazones el odio, el rencor, el hastío y la tristeza.

Así han de ser, para que brille siempre en el cielo del hogar el arco iris de la felicidad...

Es pues esa virtud el último toque, la última pincelada de luz, que la joven debe trazar en el gran lienzo del hogar.

[88] Joel Lyris, *La elección de una biblioteca.*

2. - El gobierno de la casa.

El fundamento de la prosperidad doméstica,
el eje de todas las comodidades de la casa:
es la mujer. (Smiles.)

Gobierno del hogar.

La mujer debe ser la reina del hogar. Empero no debe ser reina para recibir homenajes, sino para gobernar.

Al hombre, el gobierno de la república: a la mujer, el gobierno de la casa.

¡Cuántas cosas se comprenden con estas palabras: gobierno de la casa!

Ello solo forma una ciencia que llamamos economía doméstica.

Ya lo dijo Montaigne: «La ciencia más útil, la ocupación más honrosa para una madre de familia es la del hogar. Es su mejor cualidad, y la que debe buscarse en ella con preferencia a toda otra, como la única condición capaz de arruinar o hacer prosperar nuestro hogar».

Vasto programa.

«Esta enseñanza ménagére (economía doméstica) no es sinónima, como generalmente se cree, de la enseñanza del arte culinaria, sino que comprende algo más, pues abarca todos los elementos que figuran en la economía doméstica.

Por eso, para poder decir que se ha adquirido esta enseñanza, no basta saber preparar un cocido, un asado y algunos platos de dulce.

Es preciso conocer los principios de higiene, saber prestar auxilio a un herido, cuidar a un enfermo, llevar bien las cuentas de la casa, ser práctica en el lavado de la ropa, en la compostura y arreglo de la misma, y en otras mil cosas cuya falta de conocimiento hay que pagar cara a las obreras a quienes se encargan».[89]

Enseñanza práctica.

Por tanto es necesario que la enseñanza de la Economía doméstica en los colegios femeninos sea práctica y tenga por fin el de preparar a las niñas, especialmente las de los últimos cursos, para el gobierno de una casa, desde el punto de vista *moral*, (v. gr., la educación de los hijos), *material* (v. gr., la higiene, el aseo, el orden) y *económico* (v. gr., el ahorro, el lujo, las modas).

Escuelas de Artes y Oficios para niñas.

El Congreso Social Católico celebrado en Santiago de Chile, en Septiembre de 1910, hizo votos para que la educación de la mujer fuese práctica, y adoptó esta conclusión: «En las Escuelas de Arles y Oficios para niñas (impropiamente llamadas Profesionales) aprendan todas,

[89] Max Turmann, *Iniciativas femeninas.* T. I.

en vez de bordados artísticos, de flores artificiales, de dibujos, etc., la cocina, servicios domésticos, lavado, zurcidos, costuras, a arreglar o remendar la ropa gastada y en vez de la clase de baile, denles Conferencias prácticas de higiene doméstica».

Costura doméstica y fina.

Las labores de mano —o lo que se llama propiamente costura doméstica, en contraposición de la costura fina— son de una utilidad práctica transcendental.

De Carlomagno se refiere, que no sufría usar ninguna prenda de ropa, que no hubiese sido hilada, tejida y confeccionada por sus hijas.

En algunos colegios especialmente religiosos, se acostumbra también a las alumnas a confeccionar ropas para los pobres, los «golfitos» de la calle y vestiduras y ornamentos sagrados para las iglesias pobres o los lugares de misión.[90]

El arte de la costura y el bordado.

Hay labores de mano que exigen gusto delicado y temperamento artístico.

Encajes que se diría sólo manos de hada podrían tejer.

Bordados que ponen de relieve las líneas puras del dibujo.

Tales labores bien podrían considerarse como un arte liberal, de esos que hermosean la vida y ponen sobre las cosas un rayo de belleza.

Una página poética.

Un autor ha cantado poéticamente el arte y el placer de las labores de mano con el ritmo de su frase y la galanura de su pluma.

«Yo sé —por confidencias— que es un goce sutil el que la aguja, tan pulida, tan suave, tan fina, tan corta o tan larga, se deslice aprisa, aprisa, aprisa, entre las yemas de los dedos, al hacer un despunte derecho como una idea clara; y que hay un placer no menos exquisito en hacerla pasar lentamente en la sabiduría de un zurcido o en clavarla con toda finura y toda fiereza *como puñaladita de desdén en un pecho,* en la seda tensa de un bastidor.

El ritmo del hilo que a compás de la mano sube y baja, sube y baja, no sólo sirve para rimar los sueños, sino para dormirlos a medias, de modo que resulten murmuradores al oído y cariciosos al corazón: que se pasman los ojos al color de la seda en la madeja y se crispan los dedos de gusto al desatar el nudo y que es dulce música el ruidito que hace al deshacerse el cilindro apretado en que está presa la borla de torzal; y que entre dos matices de rosa para un pétalo, de verde para un tallo, de oro para una palma, tiembla la voluntad con la misma inquietud sabrosa que la del poeta entre dos bellos conceptos o el corazón entre un no o un sí, por lo cual un cestillo de costura es como un nido de palomas que están esperando la palabra mágica para echarse a volar y nosotros los enamorados de todo aleteo armonioso, debemos mirarle con todo respeto».

[90] Esto último constituye la Obra de los Tabernáculos, sociedad anexa a muchos Establecimientos femeninos educativos, de la cual forman parte las alumnas de los cursos superiores y las antiguas alumnas. Es al mismo tiempo vínculo de unión fraternal, obra de beneficencia y centro de actividad social.

El arte de la cocina.

Madama Roland, mujer renombrada por su salón girondino en París durante la Revolución, decía: «El ideal de la francesa, es una mujer tan superior y tan señora en la cocina como en el salón».

Luis Vives —uno de los más brillantes humanistas del Renacimiento y educador de la princesa María Tudor— escribió tres libros sobre la Educación de la mujer cristiana, en los cuales reprende la demesdida indulgencia de aquellos padres que crían delicadamente a sus hijas y las apartan de todo trabajo. Escribe: «No descenderé a pormenores, pero de ninguna manera me agrada una mujer ignorante de las labores manuales, aun cuando sea una princesa o reina».
El mismo autor exige que se les haga aprender el arte de la cocina: no el que busca exquisitos manjares, sino la cocina sobria, limpia, templada y frugal».

«Este arte poseerá, pues, —prosigue Vives— la mujer educada a mi gusto, para que pueda, en toda edad, conquistarse el cariño de los suyos y para que los alimentos vengan a su mesa mejores y más limpios y a más bajo precio».

Él mismo afirma haber visto muchos casos de mujeres que se habían hecho muy particularmente caras a sus parientes, por haberles ofrecido, sobre todo en la convalecencia de sus enfermedades, manjares preparados por su mano.

Los misterios de la cocina.

Mucho se podría decir sobre la cocina, su arte, su utilidad y lo que llama un autor, sus «misterios».

«Podría demostrar cuanto ganaría la sociedad en urbanidad y finas maneras, en bienestar, en economía, en buenas costumbres, si las amas de casas, grandes y chicas, conociesen a fondo los *misterios de la cocina*, no se necesitaría ninguna otra cosa para reconstruir la familia...

Pero me siento tan impresionado por el pensamiento de cuanto de admirable y conmovedor podría decir sobre tan hermoso asunto, que me veo obligado a detenerme aquí, contando con que vuestra imaginación suplirá mi silencio».[91]

Sí, detengámonos aquí, con el silencio en los labios... ante la batería de la cocina. Pues sobre ésta, como sobre la batería militar, se podrían escribir tratados sin agotar nunca la materia.

«Un buen plato...»

Por medio de la batería de cocina se han logrado verdaderas conquistas.
Recuerdo que un pastor protestante de Nueva York, hace muchos años, disertó seriamente sobre esta importante tesis delante de muchas señoras: «un buen plato os puede ganar el corazón del esposo».

Convengo que para ciertos hombres —cuyo centro moral de gravedad es el estómago y no la cabeza— un plato bien sazonado puede restablecer el equilibrio de la casa y devolver a ella la paz conyugal.

En serio, lo cierto es que nada más delicado y placentero para los padres, que la misma hija prepare para ellos con toda la finura de sus manos y de su alma, lo que puede halagar más su paladar.

Un buen humorista diría: «¡Hay tan poca distancia entre el estómago y el corazón!».[92]

---

[91] Julio Simón.

[92] Recuerdo, a propósito de lo dicho, una frase de Edison; digna de ser grabada en mármoles para eterna recordación: «Si en Estados Unidos las mujeres supieran hacer la cocina como en Francia, no habría en mi patria tantos divorcios».

Un reglamento dictado por Napoleón.

Es muy útil conocer un documento que la historia nos ha legado.

Se refiere a la ciencia de economía doméstica que Napoleón quería fuese impartida a las alumnas del gran colegio fundado por él en el célebre castillo de Ecouen, cerca de París.

Después de hablar de la educación religiosa de las niñas, el emperador prosigue en su Nota: «...En general, hay que ocuparlas a todas, durante las tres cuartas partes del tiempo, en labores de manos: tienen que saber tejer, hacer prendas de vestir, bordados, en fin, toda clase de trabajos de mujer.

No sé si será posible enseñarles algo de medicina o de farmacia, esa clase de medicina doméstica que es propia de una buena enfermera. Bueno sería que conociesen algo de esa parte de la cocina que se llama office (es decir el arte de dirigir y preparar el servicio de la mesa, hacer postres, etc.).

Yo quisiera que una niña, al salir de Ecouen para desempeñar bien su cargo de dueña de casa, supiera hacer sus vestidos, arreglar la ropa de su marido y de sus hijos, cuidarlos cuando enfermen, proporcionar dulces a su familia...

En cuanto a la comida, no puede ser más sencilla: sopa, cocido, una entrada. No se necesita más.

Sus piezas deben estar amuebladas con labores de sus manos, ellas mismas deben hacer sus ropas, sus medias, sus faldas, sus tocados. Todo esto es de gran importancia.

Quiero sacar de esas niñas mujeres útiles, seguro como estoy de que serán por añadidura mujeres agradables.

No quiero proponerme hacer de ellas mujeres agradables, porque haría de ellas unas petimetras. Siempre va bien vestida la que sabe hacer sus propios trajes; por el hecho mismo viste con gracia...»

Hay que advertir que esas alumnas, a las cuales Napoleón se dirigía, eran las hijas de los miembros de la Legión de Honor, es decir, la flor de la nobleza militar.

Ama de casa.

Entra de lleno en el ramo de la economía doméstica, el conjunto de las funciones de una Ama de casa. Tocaremos sólo ligeramente este punto.

La joven debe comprender bien que en el manejo de los negocios de la casa, se necesita método y actividad.

«Hay en la vida dos cosas esenciales; el método y la actividad. El que sólo posea la primera de dichas cualidades será un entumecido, un animal de sangre fría y el que únicamente se distinga por la segunda, será un desordenado».[93]

El conjunto de esas dos cualidades constituye el nervio del régimen económico de la casa.

En Noruega rige una ley según la cual no puede casarse ninguna joven que no presente un certificado de haber aprendido a cocinar, a remendar ropa y a hilar.

[93] Claudio Bernard.

Vigilancia asidua, un hecho.

Además es necesario vigilarlo todo. La vigilancia ejerce en una casa el oficio que ejerce la policía del orden y de aseo en una ciudad.

Para la mejor comprensión de este párrafo, nos place recordar una historieta: dos hermanas se dedicaban a la misma industria, cada una de ellas en un barrio distinto. Trabajaban con igual celo, pero con resultados tan diferentes, que una de ellas, viendo decrecer su fortuna, fue en busca de la otra y le dijo: —¿En qué consiste que la fortuna nos trate de un modo tan distinto? Yo soy activa, laboriosa; en el barrio que habito estoy acreditada, a diario hago buenas facturas, y no obstante esto, me encuentro cada mes con un déficit que me espanta, mientras que tú prosperas. No soy celosa; pero vamos a ver, ¿tienes algún secreto? — Sí, hermana mía, —respondió. —Mira (y le enseñó una crucecita de oro oculta en su pecho); hay aquí una virtud que llena toda mi morada. —Ya te comprendo, tú eres piadosa, pero me parece que yo cumplo mis deberes religiosos. No he olvidado las últimas palabras de nuestra madre: «Pensad en Dios y Dios pensará en vosotras». Yo pienso en Él, pero Él me olvida. —No es eso. hermana mía; la virtud de esta cruz reside en la cruz misma. Por la mañana la saco de mi pecho y la llevo por toda la casa, a la bodega, al granero, al almacén; la paseo por todas partes y ella difunde por todas partes un no sé qué, que hace que me vaya todo bien. Un solo día dejé por descuido de llevarla a todas partes y me arrepentí. Tómala; te la presto por ocho días, haz lo que yo he hecho con ella y veremos lo que resulta. —

La hermana aceptó con reconocimiento y besó el talismán sagrado. Desde el siguiente día, se apresuró a llevarla por toda la casa, sin olvidar ningún rincón.

En aquel paseo minucioso, ¡cuánto desorden observó, cuánta suciedad, cuántas cosas deterioradas, cuántos objetos fuera de servicio, buenos aún, que sólo exigían para ser utilizados una ligera reparación!... Vio todo estoy mucho más.

¿Es posible que no lo haya yo observado antes? Se dijo.

Al día siguiente (uno solo le bastó), volvió a casa de su hermana, devolviéndole la cruz, la abrazó y le dijo: —Agradezco tu buen consejo y la delicada manera con que me lo has dado. Ahora comprendo que la prosperidad de una casa depende del ojo del amo, que todo lo ve.—

—Como la prosperidad del alma, añadió su hermana, depende del pensamiento de que el ojo del Amo, que es Dios, lo ve todo y lo conoce todo. [94]

Libro de cuentas.

Otro medio que ayuda al buen régimen económico de la casa es llevar bien los gastos y asentar en cuenta y razón lo que entra y sale, y ponerle cortapisas a la codicia de criados y proveedores.

Un libro de cuentas de la casa es esencialmente moralizador y educativo.

Es un mudo fiscalizador que con la elocuencia de los números refrena la prodigalidad y enseña la economía.

«Los niños y los locos se imaginan que veinte francos y veinte años deben durar siempre», decía Franklin.

Pues bien, el libro canta claro.

Economía.

No conviene olvidar estas máximas: Grano a grano, allega para tu año.

Las pequeñas economías son las que permiten hacer los grandes gastos.

[94] Cf. Ab. Sylvain, *La ciencia del gobierno doméstico.*

«El que compra cosas superfluas, tendrá que vender más tarde las necesarias».[95]

Dos reglas económicas.

Bacón da una regla para no ir al encuentro de una quiebra económica: «Si alguien quiere llevar nivelados sus negocios, su gasto habitual no ha de exceder de la mitad de su ingreso y si quiere llegar a ser rico, del tercio solamente».

Y además da otra regla para los "quebrados": «El que desea poner remedio al quebranto de sus negocios, no debe despreciar las bagatelas. Hay de ordinario mayor dignidad en suprimir los gastos menudos, que en rebajarse a buscar las pequeñas ganancias».

No apartándose de las reglas susodichas, fácilmente la prosperidad reinará en el hogar.

3. - Un ejemplo práctico

Dos costumbres.

Con este título escribió una madre de familia en sus Memorias les conmovedoras páginas que vamos a transcribir:

«Éramos muy pobres, muy pobres; necesitábamos todo nuestro asiduo trabajo y nuestra extremada economía para procurarnos lo estrictamente necesario.

Sin embargo, mi padre no se entristecía nunca. —Estamos bien exhaustos—decía algunas veces. —¡Cómo voy a dormir esta noche! No hay sueño tan dulce como la confianza en Dios. Se me figura que cuando no tenemos nada, duermo mejor! —

Rara vez la Providencia defraudaba esta filial confianza, pues sin saber cómo, siempre los recursos llegaban a tiempo.

Mi padre atribuía estas atenciones divinas siempre inagotables, a lo que él llamaba sus costumbres de familia. La primera era la de la oración en común. —Yo creo en la Verdad eterna—decía. —Allí donde muchos oran en nombre de Jesucristo, Jesucristo se encuentra entre ellos y ciertamente no se presenta con las manos vacías. Un Señor tan poderoso lleva siempre algo consigo—.

Así, cada mañana y cada noche debíamos reunimos todos y cada uno hacía por turno la oración en alta voz. Casi siempre se agregaba un Padrenuestro por las necesidades presentes; mi padre no confiaba a nadie el cuidado de rezarlo. Solía decir: —Yo que soy el padre, debo representar al gran Padre de familia las necesidades de la mía—.

Su tono era siempre grave, frecuentemente conmovido, cuando recitaba tan hermosa oración: nos cautivaba especialmente el aire de convicción con que pronunciaba estas palabras: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Sin duda alguna, éste es mi convencimiento a esta invocación de nuestro padre debíamos la maravillosa solicitud con que la Providencia proveía a nuestras necesidades.

La segunda costumbre que había establecido en casa, era que no pasara día alguno sin que, al menos un individuo de la familia, asistiera a Misa e hiciera la visita al Santísimo Sacramento.

[95] Franklin.

—Lo menos que puede hacerse— decía con su dulce gravedad —es enviar uno de los muchos que aquí somos para que dé al Señor noticias de los demás—. Es como si enviáramos un diputado para notificarle que estamos aquí y que tenemos necesidades...

No hay necesidad de añadir que él desempeñaba la comisión con la mayor frecuencia posible.

No olvidaré nunca el rasgo que voy a relatar: era una noche de verano: la temperatura había sido extraordinariamente calurosa y al declinar el día se presentó una tormenta. Nuestras pobres cosechas estaban amenazadas, de manera que nos dimos mucha prisa para recoger la mies antes que estallara la tempestad.

Gracias a Dios, logramos ponerla en salvo, pero apenas el último carro estuvo a cubierto, cuando el trueno, los relámpagos y una lluvia torrencial; pusieron en conmoción la naturaleza entera. Fue una tempestad terrible.

Mi padre se acordó entonces que no habíamos pagado el tributo habitual, la visita al Santísimo Sacramento. Se levantó súbitamente y a pesar de todas las observaciones que se le hicieron, no obstante el viento, la Lluvia, el trueno, la distancia, se empeñó en ir a hacer la visita y aun fue más larga. —Ahora— dijo al volver, mojado hasta los huesos —ahora podré dormir tranquilo; jamás descanso a gusto, si he de pagar una deuda y tengo dinero en mi bolsillo—.

IX. - LA PRECIOSIDAD DEL TIEMPO.

Ningún espacio de tiempo es corto al que no permite
que los instantes más breves, el ocio le desperdicie.
(Sor Juana Inés de la Cruz)

«Siervo malo y perezoso».

¡El tiempo! He aquí un tesoro escondido que muchas jóvenes, especialmente las de las clases acomodadas, dejan enterrado, sin explotarle.

Y con él, ellas entierran sus talentos, como el siervo infiel del Evangelio, sin hacerlos fructificar.

Merecerían, por cierto, si no fuesen inconscientes, la suerte de ese siervo, a quien el Maestro llamó «siervo malo y perezoso», y a quien mandó echar «a las tinieblas exteriores».

Educación superficial.

Tal vez sea esto efecto de una educación superficial o extraviada que no hace comprender a la joven los altos deberes de la vida y la convierte en un maniquí, en un ser sin conciencia, en un ídolo sentado sobre un trono ante las miradas de la turbamulta.

Y así pasan para muchas jóvenes los años más bellos y más fructíferos de su existencia, en la más completa esterilidad de obras buenas.

El tiempo pasa...

No se percatan bastante de que el tiempo pasa, deshojando todas las flores, ajando sus tallos y marchitando sus corolas... y cubriendo con un frío sudario los triunfos momentáneos y efímeros de la hermosura, de la gloria, de las pompas...

El tiempo —ese viejo secular que al empuje de los siglos arrasa todos los tronos— se detiene impotente ante la virtud, inmortal porque hija de Dios, sentada sobre un trono inconmovible, cimentado sobre la eterna roca de la Verdad.

Sólo la virtud, las obras buenas, acompañan al hombre más allá de las fronteras de esta vida mortal.

Un norte que fija el rumbo...

Conviene que la joven no pierda de vista ese norte, para dirigir hacia él, en todo tiempo y a toda hora, el rumbo de su vida.

Bien cantó el poeta:

Corre el tiempo veloz, arrebatando
años y siglos, como el norte fiero
precipita ante sí la muchedumbre

de las olas del mar.[96]

Pasado, porvenir, presente...

«Lo pasado es un abismo sin fondo, que se traga todas las cosas pasajeras; lo porvenir es otro abismo impenetrable. Uno de estos abismos se derrama continuamente en el otro, lo porvenir en lo pasado, atravesando por lo presente. El hombre está colocado entre esos dos abismos».[97]

Lo presente no es sino un momento que pasa, con la rapidez del relámpago.[98]

De este único momento la joven es poseedora.

Cada momento pasa ante nosotros, como una inmensa placa cinematográfica, que al desarrollarse indefinidamente copia y graba en sí de un modo indeleble los actos más menudos de la vida.

¡Dichosas las jóvenes que pueden escribir en esa placa escénica, en cada momento, algún acto de bondad!

Los ratos...

Considerada así la vida, no hay ningún momento despreciable, ni debe haber ratos perdidos...

«No miréis jamás ninguna porción de tiempo como muy corta para ser empleada».[99]
¡Gran consejo es éste!

Lo poco añadido a lo poco hace lo mucho, como la gota de agua añadida a la gota de agua: forma el océano.

Suicidio moral.

«¡Cuánto abundan los que tratan sólo de matar el tiempo! Es un asesinato como otro cualquiera; pero se lleva a cabo con la mayor indiferencia; lo único que cuesta es dar el primer paso».[100]

El matar el tiempo, es una especie de suicidio moral: matamos en nosotros las posibilidades de hacernos mejores, más santos, más cultos, más útiles a la comunidad... y nos entregamos cobardemente en brazos de la indolencia.

La palabra de la indolencia.

Guerra a la *indolencia* en esa señora de baja alcurnia, que se cuela en los salones con las manos enguantadas, las mejillas flácidas, los ojos soñolientos y el bostezo en la boca. Su palabra de orden parece ser siempre la misma: ¡mañana!

Canta un poeta alemán: «¡Mañana! ¡Mañana! ¡No hoy!... Tal es la cantilena del indolente... Hoy, me entrego al reposo... Mañana sacaré partido de esta lección, mañana renunciaré a este defecto, mañana haré esto o lo otro.

---

[96] J. M. Heredia.
[97] Nicole.
[98] Lo mismo significa la palabra *momento*, del latín *moveo*, que se mueve.
[99] Lord Chesterfiel.
[100] Claudio Bernard

¿Y por qué no hoy? ¿No recelas que mañana sobrevengan quehaceres más urgentes? Cada día trae aparejada su propia tarea. Lo que se ha hecho, hecho queda y es lo único cierto. Lo que está por hacer, es incierto.

El que no avanza, retrocede. El tiempo camina siempre hacia adelante, y no vuelve sobre sus pasos... Cada día inútil es una página en blanco en el libro de mi vida. ¡Ojalá que mañana, igual que hoy, la práctica de una buena acción me acompañe por doquiera!»[101]

La indolencia es la almohada sobre la cual duermen el sueño de la muerte las almas apocadas...

Las únicas horas aprovechables.

¡Son tan pocas las horas aprovechables de la vida!

«Nosotros casi no vivimos más que la mitad del tiempo de nuestra vida —decía Plinio— la otra mitad se pasa en un estado semejante a la muerte... y aún hay que rebajar el tiempo de la infancia, que no se conoce y el tiempo de la vejez, en que sólo se vive para sufrir».[102]

Sumamente revelador es el siguiente cálculo. De las 24 horas del día, apenas se puede aprovechar la mitad, pues la otra mitad se gasta en sueño y otros menesteres. Quedan pues sólo 12 horas aprovechables en el día, o sea 84 en una semana, o 4.868 en un año.

Bien se puede reducir esta última cifra al número redondo de 4.000 horas, tomando en cuenta los días de enfermedad y de achaques.

Pues bien, 4.000 horas al año de vida aprovechable, dan 80,000 horas cada 20 años y 240.000 en sesenta años.

Es el único capital aprovechable, que hemos de invertir en obras meritorias ante Dios y ante los hombres. Malgastar algunas de esas horas, es dilapidar tesoros.

Un cómputo.

Supóngase que una doncella, deseosa de administrar bien su capital de tiempo, se levantase cada día, por espacio de 40 años, a las seis, en lugar de levantarse a las ocho, hora reglamentaria para los perezosos.

Ella habría ganado la exacta suma de 29.200 horas, lo que da precisamente diez años de jornadas de ocho horas. ¡Habría pues en cierto modo alargado su vida de diez años!

¡Y qué cúmulo de obras se pueden cumplir en diez años!

Ganar el tiempo.

No hay pues que extrañar que los santos y toda persona laboriosa hayan sido madrugadores y hayan robado horas a los pasatiempos, a las frivolidades y aun al sueño con el fin de aumentar el capital de sus horas aprovechables.

A este tenor decía San Clemente de Alejandría: «Hay que quitar al sueño lo más que podamos de nuestra vida».[103]

Esto es lo que se llama, sin perjuicio de la salud y de los deberes sociales, *ganar el tiempo.*

---

[101] Cristiano Félix Weisse

[102] Epist. VII, c. 51.

[103] Pedag., I, c. 9.

El sueño prolongado.

Declárese por tanto guerra sin cuartel a la pereza que se encubre con el disfraz del sueño. Siete u ocho horas de sueño, según las constituciones o circunstancias, es lo que el cuerpo necesita para recuperar sus fuerzas gastadas en el trabajo diario.

Sueño más prolongado, enerva el cuerpo y afemina el alma.

«Es peligroso —dice San Ambrosio— que el sol venga con sus rayos indiscretos a turbar la imaginación de un espíritu ocioso y escondido dentro de la cama».

Las horas frescas de la mañana.

Los dormilones pierden las horas mejores, para el cultivo del alma y del espíritu.

El poeta italiano hablando de la mañana dice: «...A la hora en que nuestro espíritu, más extraño a la carne y menos inmediato a los pensamientos terrestres es, casi divino en sus visiones».[104]

Se pensaría que la mañana es la primavera del espíritu, o cual esa falsa diosa de los antiguos, Flora, que sembraba rosas sobre los mortales.

Se diría que el cielo por la mañana está cargado de los vapores que ha condensado la noche y los deja caer en forma de rocío celestial sobre las almas.

Se diría que en las primeras horas el aire es más puro, la luz más virgen y la estrella matutina más espléndida...

¡Oh! Dios se llama a sí mismo: *Yo soy la estrella espléndida y matutina*[105] tal vez para hacernos comprender que resplandece más especialmente sobre los que velan.

Se diría que la Sabiduría anda peregrina en las primeras horas de la mañana buscando albergue... Pues, «los que velan de mañana —dice— me encontrarán».[106]

¿Quién no amaría las frescas horas de la mañana, que parecen traernos en sus brisas el ósculo de los cielos?

«Levantarse temprano.»

He aquí una página deliciosa trazada por la mano de un grande artista:

Entendámonos sobre el valor de la palabra, *levantarse temprano:* yo no os exhortaré a imitar a una mujer muy delicada que, durante su mansión en Vichy, decía: «Yo comienzo mi día a las cuatro de la mañana, a fin de que el alma no sea arrastrada por el cuerpo».[107]

No me atrevo a proponeros este modelo, porque estoy convencido de que si abriera un registro, poquísimos miembros se alistarían en la cofradía de madama Swetchine.

Dejemos, pues, algo indeciso el valor de la palabra, *levantarse temprano:* que sea únicamente lo más temprano posible y aun así, ¡quién sabe si será siempre muy tarde! Determinada una vez la hora en que os habéis de levantar, manteneos firmes, con tanta mayor firmeza cuanto que el paso es más difícil de salvar, pues que de mañanita esa pobre cama encierra tanta cantidad magnética, que uno es arrastrado, no digo contra su gusto, sino con una dulce violencia que clava en el lecho.

Confieso que aquí estamos enfrente del más terrible de los enemigos, y este enemigo es la almohada: cuando por la mañana la queremos dejar, toma el artificioso lenguaje de las sirenas y nos acaricia con tierna precaución.

---

[104] Dante, *Purgatorio*, canto IX.
[105] Apocalipsis XXII, 16.
[106] Proverbios VIII, 17.
[107] *Lettres de Mad. Swetchine*, t. II.

Parece que nos dice: «¿Por qué me dejas? ¿no estás bien aquí? ¡qué temperatura tan suave! ¡qué bienestar tan sabroso! ¿no ves que todavía es muy temprano? ¿no sientes fatigados todavía tus miembros y como que no han gozado de muy completo reposo?

Tiéntate la frente y verás que te puede empezar la jaqueca: unos cuartos de hora más la van a disipar: mañana te levantarás mas temprano y ¡hace tanto frío! te puede hacer daño. El día es bien largo y hay tiempo para todo: cuídate, no seas tan dura contigo misma».

Después de tan elocuente lenguaje, la tierna almohada, extiende sus dos brazos para estrecharte y al punto queda consumada la victoria: es cierto que ella era fácil y que ninguno queda más contento que el vencido. Y cátate aquí que vuelves a echarte y quedas como sepultada por algunas horas más!

Y hablo seriamente, señoras, al deciros que uno de los enemigos más difíciles de vencer es la almohada por la mañana; no hay más que un medio para triunfar y éste es, un golpe pronto y decisivo, una carga militar, un brinco de la cama. Si cargáis al enemigo haciéndole un ataque vigoroso, contad con que la victoria es vuestra.

Convengo, señoras, en que para dejar la cama temprano hay que hacer un sacrificio, sacrificio real, incontestable; pero acá abajo, la vida está llena de sacrificios y a cada uno de ellos sigue un sentimiento de verdadero gusto y cada victoria da al hombre una fuerza admirable.

«Cuando veo a una persona que tiene el valor de levantarse temprano, al punto formo altísima idea de su carácter».[108]

Horas de soledad.

La ilustre escritora Madama Swetchine escribía acerca del madrugar temprano: «En aquellas horas el tiempo es de otra calidad».[109]

Es decir, el espíritu se siente rejuvenecido después del reposo de la noche y aconsejaba a todos que se levantasen temprano «a fin de reservarse, cueste lo que costare, algunas; horas de completa soledad por la mañana».

Son, sin duda, las horas de la mañana las mejores para recogerse ante Dios y entregarse a la oración, a la meditación y al estudio.

Una especie de pillaje.

La misma escritora confesaba también que «cuando se trastornaban sus horas, todo el resto del día era un verdadero pillaje».[110]

De este pillaje se quejaba amargamente otra joven, que nos ha dejado sus memorias: «El tiempo se me ha pasado en cualquier cosa... en esas cosas que son nada, que no tienen nombre y que sin embargo os quitan todos los momentos».[111]

¡Ah! cuando no se ha abastecido bien el espíritu por la mañana, las múltiples y variadas vicisitudes del día dan al traste con cualquiera.

Las mil peripecias que se nos presentan a lo largo de la jornada vienen a ser otras tantas pequeñas furias que entregan nuestra alma al pillaje de nuestros instintos, siempre en acecho...

---

[108] Landriot, *La Mujer fuerte,* Conf. VI.
[109] Cartas, t. II.
[110] Ibidem.
[111] Journal de Mlle. de Guerin.

X. - MISIÓN DE LA MUJER

1. - Elección de estado

Dios nos previene para llamarnos y nos acompaña para glorificarnos.
(San Agustín)

Hacia nuestra misión.

La primavera no es eterna.
Las estaciones se suceden con inflexible regularidad.
Pasada la floración, llegan los ardores del estío que han de sazonar los frutos.
Así es la vida. No siempre dura la juventud, que camina coronada de flores.
Pronto se llega a un bivio (cruce) o mejor a un trivio (tres cruces) donde el camino se trifurca y es preciso seguir la carrera del tiempo y marchar al cumplimiento de nuestros destinos.

Tres caminos.

En el cruzamiento de esos tres caminos leemos: Matrimonio, Celibato religioso y Celibato seglar.

Son como tres letreros que guían cada cual a un camino particular.

Aquí queda planteado el problema: ¿Cuál de los tres caminos ha de escoger la joven?

Es este un problema de cuya resolución puede depender el buen éxito o el fracaso completo de la vida.

Es un problema de altísima trascendencia, que exige seria meditación y que no sería posible resolver sin conocer los elementos que lo constituyen.

La Vocación.

Antes de dar una pincelada sobre cada uno de esos elementos, digamos que la Providencia traza a cada cual el camino que ha de recorrer, como si desde lo alto nos guiase con un hilo invisible en medio del laberinto de este mundo.

De ahí la palabra vocación, que por su etimología latina significa *llamada.*

No aplicamos aquí al nombre de vocación ese sentido genérico de carrera o profesión, —sentido que suele también entrañar— sino esa llamada providencial a seguir el rumbo que nos ha de llevar a puerto seguro.

Comparaciones.

Digamos pues con el gran maestro de espíritu, San Alfonso Ligorio: «La vocación es la rueda principal de nuestra vida. En un reloj, descompuesta la rueda principal, todo anda en

desconcierto; en nuestra existencia, errada la vocación, todo resulta del mismo modo fuera del orden».

La vocación es como la órbita que cada cual debe recorrer en el concierto del universo: si alguien se desvía de la órbita, fácilmente cae en el desconcierto y en la ruina.

Aptitudes especiales.

La Providencia divina da a cada cual aptitudes especiales y brinda diversas oportunidades para llevar a cabo la misiona que le destina en este mundo.

Teresa de Jesús, cuando niña, construyendo casitas y levantando ermitas en el jardín de su casa, nos revela a la futura Reformadora.

Catalina de Sena, aplicada y meditabunda, nos hace prever a la grande asceta.

Concepción Arenal descubre en sus primeros años, esa inclinación hacia los pobres que hará de ella más tarde, la gran socióloga y la madre de todos los que sufren.

Para conocer la vocación.

Para conocer más especialmente la propia vocación, es menester invocar las luces de lo alto, diciendo como Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo escucha».[112]

Consultar además sobre esto al propio director de conciencia. Y examinarse concienzudamente a sí mismo.

Los caminos de Dios...

Dios llama a sí por misteriosos caminos.

A veces golpea a las puertas del corazón durante años enteros, pidiendo, como el Esposo de los Cantares, que se le abra, para inundar ese corazón de luz.

Por tres años, Margarita María Alacoque resistió a los tiernos llamados de Jesucristo. Por fin cedió y esa alma fue la antorcha prodigiosa que encendió el mundo mediante la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Otras veces Dios habla por medio de sus ministros.

Unas palabras de San Vicente de Paúl llevaron la luz a la conciencia desacertada de la señorita de Vigeau.

Esta joven de peregrina belleza, a los veinticinco años, dejaba el mundo y el amor de Conde, para consagrar su corazón a Dios y sus fuerzas y su tiempo al servicio de los pobres.[113]

Libertad y respeto a las conciencias.

Por desgracia, hay padres demasiado egoístas que no respetan bastante la vocación y la libertad de sus hijos y les imponen imprudentemente un yugo que los agobiará más tarde, bajo su peso....

Ellos merecerían el reproche que San Jerónimo dirigía al padre de la joven Furia, cuando le decía: «que él amaba a su hija, pero que no sabía quererla como se debía».

No debieran por lo menos olvidar esa gran frase de Pascal: «El corazón tiene razones que a veces la razón no comprende».

---

[112] Libro I de los Reyes, III, 9-10.

[113] Véase *Vida de San Vicente de Paúl.*

Censurable sin duda, fue al principio la conducta del padre de la joven Santa Catalina de Sena, al oponerse a los designios de su hija que quería consagrarse a Dios.

Mas después de algún tiempo, volvió sobre sí y respetó los sentimientos y la libertad de Catalina. Y reuniendo a su alrededor a su esposa y a los hijos, les dijo con valor: «Regocijaos, pues nuestra hija, en lugar de hacer alianza con un hombre, la hace con Dios».[114]

El mismo Jesucristo, según narra el beato Raimundo de Capua, contemporáneo y confesor de la Santa, se le apareció con la Santísima Virgen y colocando en su dedo anular un anillo de oro le dijo: «Ya que tú renunciaste por mi amor al matrimonio, yo te elijo por esposa con fidelidad inviolable. Ten buen ánimo y practica lo que mi Providencia te inspirará; armada con la fuerza de la fe vencerás a todos tus adversarios».

Esta escena ha sido inmortalizada por el pincel del célebre Corregio (Museo del Louvre).

En busca de nuevos horizontes...

Una de las mejores poesías de la Doctora de Ávila es «su ofrecimiento a Dios».

En ella va glosando, como si tejiese las palabras con hebras de oro divino, esa letrilla:

Vuestra soy, para vos nací,
¿qué mandáis hacer de mí?

Y a cada estrofa repite con pocas variantes: ¿Qué mandáis hacer de mí?...

Así oraba la Santa y Dios abrió ante ella un horizonte infinito...

Con la misma letrilla en los labios, dirija la joven cristiana el rumbo de su nave hacia el porvenir, en busca de nuevos horizontes...

2. - El Matrimonio

Casa y riquezas se heredan de los padres;
mas la mujer prudente la da sólo el Señor.
(Proverbios, XIX, 14).

El matrimonio cristiano.

El gran apologista Tertuliano dice; que difícilmente se pueden encontrar palabras que expresen toda la excelencia del matrimonio cristiano. La Iglesia forma su nudo la ofrenda del augusto Sacrificio viene a confirmarlo y consolidarlo, la bendición del ministro del altar le presta un sello santo, los ángeles sirven de testigos y el Eterno Padre lo ratifica.

Ante la Iglesia, el matrimonio es un Sacramento, cuyo vínculo es uno e indisoluble; ante la sociedad es un contrato de la más alta trascendencia.

Es la unión de dos almas vinculadas por un amor santo.

Es la base de la familia y ésta a su vez; es la base de la sociedad.

Su constitución se remonta al Edén, cuando Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo: démosle una compañera que sea semejante a él».[115]

---

[114] Véase la Vida de la Santa, escrita por la condesa de Flavigny.

[115] Génesis II, 18

Deberes.

Graves son los deberes que impone el matrimonio, el destino primordial de la esposa es ser compañera y *auxiliadora* del hombre al cual ha enlazado su suerte.

«Analizando este concepto —dice un autor— es hacerse sostén de sus flaquezas, muro de contención de sus desbordamientos, consuelo de sus penas, áncora de sus zozobras, paño de sus lágrimas y partícipe de sus prosperidades y alegrías... ¡que son los más raros acontecimientos de la vida!»

Esto como esposa: como madre, es ser un ángel que vele entre lágrimas y esperanzas, dolores y alegrías sobre los hijos que la Providencia se digne enviarte.

Misión de la madre.

De Maistre trazó con unas pinceladas maestras la excelsa misión de la madre.
«Las mujeres no han producido ninguna obra maestra en ningún género. No han escrito la Ilíada, ni la Eneida, ni la Jerusalén libertada, ni Alalia, ni Hamlet, ni el Paraíso perdido. No han edificado ninguna basílica como la de San Pedro».

«No han esculpido ni el Apolo de 'Belvedere, ni pintado el Juicio final. No inventaron el álgebra, ni el telescopio, ni la máquina de vapor... pero hicieron algo más grande que todo esto, porque en su regazo se forma lo mejor del mundo: los hombres buenos y las mujeres virtuosas».[116]

En tiempo oportuno.

La gran dificultad para la joven es encontrar un compañero digno con el cual compartir su suerte para toda la vida.

Es asunto grave, digno de ser considerado con madurez de criterio y gran copia de discreción. Por cierto, no se puede ni debe puntualizar tal asunto en los años de las veleidades, en esos años en que todo aparece ante los ojos con matices de aurora o irisaciones de nácar.

Por lo cual, si bien se considera, se ve cuan inconsideradamente se portan esas jóvenes que empiezan a fantasear sobre asunto tan grave en esa edad en que sólo debieran pensar en formarse seriamente para la virtud, el estudio y la vida.

El menor mal que pueden causar las precocidades, es volver a la niña casquivana, insubstancial y frívola, cuando no la ponen en el camino del sentimentalismo y del deshonor.

El privilegiado.

Si Dios así lo dispone que os debáis embarcar en la azarosa travesía del matrimonio, escoged entre los virtuosos, al más virtuoso.

No deis vuestra mano al primero que se os presente, si no le conocéis a fondo; pues hay embaucadores de profesión, traficantes de honras, buscadores de oro, falsificadores de virtud y demonios de lujuria.

Con razón dice Lamy: «Para algunas el matrimonio es un viaje a un país desconocido, en compañía de un desconocido».

---

[116] Carta a Constanza, 5 de Nov. de 1808

No seáis tan incautas que os dejéis atraparen una red, donde quedarían ahogados vuestros ideales, vuestra pureza y vuestra felicidad.

Buscad la virtud, las convicciones de la fe, la energía del alma. Todo esto vale un tesoro.

Un pobre virtuoso vale mucho más que un rico libertino, que un dandy acicalado, que un cínico intelectual o volteriano.

La virtud es la sola aristocracia del alma y es título más honroso que el más noble abolengo que puede heredar un pobre mortal.

Bella respuesta.

Preguntaron unos amigos a Temistocles la causa de haber casado a su hermosa hija con un hombre pobre y virtuoso, siendo así que varios jóvenes ricos la pretendían y él contestó: «Más quiero para esposo de mi hija a un hombre que necesite caudal, que no un caudal que necesite hombre».

Graves palabras.

«Ay, hermanos míos! —exclamaba un tiempo el abate Gombalot— cuando oigo decir que se ha unido una joven con el lazo sagrado del matrimonio a un joven nutrido de esas doctrinas que infestan los libros y las lecciones de los maestros de una filosofía escéptica, digo en mi interior, suspirando, que ha ido una víctima al pie de los altares a inmolarse a dolores sin fin; digo en mi interior que ha ido a colgar del altar profanado por su incrédulo esposo, con su corona virginal, la última flor de su inocencia, de su piedad, de su virtud y de su dicha».

Graves palabras que merecen ser muy seriamente meditadas.

Ejemplo edificante.

La joven Fremiot se veía muy solicitada. Entre los pretendientes había un joven dotado de todas aquellas prendas, que le hacían muy recomendable en el mundo.

Ambas familias estaban ya de acuerdo sobre el próximo enlace, cuando la doncella supo que su prometido era calvinista.

Inmediatamente retractóse de su palabra empeñada, protestando que jamás uniría su suerte a la de un hereje. Se pusieron en juego todos los recursos humanos para hacerla desistir de su nueva deliberación y aun se echó mano del muy socorrido argumento de que ella habría podido convertir a su esposo a la fe católica, mas ella se mantuvo inflexible, decidida a sacrificar todas las ventajas humanas en aras de la fe.

Algún tiempo después se le presentó mejor partido, casando con el barón de Chantal. Fue una gran mujer, devota y laboriosa, una obrera infatigable en la viña del Señor, y murió en olor de santidad el año 1641.

La mejor esposa...

Por otra parte los jóvenes serios y dignos de formar un hogar, no irán a buscar por compañera a una joven frívola, casquivana, caprichosa como las modas, amante del lujo, amiga de divertirse... Saben muy bien que tales doncellas no serán buenas compañeras, ni mucho menos dignas madres.

Tales doncellas son la ruina moral y económica del hogar.

Por el contrario, los jóvenes serios desearán para sí una compañera modesta, sencilla, recatada, más amante del retiro que de los pasatiempos, hacendosa, es decir, que sepa cocinar, zurcir, limpiar y servir más bien que ser servida.

Estas son las firmes columnas del hogar.

Son, según la frase del Eclesiástico, el *ornamento de la casa.*

Recordemos lo que el gran Miguel Ángel escribía a su sobrino Leonardo que iba a casarse: «No te preocupes extremadamente de la belleza... no seas exigente sino para la excelencia de la familia, la salud y la bondad; no te entristezcas tampoco, si carece de fortuna; no se avergonzará entonces de cuidar de su cocina y viviréis en paz. En tanto que una niña rica te arrastraría a las fiestas, nupcias, comidas y toda clase de paseos».

La esposa de Ozanam.

Así escribía el joven Ozanam, el célebre fundador de las conferencias de San Vicente de Paúl, al decidirse a buscar una compañera: «... Ruego sobre todo que (mi futura compañera) venga con un alma excelente, que traiga una gran virtud, que valga mucho más que yo, que me atraiga hacia lo alto, que no me obligue a descender; que sea de ánimo generoso y esforzado, porque frecuentemente yo soy pusilánime; que sea ferviente, porque yo soy tibio en las cosas de Dios; quesea, en fin, compasiva para que yo en su presencia no tenga que avergonzarme de mi inferioridad. He ahí mis anhelos, he ahí mis ensueños...»[117]

Encontró Ozanam a la compañera que deseaba y el 23 de Junio de 1841 casaba con la virtuosa joven María Amelia Soulacroix.

Volvía a escribir más tarde: «Desde hace cinco años que vivimos juntos, ¡qué paz, qué serenidad en mi alma!... ¡Me dejo llevar por la corriente de la dicha... y comprendo qué será el cielo!... Cada día me descubre nuevos méritos en mi esposa, y esto aumenta mi deuda para con la Providencia divina.»

Esa joven fue digna de Ozanam. Este la llamaba «su ángel visible de la guarda».

En sus miradas, más profundas que el azul del cielo, los dos esposos contemplaban la bella imagen de Dios...

Y amaban a Dios, y se amaban a sí mismos, y amaban a los pobres.

Él y ella vivían como sumergidos en el amor divino y llevaban ráfagas de este amor a la humilde choza de sus queridos pobres...

Palabras de una reina.

María Leczinska, esposa de Luis XV, en los últimos días que precedieron a su matrimonio, fue interrogada por su santa tía acerca de lo que pensaba sobre tan grande acontecimiento y ella contestó: «¡Ay! yo no he tenido todavía sobre este particular más que un solo pensamiento, que de ocho días a esta parte, absorbe todos los demás pensamientos; y es, que yo sería bien desgraciada si la corona que me ofrece el rey de Francia me hiciese perder la que me tiene destinada el Rey del cielo!»

¡Grandes y sublimes palabras!

Esto trae a la memoria la máxima de un filósofo: «El matrimonio ha de ser un puente que conduce al cielo».

[117] *Lettres*, t. I, pág. 179

De la virtud y del amor...

Nos place concluir este párrafo con las bellas palabras de Severo Catalina: «Cuando un hombre y una mujer de talento se estrechan con el doble vínculo de la virtud y del amor, el amor y la virtud forman la barca en que apaciblemente bogan por el mar de la vida; un ángel les sirve de piloto; su rumbo es la inmortalidad; su puerto el cielo».

3. - El celibato religioso.

La perfecta pureza une con Dios.
(Sabiduría, VI, 20.)

Unas pinceladas...

Limitémonos a trazar unas cuantas pinceladas en el gran cuadro del celibato religioso: cuadro tan bello como esas telas de Fra Angélico, ricas de colorido y de detalles, palpitantes de inspiración y de vida.

Tracemos sólo un ligero esbozo, remitiendo a los interesados a esas obras que trata de la materia *ex profeso.*[118]

La Virginidad.

La virginidad es la preciosa margarita del Evangelio. Quien la halla, halla un tesoro.
La Biblia, la Iglesia, los Santos Padres en mil pasajes, cantan la belleza incorruptible del alma virgen.

El mundo pagano se inclinaba ante las Vestales: doncellas que debían conservar encendido el fuego de las aras; el mundo cristiano se inclina reverente ante las Vírgenes. La Sagrada Escritura las llama ángeles de Dios sobre la tierra y la Iglesia las apellida con un título divino: Esposas de Jesucristo.

San Juan Evangelista, el discípulo virgen, ha escrito páginas encantadoras, inspiradas, sobre los eternos privilegios de la virginidad.[119]

El ideal.

El ideal de la virgen es conservar intangible la integridad del cuerpo e incontaminada la pureza del alma.

Es guardar en su corazón como en un cáliz, todo el néctar del amor para ofrendarlo a Dios, cual sacrificio perenne en nombre de la humanidad.

Es renunciar a las dulzuras de la maternidad para prohijar, en nombre del Padre común que está en los cielos, a todos los desheredados de la tierra.

Es desatar los lazos de la sangre, para vincularse con los lazos de la caridad a todos esos pobres que Jesucristo llama sus hermanos.

---

[118] Se leerá con provecho el librito «Avisos sobre la vocación religiosa» por San Alfonso.
[119] Véase el Apocalipsis XIV, 1-5.

Es dar un adiós al hogar paterno, para ir peregrinando sobre la tierra, sembrando el bien por dondequiera; es repartir al niño en las escuelas el pan de la inteligencia y en los asilos el pan del cuerpo; velar en los hospitales a la cabecera del enfermo y en los campos de batalla al lado del moribundo; bajar al humilde hogar del pobre para llevar ahí un rayo de luz y subir al lujoso palacio del rico para recordarle el precepto de la limosna... y llevar la buena nueva y la civilización cristiana hasta los últimos confines de la tierra.

Y cumplir todo esto, derramando al mismo tiempo sonrisas, enjugando lágrimas... y recogiendo a su paso, no pocas veces, burlas, el sarcasmo y las ingratitudes humanas.

¡Ah! heroínas, yo os saludo desde estas páginas como las mensajeras del Evangelio y quisiera entonar el cántico de vuestras glorias, si no supiese que un ángel divino sigue vuestros pasos y escribe en el libro de la vida vuestros merecimientos y entreteje sobre vuestras cabezas coronas inmarchitables...

Heroísmo cristiano.

Este es el ideal más noble, más elevado, más sublime a que puede aspirar una joven en este mundo. Pero es un ideal que exige el más grande y heroico sacrificio: el de tomar voluntariamente la cruz y seguir al Maestro evangelizando al mundo.

«Para pedir este sacrificio, Jesucristo no espera que la nieve de los años blanquee las cabezas: Él llama a las almas y les hace conocer que todo lo perecedero pasa y que del amor más puro, pero humano, no queda al fin, más que cenizas. Quiere que sacrifiquen en la juventud, no la triste realidad que ellas ignoran, sino las encantadoras ilusiones, los ensueños, las rosadas esperanzas de un corazón de veinte años».[120]

Esto es heroísmo cristiano.

Un homenaje...

Ante estos heroísmos, hasta los incrédulos se inclinan reverentes.
Hay algo divino en los propósitos de esas heroínas.

He aquí la confesión de uno de ellos: «Confieso que la caridad de tantas personas del bello sexo, las más distinguidas por su nacimiento, por su educación y por su fortuna, que se constituyen en enfermeras de sus hermanos en Jesucristo, me conmueve...

¡Oh santas y valerosas mujeres! vuestros corazones se han adelantado a la época, y nosotros, miserables rutinarios, falsos filósofos y sabios, somos responsables de la esterilidad de vuestros esfuerzos. ¡Ojalá podáis un día recibir vuestro galardón!»[121]

Lo que hay que hacer.

Cuando estos nobles ideales brillan ante los ojos de una doncella con una fascinación sobrehumana, cual luceros que con su blanca luz convidan a lo alto, a las regiones de los espíritus, lejos de la materia, conviene sondear bien la conciencia, estudiar la vocación, pedir luces a Dios, y consultar al propio director de conciencia.

En materia tan arriesgada sería sumamente imprudente abrazar un estado que exige vocación, salud, aptitudes y un espíritu magnánimo y esforzado, sin el prudente y desinteresado consejo del ministro de Dios —que mejor que ningún otro, mejor que los padres cegados

[120] Bougaud, *El Cristianismo y la Iglesia.*
[121] Proudhón.

generalmente por motivos naturales y humanos— conoce el difícil libro de las conciencias y los caminos misteriosos de la Providencia divina.

¡La mirada siempre adelante!

Una vez presta la mano en el arado, según la expresión evangélica, no hay nunca que mirar atrás.

A propósito de esto dice Bossuet: «Que aquel que se sienta llamado por Dios con señales inequívocas de vocación, sea fiel y Dios estará con él. Mil saetas caerán a su izquierda y diez mil a su derecha sin tocarle. Hollará con sus pies el áspid, el basilisco, el león y el dragón.[122]
Nadie logrará herirle, con tal que él se deje llevar de la mano por Dios».[123]

Bella es la máxima que adoptó Isabel Seton, la fundadora de las Hijas de la Caridad en Estados Unidos: «El mundo bajo mis pies, Dios en mi corazón, y mi mirada ¡siempre adelante!»

Los deberes.

¿Y cuáles son los deberes especiales de la vida religiosa?

Ante todo, la práctica de los consejos evangélicos: es decir, castidad, obediencia y pobreza.

En la vida religiosa llegan a ser objeto de votos temporáneos o perpetuos, pronunciados solemnemente ante Dios y sus representantes.

Tres palabras que significan renunciación de los placeres, de la voluntad y de las riquezas.

Tres palabras arduas, severas, inquebrantables, que pondrán a prueba muchas veces la virtud de la joven.

Tres palabras que encierran el ideal de la perfección evangélica.

Junto con esos tres grandes deberes, hay otros que dependen particularmente del espíritu y del fin de cada institución.

Hay instituciones religiosas de vida contemplativa y otras de vida activa. Las primeras imitan la beatitud de María, y las segundas la actividad de Marta. Estas últimas —que son hoy en día muy necesarias— untan a las prácticas de la vida interior, la práctica del apostolado por medio de la acción, y son verdaderas avanzadas, esforzadas legiones, en la milicia de Cristo.

Un ejemplo célebre.

Santa Isabelina. virgen, fundadora de Long-Champ (París), era hija del rey de Francia Luis VIII y de Blanca de Castilla, y hermana única del que fue el gran San Luis, rey de Francia.
Desde sus primeros años consagró su vida a la oración, a la lectura y al trabajo y en edad juvenil hizo voto de virginidad.

Formada por su madre en el severo molde de las virtudes cristianas, Isabelina supo huir prudentemente de los frívolos entretenimientos de la Corte y de la vana compostura y excesivo aderezo de su persona.

Llegada a la edad nubil (casadera) se le propuso para esposo a Conrado, el primogénito del emperador. Su madre, su hermano y el mismo Papa le aconsejaban con instancias este enlace como muy conveniente por altas razones de Estado.

---

[122] Salmo XC.
[123] *Sermones.*

Isabelina debió de experimentar grandes tempestades en su alma: el mundo le ofrecía una corona real y Jesús una corona de espinas: el mundo le brindaba la copa de los placeres y Jesús el cáliz de sus amarguras...

Un alma débil habría sucumbido y como dice el lenguaje bíblico, se habría coronado de rosas y embriagado de placeres.

Mas esa doncella, que había escogido a Jesucristo por esposo, no titubeó un instante en aceptar la corona de espinas y el cáliz de amargura. Y alegó como motivo el voto de virginidad que había hecho. Aún más: pidió encarecidamente al Romano Pontífice que la recibiese entre las vírgenes del Señor, pues más contento le habría dado el ser la última sierva de un monasterio, que la primera cabeza coronada del mundo.

Y así fue, Luis su hermano, la colmó de elogios por esta entereza y Su Santidad la felicitó por tan heroica resolución.

E Isabelina fue a esconder el encanto de su hermosura bajo una blanca toca y el esplendor de sus virtudes en humilde y sagrado recinto.

Era un alma digna de perfumar, cual blanca azucena, los altares del Señor.

Bien podría ella repetir lo que exclamó la Virgen Isabel de Francia al rehusar la mano del emperador Federico: «Una esposa de Jesucristo es más que una emperatriz».

4. - El celibato seglar.

Quien ama la pureza de corazón, gozará de la amistad del Rey.
(Proverbios XXII)

Unas razones necesarias.

No es el caso de discutir aquí el celibato desde el punto de vista social: no hablamos a sociólogos, sino a doncellas.

Por cierto hablamos aquí de celibato cristiano, no de libertinaje mundano.

Lean los sociólogos las obras que tratan de la materia[124] y verán que el celibato, para un número escogido de personas, es necesario, razonable y altamente beneficioso para la sociedad. Por esta razón pudo escribir el gran pensador De Maistre: «Con el culto de Vesta brilló el imperio romano y cayó al caer aquél».[125]

Ya en sus tiempos decía San Ambrosio: «Algunos temen que el gran número de vírgenes haga despoblar el mundo. Yo quisiera saber quién es el que no se haya casado por falta de esposa. Los países más poblados son aquéllos donde más abundan las vírgenes».

[124] Véase la Obra de De Maistre, *Del Papa*, t. I, lib. III, c. III; y la de Balmes, *El catolicismo comparado con el protestantismo,* t. II, c. XXVI.

[125] Por otra parte, según la estadística de 1886, había en Europa 4.000.000 más de mujeres que de hombres. El número de doncellas que forzosamente deben permanecer solteras, aumenta cada año considerablemente. En 1900, por cada 1000 hombres había en Alemania 1032 mujeres; en la Gran Bretaña 1067 mujeres; en Bélgica 1013; en Dinamarca 1053; en Austria 1035; en Rusia 1025; en España 1049.La Gran Guerra (1914-1919) que causó la muerte de 14 millones de hombres, aumentó aún más esa desproporción.

Palabras del Apóstol.

San Pablo, escribiendo a los Corintios les dice: «A la verdad me alegrara que fueseis todos tales como yo mismo (esto es, célibes); mas cada uno tiene de Dios su propio don: quién de una manera y quién de otra».

«Pero si digo a las personas no casadas y viudas: bueno les es si así permanecen... Mas si no tienen don de continencia, cásense».[126]

Cada cual, según la propia vocación.

La maternidad de las almas.

Hay doncellas que se sienten atraídas por el alto ideal de consagrarse a Dios para el bien de la humanidad y la salvación de las almas.

Quieren ser madres, pero madres por la caridad.

También la caridad es madre y su maternidad, más amplia, es la de las almas.

El amor divino.

Ellas sienten arder en su pecho el fuego del amor: no el amor mundanal, que pronto se apaga; sino el amor divino que es inextinguible...

Bella es esta página de Bossuet que explica los misterios del amor eterno: «Mientras los amores humanos pasan unos después de otros; mientras las coronas se deshojan en las frentes de las desposadas y se suceden al amor los desengaños, pues el amor siempre promete más de lo que puede dar; mientras una inevitable melancolía amarga las uniones humanas, Jesucristo embriaga con encantos siempre nuevos, los corazones intrépidos y esforzados que se han entregado a Él, y su dicha es eterna».

Una ilustre dama, Madama Graven, escribió: «La idea de que el amor de Dios pueda llegar a ser la única pasión del corazón, es una idea que la fe debería mantener muy viva y que para ciertos espíritus es incomprensible».

La princesa Frideburga.

El ilustre rey de Francia, Sigeberto, había resuelto casarse con Frideburga, hija del duque de Guizón, princesa de singular belleza.

Llegada la hora de la celebración del matrimonio, como ella tenía voto de virginidad, se cubrió con un velo la cabeza y se arrodilló delante del altar, declarando que prefería ser esposa de Cristo que reina de Francia.

En oyendo esto el rey, consintió en que fuese sólo de Jesucristo. Y tomándole la mano, se la puso sobre el altar diciéndole: «Tal como habéis sido adornada para mí, os entrego por esposa a Nuestro Señor Jesucristo».

Luego salió de la iglesia a llorar, pues amaba tiernamente a la princesa.[127]

---

[126] Epístola I a los Corintios, VII.

[127] Véase Rohrbacheb, *Vida de los Santos*, 16 de octubre.

Inés de Bohemia.

Otro hecho. El rey de Sicilia, Federico II, había pedido en matrimonio a Inés de Bohemia. Mas la joven doncella le hizo contestar que le negaba su corazón para consagrarlo a Jesucristo. Entonces el rey pronunció estas palabras que pintan al vivo su pesar y su fe: «Si hubiese preferido a otro hombre, me habría vengado: pero como ha preferido a Dios, nada tengo que decir».[128]

Otros ejemplos.

Cien y cientos, otros ejemplos semejantes perfuman con sus aromas de pureza las páginas de la historia.

Apuntemos algunos: en el siglo IV se vio a la joven Demetriana arrojarse, en vísperas de un ventajosísimo casamiento, a los pies de su madre y abuela, declarándoles que no tenía valor para deshojar su corona de virgen, corona que ella quería conservar consagrándose a Jesucristo. Y la madre y la abuela lloraron de gozo al oír tan grata nueva.[129]

Santa Justina rehusó casarse con un joven pagano, a quien más tarde convirtió a la fe y ambos murieron mártires por la causa de Cristo.

Santa Águeda supo resistir a las exigentes ofertas de Quintiliano, prefecto de Gatania, así como Santa Inés a las del hijo del prefecto de Roma.

Santa Catalina de Sena despreció las proposiciones de matrimonio de uno de sus primos, como Santa Lucía las del aristocrático siracusano a quien su madre la había prometido.

Santa Gertrudis se negó a aceptar por esposo un príncipe que le presentaba el rey Dagoberto y Santa Eufrasia, un brillante partido que le ofrecía su pariente, el emperador Teodoro.

Santa Rufina y Santa Segunda, que eran hermanas, rehusaron casarse con dos ricos jóvenes, a quienes sus parientes las habían prometido en matrimonio.

Santa Susana rehusó la mano de Maximino.

Basten estos ejemplos. Cuando entre los pretendientes está Jesucristo, emperadores y príncipes siempre pierden la partida.

El mundo, campo de acción.

Para tales almas, que han elevado su corazón por encima de los amores de la tierra, el claustro o el mundo es teatro de su celo.

No siempre les es permitido entrar en el apacible puerto de la vida religiosa, ya por falta de salud, o de vocación, ya por otros motivos: mas nada les impide desplegar toda su actividad en medio del mundo.

El campo es extenso y hay que roturarlo con el trabajo y fecundarlo con el sudor..

La lucha es tremenda y hay que afrontarla en nombre de Dios, con entereza y energía...

Es este el caso de decir con la Doctora de Ávila, que para trabajar eficazmente por el bien, es menester no ser demasiado mujer; sino un poco varonil.

Dios necesita en el mundo muchas de estas mujeres varoniles, para ganar las almas y salvar a los náufragos de las tormentas de la vida.

---

[128] Véase Montalembert, *Historia de S. Isabel de Hungría.*

[129] Véase *Vida de Santa Paula* por Lagrange.

Lo que manifestó Nuestro Señor.

Santa Catalina de Sena ardía en deseos de servir a Dios en la soledad y así fue como un día se puso en marcha en busca de un desierto; mas Nuestro Señor le dio a conocer que esa no era su voluntad. «Quiero —le dijo— que tus virtudes sean fecundas no sólo para tu alma, sino también para tu prójimo. Tú sabes que dos mandamientos, el amor a Dios y el amor al prójimo encierran toda la ley. Es necesario que te sean como pies para caminar, como alas para volar y llevarme almas a mí... Obedéceme: vuelve entre los hombres, que yo te acompañaré y te dirigiré».[130]

Catalina obedeció y llenó su misión.

Así es como Dios escoge a sus mensajeras y las envía al mundo para conquistar almas.

Apostolado social.

¿Y cuál es en especial, el apostolado que debe ejercer una virgen en el mundo?

Su programa de actividad social está trazado desde siglos en esas Obras que la Iglesia llama de misericordia, así espirituales como corporales.[131]

Éstas abrazan el vasto campo de todas las necesidades humanas. Y son tantas esas necesidades que sólo pueden caber en un corazón grande.

Decía Santa Catalina de Sena a las jóvenes: «Dilatad vuestro corazón, a fin de poder encerrar en él a todas las criaturas de Dios por amor a Él».

En aras de la caridad.

El mundo no comprende el heroísmo de estas mujeres que sacrifican la flor de su juventud, su tiempo, sus comodidades, sus fuerzas y sus bienes en aras de la caridad.

Y pasa tal vez cerca de ellas, murmurando en sus oídos la palabra *solterona*.

¡Ah! si comprendiese la suma de virtudes que encierra a veces esta palabra, se descubriría al pasar por las calles uno de estos ángeles bienhechores...

Por mi parte, yo repito lo que escribió la docta escritora Concepción Arenal: «¡Santas mujeres, que, no siendo madres, habéis prohijado al género humano, recibid el homenaje de mi respeto, el recuerdo de mi cariño y las lágrimas que corren de mis ojos al pensar en las que habéis enjugado!»

Otro tipo de Solterona.

Cuan distinto es este tipo de otro descrito por la misma autora: «Hay un tipo de mujer soltera —dice— ciertamente poco recomendable. Egoísta, extravagante, concentra sus afectos en un perro o en un gato, o se vuelve a Dios con tan poca benevolencia para las criaturas, que hace incomprensible su amor verdadero al Creador. Es la mujer excéntrica, intratable, o la beata maldiciente sin caridad».

Es lástima que gasten tales mujeres sus afectos en cosas baladíes, cuando los pobres, los huérfanos, los enfermos están hambrientos de amor...

---

[130] Véase *Vida de la Santa,* por la Condesa de Flavigny.

[131] Véase en especial el capítulo siguiente: *Acción social femenina.*

El corazón de la mujer...

El corazón de la mujer debe ser un pebetero de perfumes, que después de haber embalsamado los hijos de Dios en este valle de lágrimas, suban como columna de incienso hasta el trono del Altísimo.

Debe ser como un rosal sin espinas, que ofrezca rosas de celestial aroma al pobre que camina por el erial desierto de este mundo, agobiado por la cruz y anegado en lágrimas.

Debe ser un ara donde arda continuamente el más puro amor hacia el prójimo.

Si tal es el corazón de la mujer, hallará en sí mismo el manantial perenne de la felicidad.

Pues amar es, en el bello concepto de Leibnitz, «encontrar en la felicidad de otro la propia felicidad».

XI. - ACCIÓN SOCIAL FEMENINA

1. - Varios Apostolados

Este precepto te recomiendo, que cumplas tu deber militando como buen soldado de Cristo.
(San Pablo a Timoteo I Ep., I, 18)

¡Oportet Illum regnare!

Los tiempos que corren son tiempos de lucha. Los enemigos de Cristo están minando sordamente los cimientos de la civilización cristiana, veinte veces secular. Están socavando las bases sobre las que descansan la familia y la sociedad.

Intentan profanar el santuario de las conciencias, descristianizando a la juventud y corrompiendo las costumbres. Amenazan borrar del Evangelio las grandes ideas de justicia y de libertad, que son la vida de los pueblos.

No cabe permanecer neutral e inactivo en esta colosal contienda. Cada cristiano ha de ocupar su puesto de trabajo, de sacrificios y de lucha y ha de cumplir la consigna...

Es necesario que Jesucristo reine[132] como Rey inmortal de los siglos.

Es necesario que se restauren en Él todas las cosas.

Hoy en día «no hacer nada bueno —diré con el gran Crisóstomo— es hacer algo malo».

No oponerse a la corriente, es bogar hacia el abismo.

La mujer en su puesto.

En esta lucha la mujer tiene su puesto y su parte de responsabilidad.

«Hasta estos últimos años véiase la distante de las luchas, lejos de las agitaciones de la vida pública. Pero la lucha se coloca, cada día más, en el terreno religioso y puede decirse que a la hora presente sólo hay dos campos: el de Dios y el de Satanás. En medio de la batalla se hace preciso emplear todas las fuerzas, y no es de esperar que falte el auxilio de la mujer para una lucha en que se juegan también los destinos de la patria».[133]

Sí, repitámoslo con energía: «Las mujeres pueden tomar tanta parte como los hombres en los combates por la causa de Dios y de la iglesia».[134]

Siempre lo han hecho así. La mujer ha quedado de pies, aun cuando los hombres huían...

¿No fue un grupo de piadosas mujeres que acompañó al Maestro hasta la cumbre del Calvario, mientras los apóstoles, exceptuado el Discípulo virgen, se habían escondido?

¿No fue la Virgen María quien quedó de pies cerca de la cruz, desafiando las iras del populacho y las amenazas de los esbirros?

¿No fue la Magdalena quien después de haber regado con sus lágrimas los pies de la cruz, fue muy de mañana al sepulcro de Jesucristo para embalsamar su cuerpo?

---

[132] *Oportet Illum regnare* (Ep. I a los Corintios, XV, 25).
[133] *Les dames et la presse.* (Maison de la Bonne Presse).
[134] San Juan Crisóstomo, Epist. 123.

¡Ah! la mujer Cristiana! ¡Qué página tan hermosa se podría escribir sobre su fidelidad a la causa de la fe!

Varios apostolados.

Vastísimo es el campo en que la mujer puede ejercer su apostolado.

No hablemos del apostolado de la plegaria: los brazos de Moisés elevados al cielo decidieron del éxito del combate.

No hablemos del apostolado del sufrimiento: la ley de la expiación y de la reversibilidad de las penas, es una de las grandes leyes que rigen los destinos humanos. El pecado necesita siempre una víctima. No hablemos del apostolado del ejemplo: el ejemplo arrastra en pos de sí con una atracción maravillosa: es una de esas leyes morales que rigen las almas, como otra ley de atracción física rige los astros.

Una mujer virtuosa que sepa hacer amable y atrayente la virtud, predica con su ejemplo el lenguaje de la fe.[135]

Con cuanta razón dice una ilustre escritora: «Las virtudes, especialmente las virtudes amables, son el único lenguaje de la fe que inspira algún respeto a los espíritus poco creyentes. ¡Cuan culpables no somos, por consiguiente, si no predicamos a Dios de la única manera que podemos darlo a conocer».[136]

El apostolado de la caridad.

Entre las virtudes que ejercen más atracción, hay que nombrar la caridad que algunos llaman el sol de las almas...

Es decir, el sol que prodiga sus hebras de oro, su luz, calor y fecundidad, y no pide en cambio sino el aliento, el hálito, el vapor de la tierra, para devolverlo en preciosas gotas de rocío.

«La caridad es la ley que hace gravitar las almas en torno del Dios de amor, quien las atrae, mueve y lanza por camino de viva luz, con alas de ardiente llama, como astros formando cascada luminosa alrededor del sol.

Flor que viertes en la tierra los perfumes del cielo, ¡oh Caridad, cadena de flores tejida por el amor!, tú hermanas en el mundo unos hombres con otros y, a través de las nubes, enlazas con anillos de oro a los hombres con Dios».[137]

El reinado del amor.

La mujer debe reinar por el corazón y ganar las almas a Jesucristo por medio de esas redes sutiles e invisibles del amor que envuelven deliciosamente las almas.

Con cuanta belleza un autor inglés dice a las mujeres: «Conscientemente o no, habréis de entronizaros en muchos corazones: no podréis rechazar esta corona; debéis ser siempre reinas: reinas para vuestros maridos y vuestros hijos; reinas del más alto misterio para las gente extraña, que se inclina y se inclinará siempre, ante la corona del mirto y el cetro inmaculado de la mujer del hogar. Pero, ¡ah!, sois con frecuencia reinas vanas y descuidadas; empleáis la majestad en cosas fútiles, mientras abdicáis de ella en las más grandes, y dejáis que el desorden y la violencia produzcan su acción entre los hombres, por menosprecio del poder que habéis recibido del Príncipe de toda paz».

---

[135] V. *Tesoros espirituales*, por B. G. parte II.

[136] Madama Swetchine.

[137] J. Verdaguer.

Toda obra a favor de nuestros semejantes, ¿no es acaso el triunfo del amor?

Otros apostolados.

Hagamos caso omiso de otra clase de apostolados: el apostolado de la palabra y de la pluma, es decir, de la palabra hablada y de la palabra escrita.

La palabra es el verbo del espíritu: es un verbo que, lanzado por la boca o por la prensa, crea a su imagen un mundo de ideas, suscita a su influjo un mundo de sentimientos y a su choque hace estallar en el alma tormentas y tempestades...

Inconmensurable es el poder del verbo para el bien o para el mal, según sea bueno o malo el principio del cual procede.

Usado para el bien, es el heraldo del Evangelio: para el mal, es el precursor de la destrucción y de la muerte.

¡Dichosa la mujer que sepa aprovechar la asombrosa y fecunda potencia de su verbo para la conquista de las almas!

El Apostolado de la Prensa.

No divaguemos. Sólo recomendamos aquí el «Apostolado de la Prensa»[138] y la Sociedad de la Buena Prensa, con sus múltiples actividades, como que encarnan el verbo prodigioso humano, lo estereotipan y lo multiplican fabulosamente.

Hagamos un alto...

Hagamos también caso omiso del apostolado de la mujer en el santuario de la familia, ese pequeño mundo que ella debe plasmar según su espíritu; —ni hablemos en particular del apostolado de la mujer en el seno de las Instituciones religiosas— esas milicias aguerridas que a marchas forzadas avanzan extendiendo el reino de Jesucristo sobre la tierra.[139]

Hagamos alto aquí y detengámonos con preferencia sobre el apostolado social de la mujer en medio del mundo.

2. - El Apostolado social de la mujer

Donde esté la mujer como fuerza
social, estará la victoria.[140]

---

[138] Si se desean más datos, dirigirse al «Apostolado de la Prensa», Cas. 16, Santiago de Chile.

[139] He aquí una página del gran libro de la beneficencia pública, escrita por una sola institución, las *Hijas de la Caridad*, solo en España.

Según datos de 1908, tenían a su cuidado en España 193 hospitales con 16.249 enfermos, 16 manicomios con 5.071 enajenados, 38 inclusas con 8.568 expósitos, 148 asilos con 11.046 ancianos y 17.321 niños; 127 escuelas en que reciben educación, alimentos y vestidos 56.148 párvulos e infinidad de jóvenes de ambos sexos, 15 cocinas económicas en que se expenden 21.998 raciones diarias y tres cárceles con 700 reclusos.

¡Cuan elocuente es esta sola página!

[140] Bebel, *Discurso en el Reichstag*, 6 Febr. de 1892.

No cabe prescindir...

No cabe en estos tiempos la haraganería. «Ahí está una tropa de doncellas, viejas y jóvenes, capaces y honradas, que vegetan inútiles, cargosas al vecindario, estériles para la sociedad, miserables por entero, sin oficio ni beneficio: las más, de la clase media, terminada su educación a los dieciocho años, ocupadas en el *dolce far niente*, en fruslerías y bagatelas, en consultar el espejo, en hacerse los rizos, en cardarse de cintillas y garambainas, en ajustarse al figurín de la moda, en visitas y pasatiempos; las cuales desbaratado el sistema nervioso por la alocada fantasía, enflaquecido el cuerpo por el desorden de la ociosidad, malbaratadas las potencias por los pueriles antojos de una cabeza sin lastre, de una voluntad melindrosa, dejan correr sin utilidad los años más fecundos de la vida».[141]

Una mujer que no malgaste así las horas preciosas del día en las frivolidades de la vida mundana, tiene tiempo de sobra para el cultivo del hogar y aun de las obras sociales.

En estos tiempos en que, según una frase de San Pablo «toda criatura gime», no cabe prescindir de las obras sociales.

Las reclaman Dios, la Iglesia y la humanidad.

Palabras del Papa Pío X.

«La mujer tiene ciertamente otros deberes que traspasando el círculo de su propia familia miran al bien del prójimo... Ella es la más adecuada a propósito para llevar a la práctica aquel precepto de la Escritura: *vence al mal obrando el bien*».

Palabras de S. S. Pío X a las damas católicas italianas, en audiencia del 21 de Abril de 1903.

El marqués de Condorcet a su hija.

Comenzamos recomendando a la joven los consejos que el marqués de Condorcet, próximo a morir, daba a su hija: «El hábito de las acciones de bondad y de los afectos tiernos, es en la mujer la fuente de la felicidad más pura y más inagotable, produce un sentimiento de paz, una especie de santo deleite que difunde sus encantos a todas las ocupaciones de la vida y aun a la más sencilla existencia.

Adquiere, pues, desde muy temprano, hija mía, el hábito de la beneficencia, haz el bien, como complemento de los deberes interiores, pero con una beneficencia ilustrada por la razón, dirigida por la justicia.

No des por librarte del espectáculo del dolor y de la miseria, sino para consolarte con la dicha de haber aliviado las desgracias.

No te limites a dar dinero, sino que, en caso necesario, sabe dar también tus cuidados, el tiempo, tus luces: estos afectos consoladores son mil veces más preciosos que los socorros materiales.

De esta suerte no se verá limitada tu beneficencia como lo es tu fortuna...

Aprende, sobre todo, a ejercerla con esa delicadeza, ese respeto a la desgracia que duplican el beneficio y ennoblecen al bienhechor a sus propios ojos.

No te olvides nunca que el que recibe es ante Dios igual del que da; que todo auxilio que quita independencia no es un don, sino un mercado, y si humilla, se convierte en una ofensa».[142]

---

[141] P. Mib, *El triunfo social de la Iglesia*, t. II, c, XXIII.

[142] De la *Educación de las mujeres*, por la Condesa de Baseanville.

Evangelizar a los pobres.

La primera grande obra social encargada a la mujer cristiana, es romper las vallas que dividen ricos y pobres, extinguir los odios sociales, causa de todas las conmociones políticas y acercar los corazones de los hermanos que componen la gran familia cristiana.

El Evangelio añade: evangelizar a los pobres.

Es decir, darles el pan del alma y el pan del cuerpo.

Es esta la gran misión confiada a las damas de la *Conferencias de San Vicente de Pául,* conferencias que debieran surgir alrededor de cada templo.

Desterrar la ignorancia.

Puntualicemos más la misión de estas conferencias.

Particularmente necesita el pobre ser enseñado en sus deberes cristianos, sociales, cívicos...

No practica la religión porque no la conoce.

No ama la vida de familia, porque no tiene hogar limpio, confortable, higiénico…

No se abstiene del licor y otros vicios, porque no conoce sus terribles consecuencias que alcanzan hasta varias generaciones.

Vende ignominiosamente su voto y sus derechos de ciudadano al primer traficante que se los compre por un plato de lentejas, porque no tiene formada su conciencia social cristiana.

Muere él y mueren sus hijos prematuramente por ignorar las reglas más elementales de la higiene física y de la higiene moral.

Es pues una grande obra social, el desterrar la ignorancia que pesa sobre el pobre pueblo como una capa de plomo y le tiene asido a la tierra.[143]

Obra de la Doctrina Cristiana.[144]

Esta ignorancia —especialmente respecto de la doctrina cristiana— es más sensible aún en los niños.

Son éstos la porción predilecta de Jesucristo; son sus pequeños hermanitos.

Son las esperanzas de la Iglesia y de la patria.

Enseñarles el catecismo en el templo o en la escuela dominical, o en cualquier parte donde se puedan reunir estos «golfitos de la calle» y prepararles para la primera confesión y comunión, o para el cumplimiento de los deberes religiosos, es esta una obra encomendada especialmente a las celadoras y misioneras de Cristo.[145]

---

[143] Se leerá con mucho fruto el hermoso libro de Concepción Arenal, *El visitador del pobre.* Obra maestra de la autora, un precioso y práctico manual de la caridad para con el pobre.

[144] Muy recomendable es a este propósito el «Instituto de Damas Catequistas» constituido en 1892 y aprobado ampliamente por la Santa Sede. Al principio sólo atendía a la enseñanza del catecismo, mas después se extendió estableciendo Escuelas nocturnas, en los Centros Obreros, Enseñanza de artes y oficios, Cajas de ahorro, Cooperativas de consumo, y cualquier género de obras, que redunden en beneficio moral y económico de la clase trabajadora.

[145] Véase *Conferencias sociales* por B. G. «La mujer catequista». Ahí se trata extensa y prácticamente de la Obras de los Catecismos (erigida en Archicofradía para toda Francia por Breve pontificio del 30 de Mayo de 1893), de la *Cofradía de la Doctrina cristiana* (tan antigua y tan extendida por todo el mundo) y del modo práctico; como establecer en los templos obra tan necesaria en estos tiempos de descreimiento e ignorancia.

Disminuir los sufrimientos.

Grande obra social es la que tiende a disminuir los sufrimientos de la pobre humanidad.

Escribía Ruskin, dirigiéndose a las jóvenes ricas: «No hay sufrimientos, ni injusticia, ni miseria en la tierra, cuya culpa no caiga sobre vosotras. Los hombres pueden soportar su vista, pero vosotras no debéis ser capaces de soportarla...

En vez os encerráis dentro de los muros de vuestros parques y tras la puerta de vuestros jardines y estáis contentas sabiendo que fuera hay todo un mundo desierto, un mundo de sufrimientos en los cuales no osáis penetrar y de sufrimientos que no osáis concebir».

En los Libros santos se lee: «Donde no está la mujer, gime el hombre en la pobreza».[146] Esto significa que el ministerio de la mujer parece ser el alivio de las miserias y sufrimientos humanos.[147]

La cuestión social.

Dejamos la palabra a la ya citada escritora Concepción Arenal: «...Cuando se sabe lo que pasa en las prisiones, en los hospitales, en los manicomios, en los hospicios, en las inclusas; cuando se ven miles de niños preparándose al vicio y al crimen en la mendicidad...

Cuando se compara el precio de las habitaciones y de los comestibles con el de los jornales, que tantas veces faltan; cuando se considera este cúmulo abrumador de dolores que no se consuelan, de males a que no se busca remedio, ocurre preguntar: ¿dónde están las mujeres?

Algunas están donde deben, pero son pocas; tan pocas que su actividad benéfica se pierde en la inercia general... No se trata de cuestiones intrincadas, de problemas difíciles, de derechos controvertidos, de aptitudes dudosas; se trata de practicar las obras de misericordia, ni más ni menos».[148]

Disculpas necias.

La misma escritora sigue diciendo muy atinadamente: «Hay una manera deplorable y frecuente de disculparse de no hacer el bien y es censurar a los que lo hacen.

No es raro que la mujer de su casa censure a las que salen de ella para trabajar activa y eficazmente en una obra benéfica: las acusa de callejear y dejar sus asuntos para atender a los ajenos y se cree muy superior a ellas, aunque esté muy por debajo...

Que se lean novelas indecentes, folletines asquerosos: que se vean comedias y dramas inmorales y hasta obscenos; en esto parece que no hay mal para una mujer o para una joven: al menos no se trata de evitarlo; pero ¡qué de peligros no se prevén al entrar en una casa de vecindad, donde pueden oírse algunas palabras malsonantes, o en ir a la cárcel donde hay mujeres perversas!»

---

[146] Eclesiástico XXXVI, 27.

[147] Responda a ese santo ministerio la nueva y reciente fundación en Francia de una simpática institución, destinada a enjugar las lágrimas que el azote de la guerra ha desatado cual torrente... Esa institución, formada por el elemento femenino, se llama *Enfermeras de almas*; y tiene dos objetos: Primero: prodigar —al sufrimiento, al destierro, al abandono, al infortunio y al martirio—los tesoros de la compasión y de la bondad. Segundo: sembrar a manos llenas —en los corazones atribulados — la fe, la esperanza y la confianza.

Las *Enfermeras de almas* se empeñan en luchar con el dolor y la tristeza, como el soldado lucha en la línea de fuego. La insignia de esta liga de bondad consiste en la medalla Joffre, con la divisa: *vencer o morir*.

[148] En un informe, *La Educación de la Mujer*.

Son la indolencia y la indiferencia —verdaderas lobas de las almas— que se disfrazan con la piel de oveja.

Multiplicidad de obras.

Para estas obras nadie mejor que la mujer, cuyo corazón es tan sensible por las miserias ajenas, que muy bien se le puede asemejar a esas harpas eólicas que vibran al soplo de la brisa.

El amor para ser verdadero, debe exteriorizarse en obras.

La obra es el complemento del amor.

No es mi intención bajar a las muchas obras particulares que constituyen el gran programa social que la mujer cristiana desarrolla en el seno de nuestras cultas y católicas ciudades.[149]

Hablamos a jóvenes que las conocen y deseamos, más bien que despertar en ellas iniciativas, pedirles su cooperación—de tiempo, de trabajo, de bienes— para las múltiples obras ya existentes.

Una Liga modelo.

Debemos, sin embargo, mencionar la *Liga de Damas Chilenas*, cuya múltiple actividad abarca la Censura teatral, la Biblioteca de la Liga, la Protección al trabajo de la mujer, el Sindicato femenino, la Liga juvenil o Sociedad literaria de Santa Inés y el Círculo de estudios de Santa Teresa (1915).

No entra en nuestros propósitos bajar a los detalles de tan prodigiosa actividad: nos basta haber señalado tan vasto programa de acción para que cada doncella de buena voluntad, aporte su parte de trabajo a tan grande obra.

Centros de acción.

Existen muchas otras Asociaciones benéficas y humanitarias: las hay para todas las necesidades del siglo.

Todas ellas merecen el aplauso, la adhesión y la cooperación de los que aman a Jesucristo y a sus pobres. Tales asociaciones florecen o han de florecer al rededor del templo como una espontánea eflorescencia de la piedad cristiana.

Hoy en día el templo no debe ser sólo un lugar de oración, sino un centro de intensa vida social.

En tales centros debe alistarse la joven, dando la preferencia a los que florecen a la sombra de su iglesia parroquial.[150]

Cultura social.

Y cuando, por desgracia, tales obras no florecen alrededor del templo, procure ella ser la iniciadora.

¡Cuántas veces obras grandiosas, como la Propagación de la Fe, han salido del pecho de jóvenes pobres y modestas!

---

[149] Véase Max. Turman, *Iniciativas femeninas*, t. II

[150] Datos interesantes sobre estos Centros de Acción parroquial, se pueden hallar en El *Clergyman norteamericano*, o sea Párrafos sobre la Acción parroquial de la Iglesia católica en Estados Unidos.

Para ello, inspírese la joven en libros de índole social [151] y sobre todo ponga atento oído a los deseos de Jesucristo y a los gemidos de las almas desamparadas.

Círculos de Estudioso de Acción social.

Su ejemplo despertará imitadoras y fácil será formar, bajo la dirección de un sacerdote experto, un Círculo de Estudios o de Acción social, que propenda a promover en el mundo femenino los altos intereses de las almas.[152]

Un feminismo aceptable.

Digamos, por último, una sola palabra acerca de lo que han dado en llamar hoy feminismo, es decir, una como reivindicación de los derechos de la mujer.[153]

O mejor, hagamos nuestras las palabras de una de las lumbreras del episcopado español, el Ilmo. Sr. Spínola, Arzobispo de Sevilla: «Somos partidarios de que la mujer se eduque y se instruya; queremos que se cultive su entendimiento hasta donde las facultades de que cada una haya sido dotada permitan; deseamos que se abran amplios horizontes a su acción; pero no podemos aprobar que la mujer se transforme en hombre, ni que el feminismo de buena ley se transfigure en «masculinismo», pues perdería con esto su respetabilidad, sus encantos y sus influencias».

«¡Qué heroínas!»

¡Ah! por cierto, en vano el sectarismo afilaría sus armas y lanzaría sus huestes al combate, si las doncellas cristianas supiesen adiestrarse para estos combates sociales.

Cuando Juliano el Apóstata hubo dirigido en vano contra el cristianismo todos los recursos de la filosofía y del poder, un filósofo partidario del Emperador, investigó la causa de esa derrota moral.

Su respeto a la verdad le obligó a hacer esta bella confesión: «¡Qué mujeres tienen esos cristianos!»

Así los modernos apóstatas se verían forzados a repetir: ¡Qué heroínas tiene el cristianismo!

3. - Grandes ejemplos a través de los siglos

Como cimiento eterno en piedra firme, están los mandamientos
de Dios en el corazón de la mujer santa.
(Eclesiástico XXVI, 24).

[151] Véase la «Biblioteca de la Joven», c. VI, III; y el *Manual del Joven*, c. XV. II. «Biblioteca de lecturas sociales» (1ª ed.)
[152] Véase *Manual del Joven*, c. XV. Apéndice. «Un reglamento de Círculos de Estudios Sociales» Este reglamento puede servir de base para la formación de Círculos de índole social.
[153] Véase *Un feminismo aceptable*, por Julio Alarcón y Meléndez.

El gran mandato.

Desde los albores del cristianismo la mujer ha sido apóstol.

Ese gran mandato que diera Jesucristo a los apóstoles, de evangelizar al mundo, hizo vibrar las fibras generosas del corazón de la mujer. Y ella sintió, como el profeta, que el celo por la casa de Dios la devoraba.

Una ojeada.

Hojeemos unas páginas de historia y veremos cuanta parte ha tenido siempre la mujer en la evangelización del mundo.

San Pedro fue ayudado en su apostolado en Oriente por Santa Petronila, su hija espiritual y en Roma por las hermanas Pudenciana y Práxedes.

San Pablo fue ayudado en Corinto por Priscila y en Filipos por Lidia. Esta mujer distinguida puso a disposición del Apóstol y de sus compañeros, toda su casa y todas sus riquezas.

San Andrés a su vez por Maximila: San Mateo por Itigenia; San Felipe por sus dos hijas, que había tenido antes de ser llamado a seguir al Maestro.

La protomártir de las mujeres.

Santa Tecla fue la protomártir de las mujeres, como San Esteban lo fue de los hombres y fue la primera mujer cristiana, convertida del paganismo, la cual abrazó la virginidad voluntaria. Era descendiente de la más noble familia de la ciudad de Icón, en Licaonia y heredera de gran fortuna. Había adquirido vastos conocimientos en literatura y filosofía. Sus eximias dotes morales e intelectuales, corrían parejas con sus dotes físicas.

La palabra persuasiva de San Pablo la conmovió y convirtió. No sólo quiso recibir el bautismo, e instruirse profundamente en las verdades de la fe, sino que renunció espontáneamente a las nupcias de Thamaride, noble joven al cual había sido prometida e hizo voto de virginidad en presencia del mismo Apóstol, con el fin de consagrarse al apostolado evangélico.

Desde entonces, con su palabra, con su ejemplo y con sus trabajos, fue en Oriente la activa cooperadora de San Pablo en la salvación de las almas.

La discípula debía preceder al maestro en la gloria del martirio.

Se la quiso hacer apostatar de la fe. Todas las fuerzas humanas se habían conjurado contra ella. Mas ella resistió impasible a los ruegos, a los halagos, a las amenazas, a los tormentos tan variados como crueles...

Trasladada, cargada de cadenas a Antioquía, fue expuesta en el anfiteatro a los leones, los cuales respetaron ese cuerpo virginal.

Por virtud divina salió incólume (sin daño) de la prueba de tantos tormentos y siguió viviendo y trabajando por Jesucristo y por su causa hasta la edad de noventa años.[154]

Una mujer de talento y de acción.

Abramos otra página de historia eclesiástica.

San Bonifacio fue el apóstol de Alemania, en el s. VIII. Fue el gran conquistador de la fe al mismo tiempo que Carlomagno lo era de la política.

---

[154] V. Breviario romano.

Fueron mujeres las que ayudaron en especial a la grande obra de la evangelización de esas tierras vírgenes aún.

Y entre todas sobresalió Santa Liobba, la mujer de más piedad y de más talento de su tiempo. Era un prodigio de virtud y de ciencia. Sabía toda la Escritura Sagrada de memoria, era perita en filosofía, teología, derecho canónico y civil, y había adquirido vastos conocimientos en política, artes, letras y ciencias naturales.

Tal mujer fue la que compartió con San Bonifacio los trabajos del apostolado. Ella cubrió Alemania de monasterios de mujeres, los que debían irradiar a su alrededor la luz del Evangelio. Y ella en especial, como luz puesta sobre el candelabro, alumbró con su ciencia sagrada y profana a hombres y mujeres.

Cuando en la mujer se unen la ciencia y la virtud, si ambas son alimentadas por el celo, ejercen sobre las almas más indiferentes una poderosa atracción para el bien.

La mujer en la Edad Media.

Largo sería si quisiésemos siquiera nombrar la larga serie de las más ilustres mujeres de la Edad Media, las que se distinguieron especialmente por su activo apostolado.
Baste recordar sólo las Santas Salaberga, ílildegarda, Gertrudis, Francisca Romana. Juliana, Brígida...[155]

Merece particular mención la joven Santa Rosa de Viterbo, la cual dice un historiador de la Iglesia[156] fue uno de los auxilios más singulares que Dios proporcionó a su Iglesia en tiempos difíciles. Niña y joven, ejerció especialmente con su palabra un fecundo apostolado en Viterbo, foco entonces del maniqueísmo y murió llena de méritos, a la edad de dieciocho años.

Una joven admirable.

Otra joven, cuyo nombre es preciso siquiera apuntar, es Santa Catalina de Sena, el gran prodigio del siglo XIV. Amaba mucho la música, la poesía y las bellas artes.

Junto con las ciencias sagradas, estudiaba las ciencias profanas. Leía la «Divina Comedia» y sabía escribir en rima.

Las flores la elevaban a la contemplación de la Belleza Infinita. Bello es este pensamiento de Catalina: «Es necesario sentir entre las espinas el olor de una rosa próxima a abrirse».[157]
En su Diálogo leemos palabras armoniosas como éstas: «Todos los afectos y las potencias del alma dan un sonido armonioso, semejante a las cuerdas de un instrumento musical. Las potencias del alma son las cuerdas grandes, los sentidos corporales son las cuerdas menores, cuando todas son usadas en alabar a Dios o en servir al prójimo, producen un sonido semejante a aquel de un órgano harmonioso».

Conforme a estos sentimientos, consagraba su vida al bien de la Iglesia y de su patria, y escribía que quería ser «siempre amante y anunciadora de la verdad».

Aunque frágil de cuerpo, era pujante de alma. «La virtud —decía— está en el corazón como un capitán en fortaleza».

Durante la famosa peste de Florencia, en 1374, se dedicó enteramente al servicio de los apestados; más tarde compuso un admirable Tratado sobre la divina Providencia: tuvo relaciones epistolares con los Pontífices Gregorio XI y Urbano VI, con cardenales, obispos y reyes y mediante su santidad, su ciencia, su actividad y su fino tacto diplomático, restableció la paz en Italia y redujo los pueblos a la obediencia del papa legítimo.

---

[155] Léanse sus Vidas, en el *Año Cristiano* de Croiset.
[156] Rohrbacher.
[157] De una carta de la Biblioteca comunal de Siena.

Es de quedar sorprendido de lo mucho que hizo en el breve espacio de su juventud.

Desde el 1872 —que fue el año primero de su acción política— hasta el 1380 —año en que murió— Catalina desplegó una actividad extraordinaria.

Murió a los treinta y tres años. Su cuerpo no era más que un esqueleto, más su frente parecía iluminada por la aureola de la santidad.

Grandes colaboradoras.

Siempre la mujer es la colaboradora del hombre en las obras de Dios.

San Francisco de Sales funda por medio de Santa Francisca de Chantal la Orden de la Visitación.

San Vicente de Paúl halla en Luisa de Marillac la infatigable colaboradora en su apostolado de caridad.

Olier debe la fundación de la Congregación de San Sulpicio a María de Gournay.

Los ejemplos se podrían multiplicar indefinidamente, porque la mujer, que es el complemento del hombre, parece ser también el complemento de las obras de Dios.

Una joven en el trono de Constantinopla.

Si fuésemos a buscar mujeres de acción en el trono, la historia nos presentaría a Santa Pulqueria, hija del emperador Arcadio, creada augusta a la edad de dieciséis años.

Fue un prodigio único en la historia, el que una joven tan tierna, gobernase con tanta madurez de criterio un vasto imperio y debelase con su celo la herejía triunfante en Oriente.

El papa San León la creó su legado en Oriente para combatir la herejía.

Hablaba y escribía como lo haría un gran teólogo.

Ponía mano en grandes obras y distribuía generosamente sus limosnas entre los pobres.

Y al tiempo de morir, a la edad de cincuenta y ocho años, instituyó a los pobres por herederos de lo que le restaba.

Los Padres del concilio de Calcedonia la llamaron *la mujer piadosa y ortodoxa por excelencia y la nueva Santa Elena.*

Una ojeada a los tronos.

La historia sigue abriendo sus instructivas páginas, y nos presenta otras grandes mujeres de acción en los tronos.

La emperatriz Irene es el azote de los iconoclastas. Por ella se reúne el segundo concilio de Nicea que los condena. Y es admirable ver a esta princesa presidiendo la última sesión de aquel célebre concilio.

Santa Clotilde, la figura más grande de su tiempo, convierte a Clodoveo, su esposo, al cristianismo y desde entonces la Francia se hace hija de la Iglesia y consagra su espada para defenderla.

Siguieron las huellas luminosas de Clotilde en el trono de Francia, Santa Radegunda, esposa de Clotario I: Santa Vatilda, primera de las reinas cristianas que abolió la esclavitud y proclamó el principio de que todo hombre es libre y Blanca de Castilla, la madre del gran rey San Luis.

Rigonta y su esposo Recaredo consiguen convertir a España a la verdadera fe y en el concilio de Toledo proclaman la fe católica; ley fundamental del Estado.

Santa Isabel, reina de Portugal, es el ángel y el apóstol de esa nación.

Santa Berta convierte al rey Etelberto, su esposo y a la nación inglesa al cristianismo.

Santa Margarita, esposa del rey San Malcolm, es la providencia de Escocia.

Santa Matilde, esposa del emperador de Alemania Enrique I, es apellidada *madre de los reinos* por sus excelsas virtudes y sus fecundas obras.

Siguen sus huellas en el mismo trono Santa Cunegunda, esposa de San Enrique II y en el trono de Hungría Santa Gisela, esposa del rey San Esteban y Santa Isabel.

Santa Dombrowska convierte a la Polonia, y Santa Eduvigis a la Lituania.

¡Cuánta riqueza de virtudes y qué caudal de obras nos revelan estas solas páginas de la historia!

La protectora de París.

Exhumemos por último, de la fosa del olvido, el recuerdo de otra heroína que supo servir tan bien la causa de Dios como la causa de la humanidad.

Es Genoveva, pastora de Nanterre. A Dios y a los desgraciados había reservado las ternuras de su corazón y la energía de su alma.

En aquel tiempo París se vio amenazada por los francos que ya habían asolado la Normandía y la Borgoña. La alarma era general y desalentadora: el gobierno acobardado, los hombres fugitivos y las mujeres llorosas.

Sólo una mujer, la virgen Genoveva, se mantuvo en pie, se constituyó por sí misma en gobierno y encendió de nuevo el valor —fuego ya apagado— en el pecho de los combatientes.

Las tropas enemigas sitiaron a París por hambre; pero la virgen doncella se encargó por sí sola de proporcionar víveres a la población, surcando con algunas barcas las corrientes del Sena.

«Y cosa inaudita, escribe su biógrafo, cosa única en la historia de las grandes calamidades de los pueblos, lo que ningún hombre hubiera osado pensar siquiera, lo ejecutó una joven: ella alimentó una gran ciudad por espacio de diez años».

Cuando la ciudad abrió por fin sus puertas a Childerico, que estaba exasperado por tan larga resistencia, Genoveva salvó de nuevo a París obteniendo para todos el perdón.

Por eso Santa Genoveva es la protectora de París. El recuerdo de sus hazañas palpita aún fresco en el corazón de los franceses.

«Y el ruido lejano de su nombre se acrecienta cada día más y en alas de la fama recorre todos los ámbitos del mundo».[158]

[158] Estrofas de un himno en honor de la virgen Genoveva.

XII. - LAS FRIVOLIDADES DE LA MUJER.

1. - La frivolidad y la vanidad

¿Quién hace culpable la juventud de las mujeres y ridícula su vejez?
La vanidad (Madama de Souza).

La frivolidad.

«La frivolidad —dice Catalina— viene a ser la desatención de las cosas grandes y la curiosidad de las pequeñas».

Es, dice otro autor, el excesivo cuidado de las cosas pequeñas y nuestro cuerpo es demasiado noble y grande para que podamos prender en él, a guisa de maniquí, mil artículos de inutilidad absoluta y de gusto depravado.

La frivolidad es la señal más inequívoca de un alma chica, apocada, sin ideales, sin amplitud de horizonte.

Es prueba contundente de un alma superficial, que se detiene en la superficie de las cosas sin penetrar su esencia, su substancia, su verdad...

La vanidad.

La vanidad, según la etimología, viene de *vano*, vacío.

Es la vacuidad, la fatuidad, la falta de juicio.

La vanidad es compañera inseparable de la frivolidad.

Caminan juntas, de bracete, coronadas de rosas, en pos de ilusiones y fantasmas...

Aunque es difícil definir bien sus límites, se podría decir que la vanidad se adhiere más fácilmente al alma y la frivolidad al cuerpo.

Son dos elementos que tienen mutua afinidad, se completan y se funden en un ser indefinible, mitad mujer y mitad pavo real.

De este ser podría decirse lo de la fábula de Esopo: «¡Oh! cuántas apariencias! ¡Lástima que no tenga cerebro!»

Los responsables.

«Educáis —dice Ruskin — a vuestras hijas como si fuesen objetos para adornar vitrinas y luego os quejáis de su frivolidad».

Bien, culpemos pues, a una falsa educación, de ese fondo de futilidades que constituye la vida de la mujer. Culpemos a las costumbres veleidosas de nuestros días.

La frivolidad se respira por todas partes, a veces aun en medio de un ambiente religioso.

Es como el polvo que respiramos junto con el aire saturado de oxígeno.

La vida de muchas jóvenes —con su preocupación de vestir bien, la obsesión de la belleza, el prurito de brillar...— es como un gran escenario de frivolidad.

Telas de araña.

Tal espíritu de frivolidad vuelve casi inútil la vida de una gran parte de las jóvenes de nuestra sociedad.

En lugar de tejer la verdadera tela de la vida —la tela de la inmortalidad— tejen telas de araña...

Si se pudiesen liquidar los minutos como se liquidan las cuentas, veríamos que el gran cúmulo de minutos de que se compone la vida de tantas jóvenes frívolas, arroja siempre cero, cuando no arroja un déficit enorme.

Ejemplos al canto.

Casos prácticos.

He aquí el tipo más inofensivo de las mujeres, sobre todo de la alta sociedad, pintado con tina ironía por Van-Tricht: «La mujer se viste y va al paseo; vuelve y torna a vestirse; visita a sus amigas, a su costurera y las tiendas de modas; recibe en días señalados; baila mucho, monta a caballo, caza a la carrera, se hace vieja lo más tarde posible y para ella desde entonces no hay ya consuelo...

También en esta clase de vida hay mil otras pequeñas menudencias, pero todas tan importantes como las dichas. Ahora deducid la utilidad que producen esas máquinas en la sociedad humana. Y estos son los ejemplares modelos. ¡Y decir que almas dotadas de inteligencia se entregan a este género de vida!»

Un cuadro del natural.

He aquí otro cuadro desolador copiado del natural: «Seguid desde la mañana hasta la noche a una mujer dominada por la ligereza: ¿qué hace? nada o casi nada.

La mitad de sus días se pasan en visitas completamente inútiles, en conversaciones frívolas cuando menos, en pláticas que no concluyen de ordinario sin haber violado dos o tres mandamientos de la ley de Dios. El resto de su vida es una nube que se pasea por los espacios; ella sueña a veces junto a los abismos, su imaginación de fuego se derrama como lava en los alrededores; su espíritu más o menos novelesco se alimenta de quimeras, de planos absurdos, o si no, encerrada en su cuarto, conversa con esos libros frívolos y peligrosos, cuyas páginas exhalan emanaciones más o menos pestilenciales, en las que el veneno se encuentra en cada frase en cantidad imperceptible y mata a las almas con pequeñas y sucesivas dosis».[159]

Pérdida irreparable.

Dice un sabio: «Si amas la vida, no desperdicies un minuto, porque de minutos se compone su caudal».

¡Cuántos minutos, cuántas horas irredimibles, arrojan ciertas jóvenes frívolas en el mar de la eternidad! —semejantes a ese filósofo estoico que arrojaba al mar todos sus tesoros— y esto sólo por halagar su vanidad.

Este parece ser un mal tan grande, como antiguo en el sexo femenino.

Plauto decía ya satíricamente en una de sus comedias, que «la mujer y la nave nunca están bastante compuestas».

[159] Landriot, *La Mujer fuerte.* Conf, XVI.

Terencio también tiene un verso famoso que canta: «Pasan las señoras un año entero en componerse y peinarse».[160]

La situación cómica del personaje que declamaba ese verso demandaba sin duda, tal exageración; pero es lo cierto que las damas romanas, según cuenta Petronío, solían gastar en su tocador, al menos, cuatro horas al día.

La superficialidad ha traído, según Bossuet, esta cruel necesidad de perder el tiempo.

Una definición cruda.

Bien se comprende cómo pudo un autor definir a la mujer con estas curiosas palabras: «Es un ser que se viste, charla y se despoja»: C'est un étre qui s'habille, babille et se déshabille. No he de revelar al autor de esta definición, para no entregar un hombre honrado y de buena fe a las iras de mis lectoras.

La luna del tocador.

Una gran cómplice de la vanidad de la mujer es la luna del tocador, ante la cual ella pasa las horas muertas en muda contemplación...

¡Cuántos idilios solitarios y cuántas necedades ha alumbrado esa luna![161]

¿Habéis visto alguna vez al cisne de nuestras lagunas?

De blancura inmaculada, erguido de cuello, boga silenciosa y plácidamente...

Y así pasa las horas largas.

Se diría que se complace en reflejar y adorar su imagen en el terso espejo de las aguas.

Hay doncellas también que pasan las horas largas en reflejar y adorar su silueta en la luna de su espejo. Se diría que van por la vida sin otro ideal que admirarse a sí mismas.

Tengo que detener aquí la marcha de mi pluma, por que acaso trazaría rasgos demasiado hirientes.

Y pido prestadas unas palabras a una escritora: «Las mujeres que se entregan a ridículas afectaciones, las que emplean todo su tiempo en estudiar al espejo el peinado, la mirada, la sonrisa y el modo de prenderse, tienen vacío el corazón, hueca la cabeza y no serán jamás dichosas».[162]

A una mujer todo se le perdona, aun cuando diga verdades muy amargas.

Una broma y un consejo.

No entremos en más pormenores.

De ciertas mujeres decía donosamente un autor que “no tenían en la cabeza más que... pelo.”

Y ¡ojalá no fuese ajeno! Así no se haría injuria a la verdad, ni a la higiene.

Decía muy bien la Venerable Madre Barat: «Nada dice en las niñas tan bien como llevar el cabello sin adorno alguno, peinado sencillamente; por desgracia los padres raras veces se muestran en esto razonables.

Tener a las niñas vestidas sencillamente sin ofender con esto a los padres, es siempre lo mejor. Harto sé yo que piedad y vanidad; no pueden estar juntas».

---

[160] *Dum poliuitur, dum comuntur, annus est.*

[161] Es curiosa la costumbre que había antiguamente en Suecia, de colocar un espejo en el féretro de las solteras, así cuando sonara la trompeta final; pudiera arreglarse el pelo.

[162] María del P. sinués de Marco, *El Ángel del Hogar*, t. II.

Un particular del tocador.

No podemos callar, sin embargo, uno de los particulares del tocador femenino, por ser arma de fraude, engaño y mentira. Son los afeites (adornos) *et similia* (y similares).

«¿Por qué te empeñas —decía un Santo Padre a una elegante— en afear la obra de Dios, haciendo de tu cabeza una cosa inverosímil, con esa torre de tus cabellos y esos adornos y esa máscara de drogas con que afeas tu rostro? Así resultas la obra del diablo y no la de Dios».

San Ambrosio, dirigiéndose a otra elegante que se dedicaba con exceso a la cultura de su físico, le decía: «Di, mujer: ¿qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que a ti misma, pues temes ser vista cual eres?

Si eres hermosa, ¿por qué con afeite te encubres? Si fea y disforme, ¿por qué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas a ti, ni del engaño ajeno sacas fruto?»[163]

También el austero San Jerónimo increpa duramente tales usos fraudulentos.

«Qué hacen —dice— en el rostro de una joven cristiana, los polvos y el colorete, de los cuales, éste miente el rubor de las mejillas y aquéllos el candor de la frente?... ¿Cómo llorará sus pecados, la que teme que las lágrimas le surquen el rostro cubierto de polvos? ¿Con qué confianza levantará al cielo la faz donde Dios no reconocerá su imagen?»

Otro particular.

Así como la vanidad suele engañar la vista por medio de afeites, así trata de engañar el olfato por medio de perfumes.

San Jerónimo, escribiendo a Demetria, doncella romana nobilísima, califica los olores y perfumes, pestes y venenos del pudor.

Aun allá dijeron los antiguos: "no huele bien quien siempre huele bien".

Otro autor: «La mujer huele bien cuando no despide ningún olor».[164]

El mejor cosmético es el agua. Lo mejor es el agua, según cantaba Píndaro.

Una página sugestiva.

No podemos dejar de transcribir a este propósito una página muy sugestiva de Luis Vives, en la cual apremia a la joven frívola con una serie de preguntas difíciles de contestar.

«Quisiera saber —dice— qué pretende una doncella, cuando se pinta con albayalde o colorete. ¿Por ventura agradarse a sí misma? Pero esto es mentecatez; pues, a cada uno le agrada principalmente lo propio; mas esos colores sobrepuestos, no son tuyos sino, cuando mucho, porque los compraste al perfumista.

O ¿pretendes, por ese medio, conquistar un futuro marido? Entonces obras neciamente, o si acaso, fraudulentamente, pues el marido habrá de llamarse a engaño, cuando te vea sin tus menjunjes y, si por ellos le agradaste, no le agradaste tú, sino el colorete y así te aborrecerá, en cuanto entienda no ser aquel tu propio color.

A no ser que vivas eternamente pintada y pintada te acuestes y pintada te levantes y comas pintada y reniegues definitivamente de tu rostro...

¿Qué otra obligación puede pensarse más molesta, que la de repintarse continuamente?

Y ¡cuan ridícula quedarás, en cuanto esa costra se menoscabe por el sudor, o el agua, u otro cualquier accidente y deje ver a trechos tu cutis nativo!

---

[163] Lib. *De Virginibus*.

[164] Plautus Mostellaria.

¡Ninguna cosa puede pensarse más fea y ridícula!»

Además, habría que considerar otro punto especial, si el espacio lo permitiera y es aquel que trae el «Libro de los Ejemplos»:

Red del diablo es la mujer
que se afeita por bien parecer.

Una deliciosa anécdota.

A propósito de esto, cuéntase esta curiosa anécdota.

Celebrábase en cierta ocasión en una ciudad de la Grecia una tertulia. Un grupo de damas se entretenía jugando. El juego consistía en hacer todas, cualquier cosa que cada una de ellas por turno hubiese mandado.

Llegada la vez a una muchacha discreta, ésta se propuso dar una lección práctica a muchas damas que venían pintorreadas de afeites y ordenó lo siguiente: «Mando, dijo, que todas tras mi ejemplo, mojen las manos en agua, se las pasen por la cara y las enjuguen con la servilleta».

Y diciendo y haciendo, se frotó el rostro con las manos mojadas. Y sucedió que las pintadas, obligadas a hacer otro tanto, quedaron jaspeadas y embadurnadas de tal modo que fueron muy justamente objeto de burlas y de risas.

La lección surtió efecto.

1. - Las Modas

La moda, este ídolo de la juventud,
es la más ruinosa de todas las vanidades.
(Oxenstiern).

El espíritu de frivolidad...

La moda es el ídolo ante el cual quema incienso la mitad del género humano, es decir las mujeres.

Es la diosa que impone sus leyes al mundo frívolo.

Es el espíritu de frivolidad que se encarna en los maniquíes de París, Londres o Nueva York y da vuelta al mundo recogiendo los homenajes de los necios...

Algunos conceptos.

Apuntaremos algunos conceptos que la moda ha merecido a personas sensatas.

La avaricia de atractivos, el anhelo de parecer mejor, serán siempre estímulo poderoso que ocasione en las mujeres esa movilidad tan continua, tan grata para la industria y comercio de propios y extranjeros.

La moda es la gran red donde se prenden, sin saberlo, las almas pequeñas y donde a sabiendas se dejan prender las otras almas.

«La moda es la negación del gusto y el ideal del capricho».[165]
«Es la más ridícula de las vanidades».

«Reclame» comercial.

Los cándidos podrían creer que la moda obedece a un fin bueno o a un sentimiento estético. No hay tal.

Lo que se llama *moda* es el conjunto de medios que todos los grandes productores de objetos de lujo ponen en juego para dar salida a sus mercancías.

Es un verdadero reclame comercial.

Cuando la venta afloja, apelan a este procedimiento infalible: un cambio de moda.

Así todos los esclavos de la moda compran una multitud de cosas de que no tienen ninguna necesidad.

«Cilicio, tormento y daño».

Un escritor de nota asegura que todo cuanto se concede a la moda, se quita de ordinario a la razón.

Para no dejarme mentir, ahí están esos grandes sombreros que fatigan la cabeza: el corsé exagerado que somete a un régimen de perpetua tortura: las faldas muy largas que arrastran con el polvo de la calle verdaderas colonias de microbios. Ahí está ese incomprensible absurdo del tacón Luis XV.

En una palabra, todo en el tocado femenino conspira contra las funciones orgánicas más delicadas de la mujer; dificulta la digestión, la respiración y la circulación de la sangre, impide el armónico desarrollo de todos los órganos y agosta la lozanía de la edad primaveril.

Bien dijo pues un autor, que «la moda es cilicio, tormento y daño de la especie humana».[166]

Tomás Moro, canciller de Inglaterra, un día sorprendió a su hija en el acto de ponerse en tortura por su vanidad en el vestido y le dio esta severa reprimenda: «¡Oh, hija mía! ¡qué favor te haría Dios si te echara al infierno, pues así te atormentas por merecerlo!»

Múltiples daños de las modas.

Muchos son los daños que causan las modas en el orden individual, doméstico y social, y en su aspecto religioso, moral, físico y económico.

Damos todo esto por entendido.

Son verdades que saltan a la vista de quienquiera que tenga ojos para ver.

Una observación.

Hagamos una sola observación.

Los matrimonios se vuelven cada día más dificultosos por los excesos de gastos que demandan las modas en las jóvenes frívolas.

Los jóvenes temen justamente que sus recursos económicos se esfumen entre las manos del modisto, del fabricante de encajes o del sombrerero ...

---

[165] Catalina.
[166] Pereda, *Higiene.*

Y temen, con justo motivo, que una vez casados, tengan que trabajar como bestias para alimentar el insaciable guardarropa de su mujer.

Con razón fue escrito, que las modas son la ruina de los hogares y la puerta por la que entra la miseria en la casa.

El proverbio no miente cuando reza: «Los trajes de terciopelo y de seda han apagado más de una vez el fuego de la cocina».

Por esta sola observación, bien se echa de ver cómo las modas, aun sólo desde este punto de vista, engendran males tan hondos que llegan a conmover las bases mismas de la familia.

Modas inmodestas.

Hagamos hincapié sobre las modas inmodestas, que son una de las causas principales de la corrupción reinante.

Por modas inmodestas entendemos aquellas que en lugar de cubrir y velar castamente el cuerpo, ponen de relieve su forma y sus líneas, o presentan desnudeces: corpiños y faldas demasiado estrechas, blusas escotadas, telas transparentes, encajes seductores, etc.

Inventos todos de la malicia humana.

Males morales.

Lo cual, bien se comprende, es provocativo y causa principal de esa sensibilidad morbosa —verdadera enfermedad moral— que arrastra al vicio.

La joven que pasea su impudencia ante los ojos ávidos de un mundo sensual, puede ser responsable de muchos desórdenes morales y es lazo del demonio, según la frase de Salomón, para cazar las almas.

Conviene que la niña, tal vez inocente, o la joven, tal vez cándida o aturdida, sepa esto para evitar terribles responsabilidades ante Dios y ante su conciencia.

La moda inverecunda es un verdadero ataque contra la moral pública y causa de la decadencia de las costumbres.

Con razón se pudo escribir, estudiando el problema del descenso moral de las naciones, esta frase: «El barómetro que marca la decadencia moral de los pueblos, es el desenfreno de la mujer en el vestir» [167]

«Las tinieblas y la corrupción del sepulcro».

«¡Ah! si fuese posible conocer los males morales sin cuento que en el individuo y en la sociedad suelen acarrear las modas, se comprenderían «esas tinieblas, ese rojor, esa mala hierba» que, según un escritor inglés, visten las jóvenes bajo el disfraz de modas inmodestas.

Si se corriese el velo, no sólo de vuestros pensamientos, sino de vuestra vista humana, veríais —los ángeles lo ven— sobre estos vuestros blancos y elegantes trajes, extraños lugares de tinieblas y muestras de tela carmesí que no conocéis, lugares de inextinguible rojor que todos los mares no pueden lavar; sí y entre las bellas flores que coronan vuestras hermosas cabecitas

[167] Curioso es ver como los Prelados de la Iglesia chilena se empeñaron en todo tiempo de desterrar el abuso de los vestidos costosos e indecentes. El Ilmo. D. Luis Fco. Romero prohíbe (1715) a las mujeres bajo pena de excomunión el escote exagerado. Asimismo el Ilmo. D. Manuel Alday en dos ocasiones (1755 y 1762) prohíbe el uso de trajes indecentes.

y lucen sobre vuestro ensortijado cabello, veríais que a él se entrelazó siempre una mala hierba en que nunca reparasteis: la hierba que crece sobre los sepulcros».[168]

Hay doncellas que no reparan que llevan sobre sí las tinieblas y la corrupción del sepulcro.

Una reminiscencia histórica.

Conviene saber que Licurgo prohibió que se admitieran en Esparta a todos los que enseñaban a componer y adornar el cuerpo, por considerarlos como corruptores de las costumbres.

Las mujeres espartanas debían brillar por sus virtudes y no por el aderezo de sus personas o el colorete de sus rostros.

¿Y qué debiéramos decir de las mujeres cristianas?...

En el templo.

Ciertas jóvenes —por candidez o por necedad, o por las dos cosas juntas— llevan hasta el templo su frivolidad. Y hacen del templo un escenario, donde buscan lucir las últimas creaciones de la moda o el último peinado bajo gasa sutil.

Esto es sencillamente burlar las leyes divinas, que mandan a la mujer cubrir la cabeza en el templo.

Esto es profanar la casa de Dios, que es casa de oración y recogimiento.

Graves palabras de un orador.

El célebre orador Flechier solía fustigar severamente a tales jóvenes. «Veréis a muchas jóvenes entrar en nuestras iglesias, como si entrasen en una casa de recreo o en un baile: apenas dirigen sus miradas a Aquel a quien debieran adorar con el más profundo respeto.

El primer pensamiento que las embarga, es la curiosidad de ver y de ser vistas... ¿Es creer en la presencia real de Jesucristo el venir a sus templos para ver u ostentar la moda de la pompa mundana? ¿Es creer que esta Jesucristo en el altar, viniendo a inflamarla? pasiones con miradas de disipación o a entretenerse con las ilusiones secretas de un alma corrompida?

¿Es creer y tener fe el perturbar la piedad de los fieles al venir al sacrificio como cristianas y asistir a él como idólatras?»

Doctrina de San Pablo.

Este Apóstol en su Epístola primera a Timoteo, quiere que «las mujeres oren en traje decente, ataviándose con recato y modestia: no con retorcidos cabellos, ni oro, ni piedras preciosas, ni vestidos demasiado costosos; sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que hacen profesión de piedad».[169]

Y en la Epístola a Tito el mismo Apóstol, ordena que «las ancianas vistan santamente, enseñando el pudor a las jóvenes».[170]

En la Epístola primera a los Corintios, ocupa buena parte del capítulo XI en demostrar que la mujer debe orar en el templo con la cabeza cubierta. Y después apelando al buen juicio

[168] Ruskin, *Obras escogidas*.
[169] c. II, 9-10.
[170] c. II, 3-4.

de sus lectores, añade: «Sed jueces vosotros mismos; es decente a la mujer hacer en público oración a Dios sin velo?»

Y suponiendo que alguna no hubiese querido comprender, concluye: «Pero si no obstante estas razones, alguno se muestra terco, le diremos que nosotros no tenemos esa costumbre, ni la Iglesia de Dios».

El clásico y tradicional manto.

Mi palabra a las jóvenes, respecto del templo, es ésta: «Sed cristianas, id al templo a adorar a Dios y no a buscar adoradores para vosotras mismas. Y sed valientes, no admitiendo en vuestras creencias y en vuestras costumbres la imposición del mundo.

Dad una prueba de valentía y emancipación llevando al templo el clásico y tradicional *manto chileno.* Hacedlo por espíritu de fe. Bajo el manto vuestra alma, no distraída por las preocupaciones del traje, puede adorar mejor a Dios en espíritu y verdad.

Hacedlo por espíritu de fraternidad. El manto es el gran nivelador de todas las distinciones sociales que no deben existir ante ese Dios que no reconoce ni la aristocracia de la sangre, ni la del dinero, sino sólo la aristocracia de la virtud.

En estos tiempos de democracia, es bueno llevar al pie de los altares el manto que nos hace a todos iguales y hermanos. Hacedlo por amor al arte y al buen gusto. Ciertas modas y ciertos colores son antiestéticos y contrastan mucho con la elegante sobriedad y la augusta severidad del templo.

El manto cuyos pliegues amplios hacen recordar las túnicas griegas, esas túnicas con que un pueblo de artistas vestía a sus divinidades y el color negro, que parece evocar pensamientos de ultratumba, muy bien se avienen con el arte elegantemente sobrio y severo que debe reinar en el lugar santo».

Lo que es permitido.

Antes de concluir el párrafo, digamos si es pues permitido a la mujer adornarse.

Conteste por nosotros Santo Tomás de Aquino: «El vicio no está en las cosas exteriores: está en los que usan de ellas de una manera inmoderada; de donde se sigue que no hay pecado en el vestido sino en tanto que se traspasan los límites del uso legítimo establecido entre las personas de la misma condición, o que se deja uno arrastrar por los movimientos de la pasión, de vanidad o de gloria mundana».

En la compostura pues del cuerpo, ha de haber como en todas las cosas, orden y medida.

Compostura del alma.

Sobre todo ha de adornar lo interior, es decir, el alma que es la luz del cuerpo.

San Pedro en sus tiempos recomendaba a las mujeres el culto interior del alma: «Su adorno no ha de ser exterior, ni con los bucles de sus cabellos, ni con dijes de oro, ni gala de vestidos; sino más bien lo interior, escondido en el corazón, es lo que se debe adornar con el atavío incorruptible de un espíritu de paz y de modestia, lo cual es un precioso adorno a los ojos de Dios».[171]

[171] Epístola III, 3-4.

Añadamos con Severo Catalina: «La virtud es la única moda que nunca ha de envejecer».[172]

3. - El lujo y la molicie (comodidad).

El lujo corrompe o las costumbres o el gusto.
(Joubert)

Varios conceptos del lujo.

El lujo se podría definir: un gasto que la razón desaprueba, ya sea en su objeto, ya en su medida.

Como plaga social y económica, es la desproporción entre la riqueza y la parte de la misma que se destine a lo superfluo.

Es gastar en cosas superfluas más de lo que se tiene; es querer aparentar más de lo que se debe.

Bajo este concepto, será tan lujoso el calzado de la sencilla menestrala (empleada) que invierte en un par de botas todo el salario de una semana, cuanto el calzado de una archimillonaria yanqui que lleve zapatos recamados de brillantes.

Lo que significa el lujo.

Significa ignorancia completa del Evangelio y dudosa virtud.

Un hombre público chileno escribe: «El lujo en los trajes es una imitación servil de la profusión caprichosa que en trajes y adornos gastan las mujeres que han renunciado a la estimación de los hombres». [173]

A veces es difícil distinguir a una señora de una cortesana.

El lujo significa otras veces falta de equilibrio mental.

Sólo el insensato busca deslumbrar por medio de las apariencias. El verdadero mérito no necesita el aparato y el brillo del lujo.

Las grandes mujeres de la historia, han sido las mujeres más sencillas y modestas.

«La sed insaciable»

El lujo es primo hermano de las modas y gasta la misma versatilidad y las mismas locuras.

Fray Luis de León en su tersísima prosa nos da de ello una pintura acabada. «...Porque hoy un vestido y mañana otro y cada fiesta con el suyo y lo que hoy hacen, mañana lo deshacen: y cuanto ven, tanto se les antoja. Y aun pasa más adelante el furor, porque se hacen maestras e inventoras de nuevas invenciones y trajes y hacen honra de sacar a luz lo que nunca fue visto. Y como todos los maestros gusten de tener discípulos que los imiten, ellas son tan vanas, que en viendo en otras sus invenciones, las aborrecen; estudian y se desvelan para hacer otras. Y crece

[172] Aconsejamos la lectura de nuestro opúsculo: *Charlas sobre Modas y otros tópicos del mundo femenino* y recomendamos sobre todo el ultimo capítulo que trata de una Cruzada en pro de la Modestia Cristiana.
[173] Julio Zegers.

la frenesía más y ya no les place tanto lo galano y hermoso, como lo costoso y preciado: y ha de venir la tela de no sé donde y el brocado de más altos y el ámbar que bañe el guante y la cuera y aun hasta el zapato, el cual ha de relucir en oro también como el tocado: y el manto ha de ser más bordado que la basquiña (falda) y todo nuevo y todo reciente y todo hecho de ayer para vestido hoy y arrojarlo mañana.

Y como la piedra que cae de lo alto, cuanto más desciende tanto más se apresura: así la sed de éstas crece en ellas con el beber y un gran desatino y exceso que hacen, les es principio de otro mayor y cuanto más gastan, tanto les place más el gastar». [174]

Como es de ver, el texto no ha envejecido más que en la nomenclatura.

Los abusos de un tiempo son los mismos de ahora.

¡Siempre la misma sed insaciable!

Los excesos del lujo.

Otro autor moderno las emprende también contra tales excesos.

«Hay muchas mujeres que llevan sobre sí, en objetos del todo inútiles a la decencia de su estado y aun al esplendor de su posición, lo que bastaría para alimentar un crecido número de familias que se mueren de hambre. Cuando las cosas han llegado hasta este punto, es cierto que, a los ojos de la razón y de la fe, el dolor de los infelices es un grito de venganza contra los que cometen semejantes excesos». [175]

Séneca y Propercio.

Séneca satiriza a las mujeres de su tiempo que llevaban en forma de pendientes, una fortuna suspendida en cada oreja.

Propercio describe a la matrona fastuosa y arrogante que llevaba encima, en trajes y joyas, el patrimonio de los hijos. [176]

Si esos hombres se levantasen de sus tumbas, contemplarían con asombro a otras mujeres que se dicen cristianas, paseando su estolidez y su dinero ante una muchedumbre hambrienta. No es por cierto así como se practica el evangelio.

Lo superfluo...

Los ricos fácilmente se olvidan del precepto evangélico: *lo que os sobra dadlo a los pobres.*

A los privilegiados de la fortuna dice San Crisóstomo: «Recibisteis el oro no para que lo prodiguéis en el adorno de vuestro cuerpo, sino para salvar y nutrir a los pobres». [177]

«¡Los pobres se mueren de hambre!»

Un día Luis XIV, en una de sus cacerías, encontró, a la revuelta de un camino, a unos mozos de labranza que llevaban en una parihuela hecha de ramas un cadáver frío.

«¿De qué ha muerto este hombre?» —preguntó el rey.

---

[174] *La perfecta casada*.
[175] Landriot, *La Mujer fuerte.* Conf. XII.
[176] *Matrona incedit census induta nepotum.*
[177] Homil. 21 *ad populum.*

Y los paisanos con sencillez y naturalidad, le contestaron: «De hambre, majestad».

Los ojos del monarca se anublaron... y su conciencia dio un vuelco.

Los pobres morían de hambre y él derrochaba un capital en el fausto de la corte y en las fiestas de Versalles. Mas bien presto los cortesanos lograron distraerle y el recuerdo del pobre se desvaneció entre los clamores de la caza.

¡Cuan severo es este reproche para los que malgastan su hacienda en el fausto: *¡Los pobres se mueren de hambre!*

Del lujo a la molicie.

El lujo lleva a la molicie, que es la afeminación del cuerpo y del alma. Y la molicie es la pendiente resbaladiza que lleva al vicio.

La virtud es cuesta arriba y no cuesta abajo.

En casi todas sus páginas el Evangelio predica, no el regalo del cuerpo, sino la mortificación de la carne. Sólo así la carne puede estar sujeta al espíritu.

Las joyas y el lujo de la mujer cristiana.

Una mujer noble enseñaba a la esposa de Foción, con vana complacencia, sus joyas y vestidos. La buena mujer, según refiere Plutarco, contentóse con responder a la vanidosa matrona: «Mis joyas y mis vestidos y todo mi adorno es Foción».

—Mis joyas, es mi esposo, son mis hijos— debiera decir una mujer cristiana.
Los hijos buenos son verdaderas joyas, como es verdadero lujo la exuberancia de las obras buenas.

4. - Un triste ejemplo: María Antonieta.

Los ejemplos son los grandes
maestros de la vida.

Los triunfos.

La historia, esa gran maestra de la vida, nos suele dar lecciones tremendas.

Ninguna más elocuente como la de María Antonieta, para hacernos comprender cuan efímeros son los triunfos que el mundo otorga a sus ídolos.

Nadie parecía más feliz que esa joven, de real alcurnia, dotada de sin par hermosura, sentada en el trono más deslumbrante de la tierra.

Apenas acababa de expirar el rey de Francia, Luis XV, María Antonieta y su regio consorte Luis XVI, cayeron de rodillas ante los mortales despojos del monarca y se oyó exclamar a la joven reina: «¡Dios mío, guiadnos, protegednos, reinamos demasiado jóvenes!».

La gran nación se entregó a un frenesí de júbilo.

Un escritor, crítico acerbo de la monarquía, escribió estas palabras: «¡Qué gozo ver al fin sentado en el trono purificado de Luis XV al honrado y excelente joven rey y a aquella reina encantadora! ¿Quién no hubiera concebido esperanzas? Un gran movimiento de arte embellecía

aquel momento e iluminaba la escena y la reina era el centro de todo ello. Parecía no existir más que una mujer». [178]

La consagración del rey.

Era el 11 de Junio de 1775, cuando Luis XVI fue solemnemente consagrado en la histórica catedral de Reims con el fastuoso ceremonial de rúbrica.
Desde una tribuna, cerca del altar mayor, María Antonieta presenciaba la ceremonia.

Los rayos de sol que penetraban por los rosetones —cuenta su biógrafo— iluminaban su rostro juvenil. Cuando el rey tomó la espada de Carlomagno ella pidió para su esposo la fuerza del gran emperador Carlovingio.

Dos veces —en el acto del coronamiento y en el de la entronización—se le arrasaron los ojos en lágrimas y para ocultar su emoción, tuvo que retirarse de la tribuna. Pero al presentarse de nuevo en ella, el público prorrumpió en aplausos, en vivas y en lágrimas.

¡Qué magnífica aurora de un reinado que tan trágicamente había de concluir!

¡Qué tristes son a veces los contrastes de la historia!.

Fausto de la corte.

Mientras tanto el lujo con su fausto inundaba la corte, fiestas y banquetes se sucedían sin interrupción.

Asombra el solo hecho de que en la corte había nada menos que 293 oficiales de boca (reposteros, cocineros, etc.) sin contar los criados para la mesa del rey y de su alta servidumbre. Sólo en comida se gastaba en palacio 2. 177.771 libras en un año.[179]

¡Su majestad la Moda!

Tras el lujo, aparecía la moda, siempre voluble y caprichosa.

Se abandonan los altos peinados, los pliegues majestuosos del traje y se introduce el *négligé*, moda que un autor define así: «especie de indecencia ataviada en que se mezclan, en una confusión llamativa, el retinamiento y el abandono, el lujo y la sencillez».

Las telas más ricas llegan a triunfar largos años, ahuecadas por el ridículo miriñaque.

La moda seguía enloqueciendo a sus víctimas. Los sombreros y demás adornos de la cabeza llegaron a ser tan enormes que las señoras, para ir en coche, a menudo tenían que ponerse de rodillas o asomadas a la portezuela.[180]

María Antonieta es la que da la "nota alta" y toma como primera ministra a una modista, la señorita Bertin, cuya principal ocupación era adornar a la joven reina, e inventar para ella cada día una moda nueva.

Una lección severa.

Un día la joven reina envió su retrato a su madre, María Teresa, emperatriz de Austria.
En ese retrato aparecía con la cabeza adornada de monumentales penachos.

---

[178] Michelet
[179] La libra tenía entonces aproximadamente el mismo valor que hoy tiene el franco.
[180] Cf. *María Antonieta*, 1. IV, por Enseñat.

La austera María Teresa se lo devolvió acompañado de una carta en que decía rudamente a su hija: «No, este retrato no es el de una reina de Francia, se han equivocado; es el de alguna actriz».

El vértigo de las alturas.

De este modo ella deslumbraba la corte, repleta de aduladores siempre dispuestos a mentir y quemar incienso ante un ídolo...

Y a su vez esta apoteosis continua de homenajes y elogios cegó a la reina.

Así se concibe como se entregó con ardor a las lecturas frívolas, a los fastuosos bailes, a los placeres que el mundo le brindaba en copa dorada.

Apenas si pudo salvar su fe y su honor en medio del diluvio de tantas frivolidades.

Llegó hasta entregarse a la pasión del juego, José II durante su permanencia en Francia, escribió con cierta severidad: «La corte está convertida en un garito» y aludiendo a esos sordos rumores que preceden a la tempestad, añadía: «La revolución será terrible».

El rugido de la revolución.

Y así fue, la revolución estalló. El mundo derrocaba al ídolo que había adorado.
La horda desfiló por delante de la familia real, llevando, a guisa de estandarte, un cartelón, en el cual figuraba un patíbulo con una muñeca ajusticiada y esta inscripción: «¡María Antonieta en la horca!»

Triste fin de María Antonieta.

Pasemos por alto la triste historia de sus desengaños y de sus desgracias.

Contemplemos a la reina, encerrada en la prisión del Temple.

El rey había sido ya decapitado el 21 de Enero de 1793.

El Delfín, su hijo, había sido arrebatado de los brazos maternales.

Era el 16 de Octubre de 1793. A las diez de la mañana, leída la sentencia de muerte, el verdugo Sansón maniató bruscamente a la reina por la espalda y le cortó luego el cabello.
Dieron las once. Era el momento de partir para el patíbulo. Ella toma asiento en la dura tabla de una carreta sucia. Viste una blusa de piqué blanco, falda negra y una pañoleta de muselina blanca. La carreta marcha lentamente entre un doble cordón de tropa.
A su paso el populacho la insulta.

Son cerca de las doce y media, cuando la carreta llega a la plaza de la Revolución, ya atestada de gente. Sube al patíbulo y un instante después aquella cabeza que había ceñido una corona, cae cortada por la guillotina.

Y el ayudante del verdugo la coge y la pasea, ensangrentada, por el cadalso.

Epílogo.

Triste historia: del trono al cadalso.

Triste epílogo de una vida frívola y mundanal.

Las iras del pueblo se desataron como un diluvio.

Contemos las principales víctimas reales.

La reina, ídolo un tiempo del pueblo, decapitada; el rey, decapitado; la infanta Isabel, hermana de Luis XVI, decapitada: dos de las hijas de Luis XV, Adelaida y Victoria, mueren en el destierro.

Y ahora, doncellas, ¡aprended! Los ídolos son perecederos.

Sus adoradores se trocarán más tarde en sus mismos verdugos.

XIII. - UNA CUALIDAD MUY FRÁGIL: LA HERMOSURA.

Hermosura es una carta de favor que dan los cielos.
(Calderón)

¿Qué es la hermosura?

No conocemos imagen más bella que la que nos ha trazado el gran apologista Tertuliano: «La hermosura es —dice— una perfección del cuerpo, con la cual Dios ha querido adornar su obra y es a la par digna vestidura de la nobleza del alma».[181]

Cualidad efímera.

La hermosura del cuerpo dura muy poco: podríamos decir con el poeta: «Vive lo que vive una rosa, el espacio de una mañana».

Ella es una especie de aurora que dora los primeros años, una especie de alba que ilumina las primeras mañanas de la vida... Mas pronto desaparece, envuelta en el vago crepúsculo de la tarde o en las densas tinieblas de la noche.

Salomón decía muy bien: «Engañoso es el donaire y vana es la hermosura: la mujer que teme al Señor, ésa será la celebrada».[182]

Hermoso apólogo.

Hermoso es este apólogo debido a la pluma de Richter.

«Brillaba con aureola de orgullo el arco iris en medio de las nubes: cautivaba a los hombres con su variedad de matices: la naturaleza sonreía con la gama de sus colores. Creyendo que en sí radicaba el origen de tan rica ornamentación, no sólo a las nubes, sino que hasta al mismo sol consideraba eclipsado en hermosura: por lo menos no fulguraba con tan abundosa profusión de tonos».

«Cierto —dijo el sol, comprendiendo la sinrazón de su altanería— no puedo competir contigo en belleza; me oculto». Tan pronto como el sol se retiró, desapareció el arco iris.

Imagen de lo efímero de la belleza, que brilla sólo con el reflejo de la luz que viene de lo alto...

La hermosura de la virtud.

El cetro de la hermosura es muy frágil.

«La hermosura es indudablemente una soberanía, pero lleva en sí la ineludible condición de ser en breve abdicada. Sin embargo, cuando sabe asegurarse la alianza de la virtud, puede soltar el cetro sin temor de perder ni su majestad ni sus conquistas».[183]

---

[181] *De cultu faeminorum.*
[182] Proverbios XXXI, 30.
[183] Gertrudis Gómez de Avellaneda.

La hermosura de la virtud es imperecedera, e irradia su luz desde las profundidades del alma, hacia el exterior.

El ejemplo de Judít.

Tenemos un ejemplo en la historia de Judit.

Leemos en el Libro Sagrado que ella se adornó con sus galas, para cumplir la misión de libertar a su pueblo.

A sus encantos naturales «el Señor añadió más esplendor; porque todo ese ornato procedía no de vanidad, sino de virtud. Por esto Dios aumentó su hermosura, para que apareciese a los ojos de todos con belleza incomparable».[184]

El esplendor de la virtud.

Es pues la virtud el principio de la hermosura, es ella misma que se derrama luminosa hacia lo exterior.

He aquí como interpreta bellamente este pensamiento San Ambrosio: «La raíz de esta belleza es una virtud siempre lozana, cuya flor se proyecta sobre todos los órganos».[185]

Un refrán japonés reza: «Raras veces, las almas bellas se reflejan en caras feas».
Nótese que no se trata aquí en particular de la belleza clásica; sino más bien de esa serenidad y euritmia (armonía) que cautiva al alma.

Por el contrario, el vicio es fealdad.

Dice un escritor: «La envidia, hace amarillear el rostro, la soberbia contrae el entrecejo y arruga la frente; la vanidad endurece y afea la expresión del mirar: el descontento forma arrugas feísimas junto a la boca: la ignorancia presta a la cara más bonita, repulsiva expresión de estupidez; la vanidad hace perder al movimiento toda su naturalidad y le hace afectado y ridículo... Y así todo: no hay vicio ni defecto, por muy escondido que creamos tenerle, que no llevemos pintado en la cara. Por eso se ha dicho que el rostro es el espejo del alma».

Elogio hecho por Salomón.

Siendo así las cosas, bien se comprenderán los elogios que Salomón dispensó en sus libros inspirados, a la mujer virtuosa.

Escojamos una de sus más bellas frases. Al dirigirse a la mujer fuerte, la ve vestida de gracia y ataviada de hermosura.

«La fortaleza y el decoro son sus atavíos: y estará alegre en los últimos días».[186]

«Estará alegre en los días de su ancianidad, pues el tiempo que arruina el cuerpo, no puede tocar un alma virtuosa, antes bien pone sobre ella la belleza de un arrebol crepuscular».

La verdadera hermosura no admite artificios.

La hermosura espiritual no necesita el realce de los artificios humanos para brillar.
Brilla por su propia luz, bien así como la verdadera belleza física resplandece con más primor en medio de la sencillez y de la modestia.

---

[184] Judit X, 3-4.
[185] *De Officiis* 1.1, c. 45.
[186] Proverbios XXXI, 25.

«Es ansia de las doncellas lucir su primera hermosura con la riqueza de las galas: y engáñanse en esto como en otras tosas, porque a la frescura de las rosas por la mañana, basta el natural rocío, que cortadas, han menester el artificio del ramillete, donde tan poco duran como después ofenden».[187]

Dos aromas.

Cualidad tan frágil como la hermosura, necesita para durar la envoltura de dos virtudes, la modestia y el pudor, que son como dos aromas que embalsaman e impiden la corrupción.

[187] Lope de Vega.

XIV. - DOS VIRTUDES DELICADAS: LA MODESTIA Y EL PUDOR.

La modestia cristiana es salvaguardia de la hermosura.
(C. Fernández.)

Modestia exterior.

La modestia en la acepción vulgar de la palabra, no es sino el orden, la compostura, cierta gravedad en el vestir, en los movimientos, en el aderezo externo de la persona.

Tal especie de modestia exterior era conocida también de los paganos.

Cicerón la clasificaba entre los elementos de la templanza natural.[188]

Modestia interior.

La modestia cristiana debe ser sobre todo interior, es decir, arrancar de las profundidades del alma y florecer en lo exterior del cuerpo.

Es pues, según el concepto de San Agustín, un cierto equilibrio del alma, que no es ni encogimiento ni expansión indebida modus animi (un estado de ánimo) y este equilibrio interior se traduce en un orden plácido que modera el rostro, el gesto, el andar, el vestido, la conversación... *modus corporis (tipo de cuerpo).*

En este sentido escribía San Pablo a los fieles: «Vestíos de modestia».[189]

Hermosos conceptos.

Eurípides llama a esta virtud: «El don más preciado de los dioses».

San Gregorio: «La gracia escondida y la hermosura oculta».[190]

Según un pensamiento de San Agustín: «Es la corona y la púrpura de todas las virtudes, como la rosa es el adorno y la púrpura de la primavera».

Según San Bernardo: «Es la que modera el alma y el cuerpo, humilla las cabezas erguidas, serena la frente, compone el rostro, liga los ojos, cohíbe las risadas, gobierna la lengua y forma la buena apostura».[191]

Tales delicados conceptos nos parecen otras tantas gotas de rocío resbalando calladamente sobre la purpurina corola de las flores.

El mejor adorno.

La modestia es el mejor adorno de las doncellas cristianas.

Un escritor español dice que la modestia «Es el único fondo sobre el cual resaltan, con todas sus perfecciones, la imagen de la hermosura y la imagen del talento».

---

[188] *De invent*, 1. 2.
[189] Epístola a los Colosenses III, 12.
[190] *Decor occultus et tecla venustas.*
[191] Epístola 113.

Y añade: «La modestia da realce y dignidad a un semblante varonil: pero es de mayor precio si se retrata en una mirada tranquila y honesta, en una boca por donde vaga la sonrisa de la inocencia y en unas mejillas que tiñe el carmín infalsificado del pudor».[192]

Es la modestia la mejor gala de la virtud.

Cómo triunfaron tantas doncellas.

Innumerables son los ejemplos de doncellas cristianas que supieron guardar el tesoro de su virginal pureza; bajo el velo de la modestia.

Y para no exponer a la rapacidad del mundo tan precioso tesoro, supieron alejarse de los peligros, mortificar sus sentidos, vivir en el retiro y cuando fue necesario, derramar su sangre.

Consignemos sólo dos nombres esclarecidos, ya que no nos es posible detenernos en la larga historia de su vida y de su martirio.

Una noble virgen siracusana.

Lucía era una noble virgen de Siracusa.

Había abrazado la virginidad voluntaria y había distribuido su dote a los pobres.

Era un ángel en carne humana.

El prefecto Pascasio cuya mano, cuyas promesas y amenazas ella había noblemente rechazado, la hace traer a su presencia.

Lucía invoca al Espíritu Santo y Pascasio le pregunta: «¿Tienes tú por ventura al Espíritu Santo?» «Ciertamente —responde la animosa joven— aquellos que llevan una vida pura son templos vivos del Espíritu Santo».

El prefecto la amenaza hacerla deshonrar.

Y ella aclaró: «Si tal aconteciese contra mi voluntad, lejos de arrebatarme la castidad, doblarías la corona de mis méritos».

Dios libró a su sierva con prodigios y el mismo fuego con que querían quemarla, respetó su cuerpo virginal.

Al fin, la espada del verdugo cortó su cabeza.

Así daba su sangre, por la fe y por la castidad, la joven santa Lucía.

Otra noble joven de Alejandría.

Igual cosa aconteció en Alejandría a una joven, ilustre de nacimiento, llamada Teodora. Hallándose en peligro, de perder la fe o la integridad, acude a Dios. Y dice a sí misma: «Judit, porque tuvo confianza en Dios, consiguió salvar su patria, sin perder su pudor. Pues bien, yo haré lo mismo y tendré la dicha de conservar mi pureza y permanecer fiel a mi religión».
Y después de haber pasado por las pruebas y los tormentos, murió virgen y mártir.

La mujer modesta ante los Libros Sagrados.

El Eclesiástico se hace lenguas en alabar a la mujer discreta, recatada y modesta.

«Es cosa que no tiene precio una mujer discreta y amante del silencio y con el ánimo morigerado.

Gracia es sobre gracia la mujer santa y vergonzosa.

---

[192] Catalina, *La Mujer.*

No hay cosa de tanto valor que pueda equivaler a esta alma casta.

Lo que es para el mundo el sol al nacer en las altísimas moradas de Dios, eso es la gentileza de la mujer virtuosa para el adorno de una casa.

Antorcha que resplandece sobre el candelero Sagrado, es la compostura del rostro en una edad robusta».[193]

Pocas veces el Eclesiástico en su admirable libro, ha superado la belleza de las expresiones susodichas.

Es la modestia tan grata a los ojos de Dios y del mundo, que se la predica «gracia sobre gracia».

Es deslumbradora como «el sol al nacer en las altísimas moradas de Dios».

Y la doncella modesta es como «antorcha que resplandece sobre el candelero sagrado».

El pudor.

Es hermano de la modestia. Es un instinto del alma.

Una sensitiva celestial tan delicada, como esa otra sensitiva de nuestros huertos.[194]

Un toque de alarma que anuncia la próxima llegada del mal.

Cristal quebradizo.

Por ser tan delicada, es virtud frágil, cristal quebradizo.

Arrancada al pudor la primer hoja,
un hálito del aire la deshoja.[195]

Escribe Severo Catalina: «El pudor es flor tan delicada, que el soplo de una imprudencia le ofende y el calor de una mirada torpe lo agosta y lo marchita... a la vez el aroma de esta flor produce la más casta y más delicada de las complacencias».

Hay que guardarle con sumo cuidado en el fondo del alma, como se guardan las flores delicadas en un invernáculo durante los rigores del frío.

Es de vidrio la mujer,
por eso se ha de cuidar,
que no se llegue a empañar
y no se pueda romper.[196]

Virtud propia de la joven.

Es el pudor una virtud que sienta bien a la joven.

Es el mejor tinte que puede colorar su rostro.

«La mujer es pudor y esto hace que sea gracia», escribe Augusto Nicolás.

---

[193] Eclesiástico XXVI, 18-23.

[194] Es la sensitiva una planta leguminosa que tiene la propiedad de contraer y plegar sus hojas cuando se la toca.

[195] J. Cruz Varela.

[196] Ruiz de Alarcón.

El decoro.

El decoro es el complemento de la modestia y del pudor.
Es la majestad aparente del alma.
Es la distinción de las grandes virtudes.
Es como un manto regio que la virtud extiende sobre la persona.

Repiloguemos...

«En una mujer bien educada, la modestia es un deber personal que tiene su origen en el respeto que se debe a sí misma: la reserva es una precaución que exige su propia seguridad: el recato un freno prudente impuesto a su franqueza; finalmente el pudor, movimiento retrógrado de la modestia lastimada o de la inocencia espantada...

Una mujer debe tener reserva en su porte, recato en su conducta, modestia en sus palabras, pudor en sus sentimientos y decoro en todo; porque el decoro es la dignidad de la mujer, dignidad que ella no podría lastimar sin sufrir profundamente, puesto que no puede inspirar respeto a los demás sino a proporción del que guarda consigo misma».[197]

Por encima de todo, la joven cristiana debe amar la pureza, que es el esplendor de un alma angelical...

[197] Condesa de Bassanville, *De la Educación de las mujeres.*

XV. - LOS PELIGROS DE LA MUJER.

1. - Galanteos y requiebros...

Amor, como ciego y loco, puede mucho y sabe poco.
(Fray Gabriel Téllez.)

Concepto del mundo.

¡El mundo! he aquí una palabra muy vieja y muy significativa.

Es una de esas palabras que entrañan la corrupción del siglo, los alicientes del placer, las seducciones de la carne, el fausto de las riquezas, el aparatoso tren del lujo, la engañosa apariencia de todas las cosas que pasan...

Es palabra tan compleja que difícilmente se presta para una definición. Su misma etimología nos desconcierta. *Mundus*, en latín, significa puro y sin embargo, el mundo es la misma impureza. Sólo se le podría llamar puro por suprema ironía.

Tácito define al mundo: «corromper y ser corrompido».

Salomón: «vanidad de vanidades».

El espíritu del mundo.

Según la frase de David; como quiera que sea «el mundo pasa como una sombra y a su paso esparce, como gas asfixiante, su espíritu de corrupción que siembra la muerte».

El espíritu mundanal es, pues, la atmósfera corruptora que envuelve al hombre e intenta ahogarle... Es el primer enemigo del pobre mortal.

Sus aliados son, el demonio y la carne. Son tres y forman legión.

Galanteos.

Los galanteos, *et similia (y similares)* siembran el mundo de asechanzas, al modo que lo hacen los bandidos de las vías públicas.

Lanzan lejos sus redes, al modo que lo hacen las arañas para cazar las moscas.

Son algunas de sus asechanzas tan encubiertas, algunas de sus redes tan sutiles, que un ojo poco perspicaz difícilmente las percibe.

Pertenecen también a esta clase lo que con un nombre genérico podríamos llamar requiebros...

He aquí otra palabra que parece esfumarse cuando se la quiere definir y que sin embargo tiene honda significación y funestos alcances.

Son las redes invisibles que lanza el amor sensual en el mar del mundo para pescar almas incautas.

Redes, que envuelven a dos corazones primero con hebras doradas y después los sujetan a fiera pasión con cadenas de hierro.

Escribió un autor: «La galantería, es el primer abuso del amor, está muy cerca del libertinaje; es casi la ausencia completa del amor».

La mariposa loca.

Analicemos algo más esa palabra compleja que se escurre como una anguila y se esfuma como una nube.

El amor —esa noble palabra que el mundo ha profanado— el amor sensual prende en dos almas y las enloquece...

Así también, la llama enloquece a la incauta mariposa, que gira, revolotea alrededor de aquella, hasta que en un momento de vértigo, se quema las alas y muere abrasada.

Es la historia de todas esas almas que giran, giran con la rapidez del vértigo, alrededor de esa llama impura del amor sensual, hasta que se queman las alas de la inocencia y mueren abrasadas...

El primer paso.

Los galanteos entre jóvenes de diferente sexo —ya apurando el léxico de los requiebros, ya ensayando miradas lánguidas y haciendo mil sandeces— son siempre el primer paso hacia los enamoramientos.... Esto es jugar con fuego.

Difícil es no quemarse.

Difícil es a una joven liviana no prostituir su corazón a cualquier advenedizo, a cualquier joven acicalado, a cualquier dandy cuyo único mérito acaso es, pasear su estolidez por las calles más concurridas de la ciudad y gastar en el *flirt* (coqueteo) las horas que debiera gastaren el estudio y en el trabajo.

Nunca fueron ésos los mejores esposos. De esa casta nunca han salido, sino hombres inútiles, degenerados, fácil presa de la ignorancia, de la fatuidad, del vicio, hombres quebrados moral y económicamente.

Grito de alarma.

Con razón pues San Francisco de Sales, que por otra parte es tan complaciente, da el grito de alarma exclamando: «Yo grito en alta voz a todos los que están presos en las redes de los amoríos: cortad, truncad, romped...; no basta con desatar esos lazos, es menester romperlos y cortarlos».

Hay que saber enfrenar el corazón, cuando como caballo desbocado se lanza a carreras vertiginosas...

«El corazón es una máquina que debe tener por regulador la razón».[198]

Advertencia a los padres.

Tales amistades entran en el número de las malas compañías.

Santa Teresa da el grito de alarma a los padres y trae su ejemplo: «Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres, que en esta edad tuvieran gran cuenta con las personas que tratan sus hijos, porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural ante lo peor, que a lo mejor. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía y si no hubiera pasado por ello,

[198] Gabrielle Cavallier.

no lo pudiera creer: en especial en tiempo de mocedad, debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí todos los padres de familia, para mirar mucho a esto».[199]

Mas sigamos analizando este estado patológico del alma.

El pavo real.

¿Habéis visto alguna vez el pavo real en todo el despliegue y lujo de su vanidad?

Pisa galantemente el suelo, yergue noblemente la cabeza, despliega procazmente el abanico de sus plumas, se contonea con gracia y gira con majestad al rededor de sí mismo, como para ostentar en pleno sol el lujo de su cola tornasolada.

Un escritor moderno francés, ha escrito de propósito una novela, donde aparece en el papel de pavo real una de esas jóvenes livianas, sin sesos, sin cordura, ostentando a los galanes su ridícula coquetería.

¡Y cuan vana, cuan ridícula aparece al principio esa joven! ¡Y cuan desgraciada más tarde en el último desenlace del libro!

La coquetería nunca ha formado ni buenas esposas, ni buenas madres.
Sólo ha formado cortesanas.

Niños aviejados.

Escribe Selgas: «Antes que una niña sepa qué palabras son las que mejor sientan en su boca de ángel, sabe perfectamente qué color, qué adorno, qué cinta realza más la hermosura de su cara de mujer.

Da una verdadera tristeza ver a esas niñas que, apenas han cumplido nueve años, ya han adquirido todos los secretos de la coquetería y de la vanidad».

Otras consideraciones.

Además de los peligros morales que traen consigo tales devaneos, hay que tomar en cuenta también la pérdida de tiempo y el descuido de los serios deberes de la vida.

Es una consecuencia lógica.

El porvenir se venga inexorablemente de todas las sandeces de la juventud. Y trae hartos desengaños.

¡Pobres jóvenes! Mal comprenden la alta misión de la vida. Como la higuera estéril del Evangelio sólo cubierta de hojas, están ocupando un lugar inútil en esta tierra...

El ejemplo de las grandes mujeres.

Las mujeres sabias y laboriosas han ocupado las mejores horas del día en el cultivo de su alma y de su inteligencia y en el cumplimiento de sus deberes y de sus trabajos.

¿Sería posible concebir a esa grande escritora y reformadora, Santa Teresa de Jesús, *gastando sus horas ante un espejo?*

Si así hubiese sido, su nombre habría muerto con ella y no resonaría ahora glorioso en el mundo de la santidad y de las letras.

[199] Cf. Su Vida, c. II.

Con seriedad...

¡A luchar pues! Con seriedad y gravedad.

La mujer ha de conquistarse un alto pedestal de honor, no por el falso espejismo de sus gracias, sino por el noble ascendiente de la virtud.

La virtud es tan esplendorosa por sí misma, que irradia como el sol y dora todas las cosas como la luz. Es una aurora que nunca pasa. Es un sol que nunca se pone.

2. - Bailes.

A la mujer loca más le agrada el pandero que la toca.
(Refrán).

El placer.

El placer es la copa rebosante que los tres grandes enemigos del hombre, según dijimos, nos brindan para que bebamos y nos embriaguemos...

Es una copa en cuyo fondo se halla el veneno.

El placer es un rosal que nos ofrece sus frescos capullos, sus rosas entreabiertas, sus corolas de púrpura, para que aspiremos todo el néctar de sus perfumes...

Mas es un rosal que encubre bajo sus verdes hojas, traidoras espinas.

El placer es el espejismo, ese fenómeno de óptica que engaña al viajero del desierto azotado por el sol. Ilusión que pasa, fantasma que cautiva, relámpago que deslumbra, sembrando a su paso tristes desengaños y amargas tristezas.

«No hay placer que no tenga por límite el pesar: que con ser el día la cosa más hermosa y agradable, tiene por fin la noche».[200]

Bien dijo Salomón: «Dije yo en mi corazón: iré a bañarme en placeres y a gozar de los bienes presentes. Mas luego eché de ver que también esto es vanidad».[201]

Triste epitafio, escrito por el hombre más sabio de la antigüedad, sobre la sepultura de los placeres mundanales: vanidad de vanidades.

Los peores aduladores.

El placer es una copa dorada llena de emponzoñado brebaje que ofusca la razón y da la muerte.

Dice Bossuet, el príncipe de los oradores cristianos: «La gracia y los placeres son una diversión peligrosa. El alma cautivada por los placeres se convierte al mismo tiempo en enemiga de la razón»

Dice un sabio antiguo: «Los peores enemigos, son los aduladores y yo añado con seguridad; que los peores aduladores son los placeres».

Palabras de Fenelón: «El goce de los placeres no hace otra cosa que enervar el alma: ese goce la corrompe, la hace insaciable».

---

[200] Lope de Vega.
[201] Eclesiastés II, 1.

Espinosa materia.

Nos sería imposible tomar nota de las mil seductoras y variadas formas con que el mundo nos brinda el placer.

Puntualicemos sólo algunas, las de más vistosa apariencia y de tren más ruidoso. Ante todo, los bailes.[202]

Espinosa materia es ésta para los maestros de espíritu, que se hallan en la necesidad de conciliar las exigencias sociales con la ley inflexible de la moral.

Senda es ésta erizada de espinas, para la juventud que se halla en el temible despertar o en la pavorosa ebullición de las pasiones.

Formidables anatemas.

Aristóteles, príncipe de los filósofos griegos, recomienda a los jueces y magistrados que prohíban el baile a la juventud.

El filósofo Platón prefirió incurrir en desgracia y desagradar a Dionisio el tirano, a tomar parte en un baile que había dispuesto este rey.

Salustio, historiador romano, para pintar a una mujer de costumbres libres dice: «Bailaba con más primor de lo que conviene a una mujer honesta».

Ovidio, poeta romano, llama a los lugares de los bailes: «lugares de naufragio para el pudor» y a los bailes: «semillas de los vicios».

Horacio, otro poeta romano, considera el baile como una de las causas de depravación de los romanos.

Séneca dice: «Los bailes afeminan y corrompen el corazón».

No quiero ahora espantar a mis jóvenes lectoras trayendo aquí los formidables anatemas lanzados contra los bailes por los Padres de la Iglesia.

Resuenan aún a través de los siglos los furibundos apóstrofes que el Crisóstomo, desde la primera cátedra del Oriente, lanza contra la emperatriz: «¡Y baila aún esta Herodías!».

Y conste que no conocían aun ciertos bailes, como el Lingo y otros que no quiero nombrar para no manchar estas páginas, en los cuales lo lascivo corre parejas con lo brutal.

La opinión de San Francisco de Sales.

Traigamos sólo a colación la opinión del más condescendiente de los Doctores de la Iglesia, el dulcísimo San Francisco de Sales: «Las danzas y bailes son cosas indiferentes por su naturaleza, pero, según el modo ordinario con que se ejecutan, están muy ladeadas e inclinadas hacia la parte del mal, por consiguiente llenas de riesgo y peligro; ejecútanse de noche y es muy factible, que entre la oscuridad y tinieblas, se introduzcan muchas cualidades tenebrosas y viciosas en un sujeto sumamente apto en sí mismo para recibir el mal: en ellos se trasnocha considerablemente, con lo cual se pierden las madrugadas de los siguientes días y la oportunidad de servir a Dios en ellas: en una palabra, es locura cambiar el día por la noche, la luz por las tinieblas y las buenas obras por los devaneos: todos en el baile ostentan a competencia vanidad y como ésta es la disposición más oportuna para afficiones malas y amores replensibles y peligrosos y fácilmente se engendra todo esto en los bailes.

[202] En el párrafo siguiente se completará la especificación.

De los hongos y setas dicen los médicos, que los mejores no valen nada, pues lo mismo te digo, de los bailes, que los mejores no son absolutamente buenos.

Pero si es preciso comer hongos, se ha de cuidar de que estén bien compuestos y si por algún motivo inexcusable es preciso ir al baile, ten cuidado de que esté bien compuesta tu danza: ¿pues con qué se ha de sazonar? con modestia, seriedad y buena intención.

Comed pocas setas y no muy a menudo, dicen los médicos, pues por bien sazonadas que estén, la cantidad las hace venenosas: baila poco y no muy a menudo, porque si no, te expones a cobrar afición al baile».[203]

Cuándo son permitidas las danzas.

Y refiriéndose al juego y a la danza, añade: «Para que sea loable el juego o la danza se ha de tomar por recreo y no por pasión; ha de durar un tiempo moderado, no hasta fatigarse y desvanecerse: y ha de ser raras veces, pues siendo con frecuencia, se convierte en ocupación el pasatiempo.

¿En qué ocasión, pues, se puede jugar o bailar?...

Puedes, danzar y jugar con las condiciones que te he señalado, cuando lo dicta la prudencia y la discreción, por condescender y complacer a la honesta concurrencia en que te hallas; porque la condescendencia, como hija de la caridad, hace buenas las cosas indiferentes, lícitas las peligrosas y aun quita la malicia a las que son algún tanto malas».[204]

Consideraciones morales.

Madama de Staél dijo con varonil acierto: «Dos cosas hay que no salen ilesas de un baile: el planchado del traje y el pudor del alma»...

La que esto dijo lo podía saber muy bien.

Severo Catalina escribe con donaire: «Nuestros antiguos creían que en ciertos bailes hace de bastonero Satanás. Nosotros no lo hemos visto nunca: pero si no hace de bastonero o empresario, su ganancia aguarda de seguro».

Y afirma que para ir al baile hay que «desnudarse hasta de la vergüenza».[205]

Corramos un velo sobre todo esto.

Basta un solo soplo para ajar el lirio de inmaculada blancura.

San Carlos Borromeo dice: «La danza mundana viene a ser un círculo del cual el demonio es el centro y sus esclavos la circunferencia; así que, raras veces o nunca, se baila sin pecar».

Un hombre muy impío, Pedro Bayle, se expresa así: «La danza sólo puede conducir a estragar el corazón y a armar una guerra peligrosa a la castidad».

«¡Nunca ha bailado mi hija!»

Con motivo de las observaciones susodichas y de muchas otras que hemos dejado en el tintero, un buen padre de familia presentando su hija al novio dijo con orgullo estas palabras: «¡Nunca ha bailado mi hija!»

Era una buena recomendación en favor de las costumbres inmaculadas de la hija.

---

[203] Introducción a la *Vida Devota*, parte III, c. XXXIII.

[204] Introducción a la *Vida Devota*, parte III, c. XXXIII.

[205] *La Mujer*, XIII.

Otras consideraciones.

Preferimos dejar la palabra, cuando nos es posible, a las mujeres, pues en asuntos de bailes nos llevan grandes ventajas.

La escritora Alaria del P. Sinués de Marco dice: «¡No! No es en los bailes, en los espectáculos, en el bullicio del mundo, donde la mujer puede hallar la satisfacción de su corazón, la paz de su alma. En esos fútiles devaneos se embotará su inteligencia y el aburrimiento reemplazará muy pronto al placer».[206]

Consecuencias físicas.

«Ya preveo la objeción—argüía Monseñor Landriot —¿Pretendéis condenar las tertulias? Empiezo, señoras, por rogaros tengáis en cuenta que si hay algo que condenar, no soy yo quien condena: son los hechos, es la naturaleza, es el temperamento humano». [207]
Y pasa a demostrar las desastrosas consecuencias que hasta en el físico traen esas tertulias fatigosas, prolongadas, enervantes...

Caen aquí de perlas las palabras del filósofo Séneca: «Hay quienes invierten el uso del día y de la noche... Nada más triste y abatido que el aspecto de esas personas que se han consagrado, por decirlo así, a la noche: no tienen otro color que el de los enfermos, pálidos, consumidos, cargando una carne muerta sobre un cuerpo vivo.

Pero no es esto lo peor: su mismo espíritu, rodeado de tinieblas, está embotado y habita en las nubes... ¿Cómo no deplorar un desarreglo que se reduce a alejarse de la luz del día y a pasar la vida en las tinieblas?»[208]

¡Cuántas jóvenes han hallado en el baile el principio de esa enfermedad —especialmente la tisis pulmonar— que poco a poco ha minado su existencia, tronchando prematuramente una flor apenas abierta!...

De muchas se podría decir lo que dijo un poeta[209] de una joven: «La mató su excesivo amor al baile».

Bailes de niños.

Todas estas consideraciones suben de punto, cuando se trata de esos *bailes de niños* que van privando en algunas partes.

Un poeta llama esos bailes, asesinatos.

He aquí sus palabras: «¡Los niños! A la luz de las bujías (velas) he visto tiernos infantes malgastando su vigor; delgados y graciosos, circulan a media noche, entre flores y cánticos, estrépito y perfumes. Los he visto escuchar, enrojecidos sus lindos semblantes por la púrpura de la fiebre, conversaciones malsanas que se deslizaban de labios... El mundo los asesinaba, pero allí estaba su madre y el torbellino del baile todo lo arrastraba en sus radiantes espirales».[210]

En nombre de la religión, de la moral y de la higiene, es preciso condenar tales bailes, cuyas consecuencias sería difícil de poder apreciar.

---

[206] *El Ángel del hogar.*
[207] *La Mujer fuerte.* Conf. VI.
[208] Epist. 122.
[209] V. Hugo.
(1) [210] M. de Pontavice de Haussey.

Severas críticas.

Antes de amainar las velas, oigamos de la boca de una mujer las más severas críticas sobre la educación que con relación a los bailes se da a las niñas y doncellas.

Nos gusta oír ciertas verdades de labios imparciales.

«¿Hay nada tan extravagante como la educación que de ordinario se da a las mujeres? Se las censura el que sean coquetas o galantes y sin embargo, se les enseña todo lo que es propio de la galantería y nada de lo que pueda ocupar su espíritu y robustecer sus virtudes...

Una mujer, que no puede bailar decorosamente más que durante cinco o seis años de su vida, emplea diez o doce en aprender lo que por tan poco tiempo habrá de practicar y esta misma mujer, que está obligada a tener juicio hasta su muerte y que debe hablar hasta su último aliento, no aprende nada de lo que pudiera adiestrarla para hacerlo discretamente y portarse con corrección...

Yo quisiera en verdad, que se procurase tanto cultivar su espíritu como se procura cultivar su cuerpo».[211]

Razones son estas, muy bien razonadas.

3.- Los espectáculos, teatros y cines.

Huye de todo placer presente
que haya de causarte un mal futuro.
(Denis)

Los espectáculos.

Los espectáculos son la forma vistosa del placer.

Picarescamente se podrían definir, el escenario donde las mujeres pasean ante el público su último sombrero, su collar de perlas o lo que sea su arrogante *toilette*, en una palabra su vanidad.

Observación perteneciente a Ovidio, el viejo poeta romano, muy conocedor del sexo propio y más todavía del contrario: «Más que para ver, van para ser vistas».

No son escuela de moralidad.

Que hay peligros en ciertos espectáculos poco honestos y poco cultos, es cosa que salta a la vista aun del más ciego.

Nunca han sido tales espectáculos escuela de moralidad y de cultura, ¿Quién podría negar, por vía de ejemplo, que las luchas romanas, los pujilatos, los matches de box, etc., no proclaman muy alto el culto de la fuerza bruta y que un puño bien asestado es la ley suprema de la razón?

¿No fue así como se avezó el pueblo romano a esos actos de ferocia inaudita, a esos combates de gladiadores donde corría tanta sangre y se sacrificaban millares de víctimas en medio del delirio público?

---

[211] Scudery, *El gran Ciro.*

Las mismas y otras razones podríamos dar para condenar ciertas exhibiciones de circo y otros espectáculos de baja ralea; mascaradas y comparsas de carnaval, restos de esas orgías del imperio romano en decadencia, que aún están flotando en la atmósfera...

Mas no bajemos a tantos particulares.

Una pudorosa doncella siente instintivamente repulsión hacia esos espectáculos, esa repulsión que parece ser la voz de la dignidad humana ultrajada.

¡Lástima que a veces una curiosidad malsana llegue a ahogar esa voz!...

Ejercen influjo morboso.

Es preciso también decir cuánta sugestión ejerce toda esta clase de espectáculos sobre la juventud. Mejor que todas las consideraciones, valga el siguiente ejemplo: Alipio, amigo de San Agustín, se había propuesto no asistir nunca a las luchas de los gladiadores.

A pesar de sus buenos propósitos, un día se dejó arrastrar por sus condiscípulos al anfiteatro.

«Podéis arrastrar mi cuerpo —les decía— pero no me obligaréis nunca a ver tales juegos. Estaré presente en ellos pero también ausente: porque ni vosotros, ni estos espectáculos sangrientos podrán sobreponerse a los sentimientos de mi alma».

Alipio cerró los ojos y quiso de este modo impedir que su espíritu se solazase en el espectáculo que ofrecía la arena; pero un repentino grito de la muchedumbre se los hizo súbitamente abrir.

«Entonces—escribe San Agustín— su conciencia se sintió más sobresaltada que la de los que luchaban en la arena; porque no bien hubo contemplado la sangre que brotaba de las heridas de los combatientes, se excitó su espíritu y ya no cerró los ojos, sino que los abrió cada vez más, embriagado ante el espectáculo de aquellas luchas feroces.

Aplaudió, se entusiasmó y más apasionado que los demás, los enardecía a todos y salió del anfiteatro con propósito firmísimo de volver a él cuantas veces pudiere».

La corriente arrastra. El que no tiene la fuerza de bogar contra ella, será envuelto por las olas y despeñado en el abismo.

El teatro.

Entre los espectáculos peligrosos debemos colocar también el teatro.

El teatro —que pudo ser un tiempo escuela de virtudes— se ha convertido hoy, en gran parte, en escuela de corrupción.

La opinión no es mía: es de todos los moralistas, sin distinción ni colores.

Antagonismo entre la moral y el teatro.

Entre la moral y el teatro existe y existió siembre un antagonismo inconciliable, derivado de que el teatro vive de las pasiones y la moral sirve para combatir las pasiones.

La Iglesia y la moral toleran el teatro, mas no lo aprueban y sólo lo permiten reservándose el derecho de vigilarlo estrechamente.

Esclarecidas opiniones.

Baste la sola autoridad de De Maistre: «La importancia que se da al teatro es el nivel infalible de la degradación de las naciones».

Este termómetro no ha engañado jamás.

Añadamos unas palabras de San Jerónimo: «Yo no creo a los que afirman que salen de espectáculos tan puros como entraron. El demonio está siempre en ellos».

Daños físicos.

Además, es opinión general de todos los higienistas que el teatro es perjudicial, en especial para la juventud, no sólo por la atmósfera de excitabilidad que se respira ahí, sino también por las trasnochadas.

El sistema nervioso tan sensible de la juventud, recibe sacudidas tremendas que tienen sus repercusiones en toda la economía y son causa de ese vago malestar que llaman neurastenia, o de esas enfermedades orgánicas —p. e., tisis pulmonar— que agotan las fuerzas y arrojan prematuramente al sepulcro un cuerpo joven de años y viejo de achaques.

No se puede hacer impunemente de la noche *día* y dedicar al placer las horas que la naturaleza quiere consagradas al reposo y al sueño: los grandes restauradores de las fuerzas nerviosas.

Podríamos hacer notar muchos otros inconvenientes, pero no hace al caso y hemos de suponer que las jóvenes nos han de creer cuando, bajo nuestra palabra desinteresada, les hablamos en nombre de la religión, de la moral y de la higiene.

Palabras de un literato.

M. León Gautier solía decir: «No vitupero yo a los que van al teatro: cada cual es dueño de su conducta. Pero en cuanto a mí, no voy y nunca he ido. Es una resolución que tomamos, al casarnos, mi mujer y yo y felizmente, nunca nos hemos arrepentido de ello».

Un consejo de Dumas.

Alejandro Dumas, el dramaturgo, cuyos piezas han sido objeto de agrias censuras por su descarada inmoralidad, llamado a sentarse en el sillón de la Academia francesa, vacante por el fallecimiento de otro autor dramático. Mr. Lebrun, en el discurso de recepción pronunciado el 11 de Febrero de 1875, dijo las siguientes palabras, que deberían recordarse con frecuencia a los padres de familia: «Nosotros a nadie convidamos a que venga a escuchar nuestros dramas; escribírnoslos, los hacemos representar cuando le place al empresario, y venga quién venga. En cuanto a las hijas varía la cuestión. Nunca las convidamos, no hay modo posible de avenencia entre nosotros y esas almas delicadas que sólo deben recibir ejemplos de la familia y de la Religión».

El Cine.

No es posible dejar de mentar aquí el cinematógrafo.

Es auxiliar poderoso para la enseñanza gráfica, cuando se contiene en los límites del arte o de la ciencia y lo es para la corrupción, cuando se apodera de él el vil lucro.

Las cosas han llegado a tal extremo —por incuria de los gobiernos que no exigen previo examen de los films y por la degradación de la moral pública— que se puede sentar esta norma general: «Una joven casta no puede asistir a los cines de teatro».

Cines malos y cines buenos.

El cine malo es en cierto modo más corruptor aún que el teatro, por cuanto en pocos momentos desarrolla ante los espectadores novelas de los bajos fondos sociales o las desenfrenadas escenas de la Roma decadente.

Sin contar las desvergüenzas de los actores, la lubricidad de sus modales y cien cosas más que un alma delicada, puede aguantar.

Y aun ¡cuánto habría que decir sobre los que llaman cines buenos, nada más que porque se dan bajo la alta dirección o anuencia de algún templo o patronato!

Más aún: ¡cuán difícil nos sería deslindar las altas responsabilidades que conciernen a cuantos los toleran, los permiten o los ayudan con su presencia y la de los hijos!

Por la moral y por la salud.

Bien se comprende cuan tristes han de ser las consecuencias que trae consigo el cine para la moral y la salud.

Acerca de la moral, no hay discrepancia de opiniones.

Acerca de la salud, comienza a levantarse la voz de buenos higienistas que condenan el cine, especialmente para la juventud, por ser causa de perturbaciones graves del sistema nervioso y del órgano de la vista.

Un ejemplo edificante.

Los espíritus delicados sienten una natural aversión a todo espectáculo que lastima sus sentimientos.

Uno de esos espíritus privilegiados fue la princesa Enriqueta, la hija mayor de la reina María Leczinska. El mayor disgusto que ella experimentaba era cuando se veía obligada algunas veces a presentarse en los espectáculos.

Habiéndole alguien preguntado un día la causa de su repugnancia, respondió la Princesa: «Desde el momento que me presento en ellos y veo aparecer los primeros actores, me siento acometida de una tristeza profunda. Yo me digo a mí misma: he aquí unas personas que se condenan de propósito deliberado para divertirme. Este pensamiento me ocupa absolutamente mientras dura la representación: y ¡cómo es posible que pueda divertirme!»

Un propósito.

Bien quisiéramos que nuestras jóvenes lectoras hiciesen suyo el propósito de una distinguida doncella, la cual había escrito en su Vademécum: «No asistiré nunca a espectáculos que puedan lastimar mi fe, mi conciencia y mi dignidad. En caso dudoso, pediré consejo».

XVI. - LOS PECADOS DE LA MUJER.

1. - Los pecados capitales

La huella del pecado original está en todas las almas,
como la del diluvio en las montañas más altas.
(Madama Swetchine).

«Sin beneficio de inventario».

Ardua y espinosa cuestión es ésta, hablar de los pecados de la mujer. Es casi quererse meter en un berenjenal.

Alguien dijo que los pecados de la mujer son más numerosos que los cabellos propios y ajenos de su cabeza.

Quien dijo esto, tuvo mucho cuidado de ocultar su nombre, para no entregarlo a la execración de la bella mitad del género humano.

No discutamos si aquello es una calumnia, una hipérbole o sencillamente una verdad.

No nos importa. En este trance, es el caso de decir, que aceptamos aquello «sin beneficio de inventario».

Siete raíces...

No queremos, pues, recorrer toda la gama de los pecados de la mujer, supuesto que éstos sean muchos, tanto como las siete notas musicales que se entrelazan, se compenetran, se contunden en mil variadas armonías.

Por amor a la verdad, hay que decir que nunca serán tantos como los pecados de los hombres. No tengo recelo ninguno en cargar con toda la responsabilidad de semejante aseveración.

Lo cierto es que siete son las raíces principales de esa infinita multiplicidad de pecados que inundan este mísero planeta, así como son siete los colores que forman todas esas hebras de luz que nadan en los espacios...

Los siete pecados capitales.

Parece ser el siete un número tan misterioso como los siete sellos que sellaban el libro del Apocalipsis.

Remontémonos pues, a esas raíces misteriosas que la caída original ha plantado en las profundidades de nuestro ser y que brotan tan emponzoñados frutos.

El Catecismo —el libro más sabio que jamás se haya escrito, pues es un compendio de la Biblia— las apellida pecados capitales y son: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza.

«Asestemos algún tiro».

No nos es posible hablar de todos en particular, pues lo hicimos ya en otra parte desde un punto de vista moral y médico.[212]

Asestemos sólo algún tiro en especial al monstruo del orgullo, que aparece por todas partes, se mezcla en todas las cosas y toma las más variadas formas.

A veces flota, cual nube, en nuestro pensamiento; se diluye, como agua, en nuestras palabras; y hace rodar, cual poderoso móvil, todas nuestras obras...

El orgullo.

He aquí una página maestra y sustanciosa que nos muestra al orgullo disfrazado bajo mil formas como el viejo Proteo de la fábula: «Toma mil formas a cual más aborrecibles. Es el desdén, es la altanería, es la insolencia: en sus labios no hay más que injurias y desabrimientos; todo ha de ceder ante él, todo ha de abajarse a él.

Es la violencia: sus ojos echan fuego, sus labios se estremecen y concluyen por vomitar ultrajes.

Es la ostentación, es la jactancia: es sabio, es opulento, es fino, es fuerte, es el único, el incomparable: no habla más que de sí, no hay más que por él, no hay más que para él.

Es la presunción: todo lo puede, a todo se atreve; nada le detiene, ni las dificultades, ni las advertencias, ni los consejos; a nadie se digna dirigir la mirada: marcha siempre con la cabeza erguida y con los ojos entornados.

Es la vanidad: todo sirve de pábulo a su amor propio: su nombre, su país, su talla, hasta el corte de su vestido, el arreglo de sus cabellos.

Es la fatuidad: llevado hasta la idolatría del culto a su persona, tanto más fatuo cuanto es más tonto. —¿Qué es un fatuo sin su fatuidad?— pregunta Chamfort, quitadle las alas a una mariposa, queda una oruga».[213]

Se diría que en el orgullo están condensados en germen, todos los demás pecados.

Es «egolatría».

El orgullo es la codicia que devora las almas.

Es codicia de gloria, de homenajes y hasta de adoración.

En este último caso sería una verdadera egolatría (adoración de sí mismo).

Una mujer insigne ha escrito que «la codicia de superioridad ha perdido a más mujeres que el amor».

Una anécdota.

Esta *egolatría* nace de una exagerada estimación de si mismo, o del hecho de haber nacido en cuna dorada.

A este propósito cuéntase una anécdota muy sugestiva: Luisa María de Francia, la hija menor de Luis XV, creyó una vez que una mujer que trabajaba en su aposento de la corte, la había ofendido: y por tanto le dijo con enfado: —¿No soy yo hija de vuestro rey?—

A lo cual contestó fríamente aquella mujer: —¿No soy yo hija de vuestro Dios?—

---

[212] Véase La Higiene Moral, o sea *La Higiene del alma y La Higiene de las pasiones.*

[213] Baunard.

Entonces dijo la Princesa algo compungida: —Tenéis razón, yo he sido quien os ha ofendido, y os pido perdón—.

Envidia y celos.

Muchas veces bajo la púrpura del orgullo, ostenta sus harapos esa vieja greñuda que llamamos *envidia*, siempre pronta a desgarrar con sus uñas, cual ave de rapiña, la reputación ajena.

Y casi siempre anda acompañada de sus hijos, los *celos*, seres andrajosos que andan rondando cual raposas, en acecho de la víctima.

¿Es común esta pasión entre las mujeres?

Madama Swetchine escribe: «Se necesita un prodigio de amistad entre dos mujeres, para quitar a la que es inferior toda debilidad de envidia».[214]

¡Y eso entre amigas!

Otra autoridad.

Por si no basta la autoridad que hemos traído a cuento, aquí va la opinión de un filósofo, Yoritomo y por añadidura japonés. Hay que confesar que estos buenos filósofos ¡no siempre se equivocan!

«En las mujeres —dice el aludido— la tendencia a la envidia causada por el despecho es muy marcada. Siempre las mujeres tímidas detestarán a aquellas que brillan por su hermosura y atavío».

«Mea máxima culpa».

Y baste de autoridades.

La autoridad más infalible es el testimonio de la propia conciencia. Aunque los labios se resistan a veces a confesar la verdad, la conciencia reza naturalmente el *mea culpa*... y no pocas veces, el *mea máxima culpa.*

Una palabra acerca de la ira.

La ira es otro pecado capital que tiraniza a esos hombres y mujeres que no han alcanzado lo que llaman los ingleses con una sola palabra el *self-conlrol,* es decir; el completo dominio de sí mismo.

La ira es causa de muchos males morales y físicos.

Pasemos por alto sobre ello y digamos sólo dos palabras acerca de las pendencias que ella suele ocasionar.

La palabra irascible da siempre ocasión a dimes y diretes, a demandas y respuestas, a réplicas y dúplicas, cuando no a riñas y peleas.

Bien decía Alfonso X al recordar la afamada Calfurnia: «Cuando las mujeres pierden la vergüenza, es fuerte cosa contender con ellas».

Tal vez a esto se debe la razón de ese extraño adagio: «Discutir con mujer y aporrearse con pared, lo mismo es».

---

[214] *Lettres*, t, I.

Sin ánimo de entrar a discutir sentencias tan cáusticas, recomendemos el silencio, como gran medio para dominar la ira.

Reza un proverbio árabe: «Mientras no dices nada, tuya es la palabra, interiormente eres rey de tu pensamiento; pero una vez que has hablado, la palabra reina sobre ti».

Una anécdota.

Cuenta un autor que Xantipa, mujer de Sócrates, era tan colérica que llegaba hasta mordérse a sí misma. Sucedió pues un día que para desbravar (amansar) el enojo que la hacía apretar los dientes, dio en ponerle de oro y azul al filósofo, rociándole con una perdigonada de adjetivos y provocándole a que faltase a su habitual mansedumbre.

Aguantó el zaherido la mecha sin decir esta boca es mía. Esto enfureció aun más a su consorte, la cual en el colmo del enojo, arrojó sobre la cabeza del infeliz marido un jarro de agua.

El pobre Sócrates se enjugó como pudo la ducha, diciendo:

—¡Ya suponía yo que la tronada de todo el día tenía que acabar en agua!—»

¡Infelices los que en el camino de su vida tropiezan con tales Xantipas!

Los pecados hacen buenas migas entre sí.

Lo que decimos del orgullo, de la envidia, celos e ira, entiéndase dicho también respecto de los demás pecados. Por ley de afinidad moral, nunca un pecado anda solo.

Busca, como los átomos, la agregación de otros átomos afines.
Y de estos átomos corruptores, desde la caída original, está llena la atmósfera.

¡A la conquista de sí mismo!

¡Adelante, pues! Hay siete temibles enemigos que se han atrincherado dentro de nosotros y que se disputan nuestra alma...

¡A la carga! con arma blanca.

Hemos de reconquistarnos palmo a palmo, luchar a brazo partido contra esos siete monstruos y arrojar lejos sus restos despedazados a las aves del desierto...

¡A la conquista de sí mismo! para que la voluntad sea la reina del hombre e imponga sus leyes a los instintos y pasiones humanas.

Esta conquista se podrá llevar a cabo en especial por medio del conocimiento de sí mismo, del escrutinio de la propia conciencia, la oración y meditación seria, la mortificación de las propias pasiones y sobre todo por medio del Sacramento de la Penitencia, medio principalísimo para alcanzar la verdadera reforma de sí mismo.

2. - El pecado de la lengua.

La muerte y la vida están a la disposición de la lengua.
(Proverbios. XVIII 21)

El pecado "específico".

No podemos negar que la mujer habla mucho.

Este podría ser el pecado específico de la mujer. Quiero decir, el pecado que más que ningún otro la distingue de los hijos de Adán.

Esto no quiere decir que los pobres hijos de Adán vayan exentos de ese pecado: por desgracia deben añadir éste también a la muchedumbre de sus pecados.

Bien dijo La Fontaine: «En esto son mujeres no pocos hombres».

Ampliemos más el concepto.

Alguien dijo: «Hay un octavo pecado capital, que es con especialidad pecado de la mujer y es la locuacidad».

Otro dijo: «Nunca será nuestra la última palabra, si hay un eco o una mujer».

¿No será esta una calumnia?

Si así fuese, sería una calumnia muy vieja y muy gastada.

Ya desde los tiempos más remotos, al hablar de las mujeres, los hombres serios solían repetir lo de Teócrito: «Un río de palabras y una gota apenas de buen sentido: *vix mentis gullam*».

Hemos apuntado estos conceptos más bien por su valor histórico que por otro motivo.

Y sin hacerlos nuestros, los entregamos sin comentarios a la discreción del lector.

La intemperancia de la lengua.

En el hablar mucho no habría gran culpabilidad si acaso no fuese cierto lo que dice Salomón: «En el hablar mucho no faltará pecado».[215]

Palabras que el refrán traduce así: *quien mucho habla, mucho yerra.*

En seguida añade el Sabio: «Mas quien sus labios refrena, es hombre muy prudente». «Plata finísima es la lengua del justo»... [216]

Por el contrario, la lengua del hombre impío, según el apóstol Santiago, es la universidad de la iniquidad.

El mismo también la llama el *mal inquieto*, un mal que es difícil atajar.

La temperancia de la lengua es tanto más necesaria en la mujer cuanto más que, si hemos de creer a los moralistas, el sexo débil flaquea por este lado, según ya dejamos establecido.

«El verbo del hombre».

La palabra es uno de los dones más maravillosos que el Creador ha otorgado al hombre.

Es como el verbo del hombre, es su espíritu que resuena en el ritmo de la voz...

«Es la imagen del Verbo de Dios», dice San Atanasio.[217]

La palabra entraña algo de creador.

Es como un fiat que el hombre lanza a través de las almas.

A veces es como una brisa que refresca, un soplo que hiela, una música que transporta y a veces es el huracán que conmueve las profundidades del corazón.

Donde vibra la palabra brotan las ideas y palpitan los sentimientos.

---

[215] Proverbios X, 19.

[216] Ib. 19-20.

[217] Orat. II contra Arian, n 78.

Las responsabilidades.

Es don divino, que lleva en sí, según el uso que de él se hace, la vida o la muerte.

Este don trae consigo gravísimas responsabilidades.

Pues la palabra es incorruptible: no se apaga con el sonido de la voz, sino que parece resonar a través de las edades, eternamente...

Sus resonancias llegan más allá del sonido de la voz, más allá de la tumba, y alcanzan hasta los oídos del Juez Supremo...

Una vez lanzada la palabra, como la pluma arrojada al viento, no es más posible retirarla... Así como la pluma sigue los espirales del viento, así la palabra sigue, impalpable, el curso del tiempo, indefinidamente...

Desde el principio de los tiempos la palabra de Luzbel, *no serviré*, ha atravesado los siglos, sembrando el espíritu de rebelión en las almas y seguirá resonando en las profundidades del abismo lúgubremente...

A esa palabra contestó el arcángel San Miguel con esa consigna: *¿Quién como Dios?* Y estas palabras han atravesado a su vez los siglos, sembrando la fe y la confianza en Dios y seguirán resonando en las alturas como un himno perenne de victoria.

La palabra parece que no muere sino que se transforma en ondas, en vibraciones, en energías, y sigue palpitando en el espacio…

Elogios de la lengua.

Las sagradas Páginas despliegan todo un lujo de frases al hablar de la palaba buena, dulce, llena de armonías.

«La flauta y el salterio causan dulce melodía: mas la lengua suave es superior a ambas cosas».[218]

«¿No es verdad que el rocío templa el calor? pues así también la buena palabra vale más que la dádiva».[219]

«La palabra dulce multiplica a los amigos y aplaca a los enemigos; y la lengua graciosa vale mucho en un hombre virtuoso».[220]

¿No es cierto que al leer tales expresiones, nos parece paladear un panal de miel?...

Vituperios de la lengua.

Por otra parte dice David que «ciertas lenguas están labradas al modo de navaja afilada».[221] Que trinchan, cortan y sajan sin compasión.

Y no sabiendo el rey Profeta como traducir mejor su pensamiento, acude a las figuras más enérgicas. Dice que algunos *afilan su lengua como una espada*[222] y que *se halla en sus labios el veneno del áspid*[223] y que *su garganta es como un sepulcro abierto.*[224]

---

[218] Eclesiástico XI, 21.
[219] Eclesiástico XVIII, 16.
[220] Eclesiástico VI, 5.
[221] Salmo LI, 1.
[222] Salmo LXIII, 4.
[223] Salmo XIII, 3.
[224] Salmo V, 11.

Podríamos multiplicar tales citas en pro y en contra de la lengua, pero las apuntadas son suficientes para hacernos comprender el terrible alcance de este miembro, que según el Apóstol Santiago; es capaz de dispensar la vida o la muerte.

El azote de la envidia.

Conviene, pues, a la joven poner doble freno a su lengua, como se le pone a un caballo desbocado.

Una lengua sin freno es una calamidad. Sus mordeduras son las mordeduras de la serpiente.

Ella muerde como el áspid, cuando la envidia roe el corazón.

La envidia es una baja pasión, de la cual, según un maestro de espíritu, muy pocas almas se libran.

Cuando está reconcentrada en el corazón y bulle en el pecho, busca siempre su salida por medio de la boca, como si ésta fuese una válvula de alta presión y agita furiosamente la lengua como un azote...

Estas palabras son de Salomón: «La mujer celosa tiene un látigo en la boca y este látigo es la lengua».[225]

¡Ay entonces de los que se hallan al alcance de este azote!

La lengua flagela sin compasión a las amigas, a las conocidas, a cuantas sobresalen por sus méritos, por sus atractivos, por sus virtudes.

Y las flagela traidoramente por la espalda, es decir, cuando esas personas están ausentes y no pueden defenderse.

En esto la envidia tiene por aliados los celos; hijos legítimos de tan baja pasión.

Ellas y ellos, destrozan despiadadamente las reputaciones y con los restos mutilados banquetean...

La murmuración es en verdad, el banquete de las almas viles.

Si se llegase a desterrar la envidia del corazón de la mujer, se evitarían tal vez las tres cuartas partes de los pecados de la lengua.

Fatuidad y chismografía.

Hay otras causas que desatan la lengua y la echan a correr por caminos torcidos. Notemos dos principales.

La fatuidad. El fatuo tiene su corazón en la boca.

Un día en un festín, habló uno sin cesar en presencia de Demóstenes: al concluir, éste le dijo: «Amigo, si verdaderamente supieras tantas cosas no hablarías tanto».

La mujer sabia habla poco, porque conoce demasiado el precio de la palabra.

La marisabidilla habla a tontas y locas. Tiene lo que llama San Ambrosio; *el vértigo de la locuacidad.*

La chismografía. «Guárdate de ser chismoso —aconseja el Eclesiástico—».

El chismoso se acarrea el odio, la enemistad y el oprobio».[226]

---

[225] Eclesiástico XXVI, 9.

[226] Eclesiástico V, 16-17.

El “se dice...”

La palabra sacramental del chisme es el *se dice...* Esta es una pequeña saeta que se clava en el corazón del prójimo.

Es el gran ladrón de reputaciones.

«Del prójimo hablar bien o callar», era la máxima de Don Bosco.

El silencio.

El trágico griego, Sófocles, da este consejo: «Hijo mío, aprende a guardar el silencio, pues el silencio es fuente de todos los bienes».

Aprenda pues la joven a callar oportunamente, a no disipar su espíritu por medio de palabras vanas.

Aprenda a penetrar en su alma como en un templo, silenciosa y religiosamente y a escuchar en este templo interior las voces del espíritu y los oráculos de Dios.

Eutrapelia...

Aprenda, cuando es necesario hablar, a usar de la palabra con medida, discreción, prudencia y eutrapelia.

El doctor Angélico llama eutrapelia a la amenidad del trato y especialmente la afabilidad de las palabras.

Esta virtud es el perfume de un alma buena y distinguida.

Palabras afables son otras tantas flores que un corazón bien nacido, arroja sobre otros corazones.

La eutrapelia debiera ser especialmente para las personas que viven en medio de la sociedad, una espontánea eflorescencia de las virtudes cristianas.

“Pulsad vuestras cuerdas...”

Diré por último a las jóvenes: El órgano de vuestra voz —esa voz tan insinuante, tan melodiosa, tan angelical— ha de ser como el harpa celestial que tocan los ángeles, llena de armonías divinas.

Pulsad pues vuestras cuerdas vocales y arrancad de ellas himnos de alabanza para Dios.

La palabra, como la música, tiene la más alta y principal misión de alabar a Dios, el gran artífice y de elevar las almas hacia lo alto...

XVII. - HIGIENE Y SALUD.

1. - Higiene moral y física.

Puede decirse que, generalmente, la salud no es el derecho del más fuerte, sino el premio del más sabio.
(A. Rían).

"Mens sana in corpore sano".

El lema de una joven ha de ser este dicho de Juvenal: *sana de alma y de cuerpo.*[227]

O aquel hermoso hemistiquio del poeta mantuano, cuando nos describía a Eurídalo: «La virtud graciosa en un cuerpo hermoso».[228]

La salud del alma y del cuerpo son dependientes una de otra, por la íntima unión que tienen en el hombre el físico y lo moral.

Como demostramos ampliamente en otra parte[229] las pasiones con frecuencia traen consigo enfermedades y éstas generalmente entorpecen las facultades del alma.

En el fondo de cada pasión está en acecho la enfermedad y en la enfermedad, duerme un principio destructor que arruina al mismo tiempo al cuerpo y al alma.

Esta es la razón del lema cristiano: *Joven sana de alma y de cuerpo*.

El tesoro de la salud.

La salud es un tesoro incomparable, cuyo precio no se conoce sino cuando se ha perdido. Y este tesoro se dilapida con mucha facilidad. Creemos generalmente que la enfermedad venga siempre a visitamos por sí misma: pero lo cierto es que la mayor parte de las veces somos nosotros que la invitamos a nuestra casa y una vez que esa intrusa ha penetrado en nuestra casa, ahí sienta sus reales, manda despóticamente sobre el cuerpo y aun sobre el alma y va sembrando ahí los principios corruptores que han de engendrar la muerte.

No hay medio de echarla. A lo menos resulta muy difícil.

A veces hay que librar verdaderas batallas campales, reconquistando palmo a palmo el terreno invadido. Por esto, no debemos ser tan imprudentes que invitemos o demos paso a la enfermedad en nuestros dominios.

Un punto flaco: el estómago.

Queremos hacer notar que uno de los puntos más débiles de nuestro organismo —uno de esos puntos que más fácilmente se baten en brecha y por ésta entra victoriosa la enfermedad— es el estómago.

---

[227] *Mens sana in corpore sano.*
[228] *Gratior et pulchro veniens in corpore virtus.*
[229] Véase nuestra Higiene Moral: *la Higiene del alma y la Higiene de las pasiones*

Mejor hubiera dicho, la gula.

Hay jóvenes —con perdón de mis lectoras— que comen demasiado...

Se diría que viven para comer y no comen para vivir y se hartan sin discreción y no dan un punto de tregua a su pobre estómago, obligado a un trabajo muy superior a sus fuerzas, hasta que lo agotan y lo arruinan...

Y con él se arruina toda la economía animal. Es el derrumbe de la salud.

Esta es la puerta común por la cual entra la enfermedad en el cuerpo de las jóvenes inexpertas.

La Higiene.

Para lo cual se necesita previsión, prevención y precaución; que es lo que constituye la higiene. Esta viene a ser como una gran barrera que se opone a la irrupción de la enfermedad, como esos diques infranqueables que cierran el paso a las inundaciones.

Son pues necesarios para la joven algunos conocimientos de higiene, para uso propio y para el desempeño de su futura misión.[230]

Algunas observaciones.

Apuntemos aquí unos datos referentes a la higiene personal de la mujer. Tomémoslos de Concepción Arenal, mujer muy perita en achaques mujeriles.

Lamenta la indolencia de las jóvenes y añade: «Poco aire, poca luz, poco movimiento; tal es el régimen propio de las señoritas, al cual hay que añadir trajes tan incómodos como feos, que embarazan sus movimientos, y no las deja andar...

De este modo, privan a la mujer del indispensable ejercicio y la atavían de maneras que son un ataque permanente a la estética y a la higiene y hasta al sentido común, porque hay ocasiones en que las señoras más parecen grandes muñecas con malos resortes que personas racionales... ¡Cuántas no aspiran a mayor elogio (ni lo merecen) que a parecer figurines!»

Mucho más habría que decir a este propósito, mas pongamos punto final sobre estos y otros ataques permanentes contra la Higiene y la salud.[231]

La limpieza.

Parte de la higiene es la limpieza.

Esta es un gran factor de salud y de pulcritud.

El agua desempeña un papel importante en la limpieza y en general, en toda la economía humana.

Dios nos la ha dado con profusión y no hemos de ser ávaros de ella en cuanto se refiere a la limpieza del cuerpo.

Los baños o las abluciones diarias son además un excelente tónico para el sistema nervioso.

---

[230] Véase el *Manal del Educador*, "Educación Física" y el *Manual del Joven,* "Salud e Higiene".

[231] Sobre el uso del corsé y otros adminículos, véase *Charlas sobre Modas y otros tópicos del mundo femenino* VII "Higiene".

Higiene de la piel.

Débese usar el agua como principio de salud y de limpieza.

Débese notar aquí acerca de la limpieza y aderezo del cuerpo, que es muy contrario a la higiene la costumbre de embadurnar el rostro con polvos y menjurjes, como quiera que esos afeites impiden la transpiración y secreción cutánea, función tan necesaria en nuestra economía física.

Llevar el rostro cubierto de polvos de arroz, es como llevarlo sucio de basura.[232]

Vida higiénica.

Sobre todo, vida higiénica, sin abusos ni desarreglos morales ni físicos.

Por eso dijo un sabio: «La salud se encuentra más que en los botes de farmacia, en la vida arreglada».

Un célebre médico que gozaba de una salud de hierro, solía confesar que la debía a tres grandes medios, es decir: aire, agua y movimiento.

Y otro añadía a estos tres, un cuarto medio: la sobriedad.

2. - Cultura física.

El valetudinario tiene una enfermedad que dura toda la vida.
(Dickson)

Restaurar las fuerzas.

No basta por medio de la higiene alejar de nuestro cuerpo todo principio morboso; es preciso también aumentar el capital de nuestras fuerzas físicas, continuamente debilitadas por el desgaste que nos demanda toda actividad.

Cada actividad entraña una combustión de fuerzas que deben ser separadas por la alimentación, el reposo y los otros medios higiénicos que hemos dado en el párrafo anterior.

Un medio además muy especial para esta restauración o robustecimiento del organismo, es lo que llamamos particularmente cultura física.

Cuanto más fuerte es nuestro organismo, más resistirá a todas las influencias morbosas y mejores servicios podrá prestar al alma.

Organismo débil es hombre enfermo.

Sobre la alimentación.

Pasemos por alto el discurrir sobre la alimentación, la cual debe ser ante todo sana.

Apuntemos al pasar algunas observaciones.

---

[232] Acera de los productos que se emplean en el tocador, conviene saber que son perjudiciales todos los minerales, bismuto, cinc, etc., pero ninguno tanto como los que contienen sales de plomo. La higiene es el mejor cosmético y el agua el mejor refrescante.

Los huevos y la leche son los alimentos que poseen todos los elementos de que necesita nuestro organismo.

Se abusa en general de golosinas.

No se masca suficientemente bien. Se olvida la gran máxima latina: que la primera digestión se hace en la boca.[233]

El vino, los licores, las salsas y todo otro estimulante, deben ser alejados de las mesas de las jóvenes, por motivos de salud y hasta de moral.

La temperancia es tal vez la virtud que menos se practica entre las jóvenes acomodadas.

La gula, por el contrario, es uno de los vicios que hacen más estragos sobre el alma y sobre el cuerpo de nuestra juventud.

Los excesos en la comida y bebida agotan la energía moral y las fuerzas físicas.

Ya en parte hemos hablado de ello.

Sobre el reposo y el sueño.

Gran principio restaurador de las fuerzas es también el reposo, y sobre todo el sueño.

He aquí como describe sus benéficos influjos el gran trágico inglés: «El dulce sueño borra en el cerebro las huellas dolorosas de los cuidados: es una dulce muerte de la vida de cada día, el baño después del duro trabajo, el bálsamo de las almas heridas, el segundo servicio en la mesa de la gran naturaleza, el manjar más nutritivo en el banquete de la vida».[234]

Un pensamiento hermoso.

San Crisóstomo tiene sobre el sueño un pensamiento lleno de hechizo: «Las madres, cuando quieren adormecer a sus hijos, los cogen y los mecen en sus brazos, luego los ocultan corriendo las cortinas y los dejan en paz.

Así la Providencia esparce las tinieblas sobre el mundo como un inmenso velo, e invita a los hombres al reposo de sus fatigas»[235].

Reposo y sueño prolongado.

El reposo demasiado prolongado se vuelve inercia.

Quiebra las libras del cuerpo y enerva las fuerzas del alma.

«El largo sueño tiene graves inconvenientes: condensa la sangre; embota todo el organismo; el alma se resiente y se pone pesada, perezosa, incapaz de un sacrificio; queda débil, enervada, entorpecida; sus movimientos adquieren toda la lentitud de la obesidad: está como *saturada de sueño*, según la expresión de un antiguo»[236].

Sueño moderado.

No se echen en olvido las siguientes palabras de Fenelón, en especial las que subrayamos por cuenta nuestra: «Se acostumbra a las niñas —dice Fenelón— a dormir un tercio más de lo que es menester para conservar una salud robusta: este largo sueño sólo sirve para

---

[233] *Prima digestio.*
[234] *Macbeth*, act. II.
[235] *De compunct.* lib. II, n. 5.
[236] Landriot, *La Mujer fuerte*, Conf. V.

debilitarlas y hacerlas sumamente delicadas y más expuestas a las rebeldías del cuerpo: al contrario, un sueño moderado, junto con el ejercicio corporal, da fuerzas, robustece y fomenta la alegría, de lo cual depende, sin contar con lo provechoso que es para el espíritu, la verdadera perfección del cuerpo».[237]

La gimnasia.

Ramo principal de la cultura física es la gimnasia.

La gimnasia —que no fatiga, sino que ejercita los músculos— es un buen reconstituyente.

Mas téngase presente que toda gimnasia «no vigorizará el frágil organismo humano, sino que acabará con los residuos de sus energías, mientras alternen los ejercicios gimnásticos con otros ejercicios nada higiénicos ni aun morales, con los cansancios de los bailes, los excesos de los festines y los demás refinamientos de la vida moderna».[238]

Gimnasia pulmonar.

Además de la gimnasia de los músculos, hay otra gimnasia más importante aún, la de los pulmones, estos son órganos que es preciso airear ampliamente, de cuando en cuando, con largas y profundas aspiraciones y respiraciones.

Cuando respiramos, se realiza en nosotros un fenómeno químico, semejante a la combustión de la hulla en el fogón. El carbono y el hidrógeno que componen la hulla, se combinan con el oxígeno del aire y la hulla arde produciendo calor y luz.

Sin oxígeno no habría combustión.

Por medio de la respiración, se produce también en los pulmones una especie de combustión. La sangre llega a los pulmones, cargada de materias inútiles que ha recogido a su paso a través del cuerpo y ahí puesta al contacto del oxígeno por medio de la respiración, se descarga y se purifica. Cada glóbulo de sángrese carga de oxígeno y lo lleva a todos los tejidos a través del cuerpo, para alimentarlos y vigorizarlos.

En la reconstrucción de nuestros tejidos, entran dos elementos: el alimento y el aire. Cuando estos elementos son pobres, la sangre —que los absorbe— también empobrece y por consiguiente el cuerpo desfallece.

De lo dicho se deduce el gran papel que representa en la economía humana el aire, puro y oxigenado. Y lo perjudicial que es para la salud el uso de corsés apretados o de cualquier otra prenda que impide la libre inspiración y respiración de los pulmones.

Ejercicios físicos.

Por último, los ejercicios físicos —los deportes propios de la mujer, los paseos especialmente al campo, los honestos esparcimientos— son una necesidad para el cuerpo y para el espíritu.

Bien dijo Aristóteles: «El movimiento conserva la salud».

La energía humana es limitada y sujeta a un desgaste continuo. Conviene de tiempo en tiempo reparar el gasto con todos los medios indicados.[239]

---

[237] *La educación de las jóvenes.*

[238] J. Alarcón y M., *Un feminismo aceptable*, XII.

[239] Una importante revista neoyorkina celebró, hace algún tiempo, un originalísimo concurso para averiguar cuál es el deporte femenino ideal. Y entre los millares de contestaciones recibidas, se llevó el premio Mrs. Dudley Sargenta quien asegura, con lógica abrumadora, que el deporte femenino ideal es el ejercicio doméstico. Según ella, tanto la mujer que quiera robustecer sus músculos, como la que quiera adelgazar, impidiendo que las grasas la inutilicen o

XVIII. - UN IDEAL: LA VIRGEN MARÍA.

¡Toda bella eres, oh María! (Antífona de la Iglesia)
Espejo sin mancilla. (Sabiduría VII, 26)

El ideal artístico.

El ideal artístico es la idea que concibe el artista en su mente y que busca exteriorizar por medio del arte.

Es ese ser ideal, impalpable, perfecto, que palpita en la mente del artista y que busca salir a la luz y tomar forma en la tela o en el mármol...

Es esa Virgen divina que flotaba en la mente de Murillo con su belleza encantadora y en su rapto celestial y que el pintor inmortalizó con su pincel.

Cada cual, pintor y escultor.

Cada cual ha de llevar en su mente, como los artistas, un ideal de perfección y ha de copiarlo en sus acciones.

Pues cada acción del cristiano debe ser una obra de exquisita perfección.

En este sentido podemos decir que cada cual es el pintor y escultor de su propia vida.

El ideal de la joven cristiana.

El cristianismo nos presenta un gran modelo de perfección, la Virgen María y nos repite las palabras bíblicas: «Mira y obra según este ejemplar».[240]

Y ha levantado un altar a María, la Virgen y Madre por excelencia, el tipo ideal y divino de la mujer y la ha presentado al mundo como modelo de las más excelsas virtudes.

De este modo el Cristianismo ha dignificado a la mujer —que en el paganismo no era sino una esclava— y la ha colocado en un pedestal de honor y de gloria.

Una página bíblica.

Este prototipo de mujer excelsa, venía surgiendo con su silueta deslumbradora de entre las brumas de las más remotas edades.

Y así leemos en la Sagrada Escritura esta página: «Joacim, el Sumo Pontífice, vino de Jerusalén a Betulia con todos sus ancianos (o senadores) para ver a Judit. Y habiendo salido ella

---

afeen, no deberán buscar en ejercicios costosos y fuera de su casa lo que en su misma casa tienen, con evidente utilidad para la familia. El manejo de la escoba da gran flexibilidad al busto y hace trabajar útilmente los músculos abdominales, impidiendo el desarrollo de la grasa del abdomen. Llevar cubos de agua es un gran ejercicio para los músculos del cuello. Colocar cuadros altos fortifica los músculos deltoides y desarrolla el busto. Quitar con un paño el polvo de los muebles, agachándose y levantándose frecuentemente, es un ejercicio que fortifica los riñones impidiendo la obstrucción de este preciado filtro y evitando el desarrollo del abdomen. Y por último, lavar en casa y en condiciones moderadas, claro está, afirma la epidermis en vez de deteriorarla, y da a los brazos una morbidez singular.

[240] Éxodo XXV, 40.

a recibirle, todos a una voz la bendijeron, diciendo: Tú eres la gloria de Jerusalén; tú la alegría de Israel; tú la honra de nuestro pueblo».

«Porque te has portado con varonil esfuerzo, has tenido un corazón constante, y has amado la castidad... Por esto la mano del Señor te ha confortado y por lo mismo serás bendita para siempre».

«A lo que respondió todo el pueblo: fiat, fiat: ¡Así sea! ¡así sea!»[241]

Culto de hiperdulía.

Con razón aplica la Iglesia las mismas alabanzas a la Virgen María y le repite: «Tú eres la honra de nuestro pueblo. Y todas las generaciones cristianas, al pasar en su peregrinación hacia la Tierra prometida, se han postrado ante Ella, le han rendido culto de hiperdulía y la han llamado bienaventurada».

Ya lo había cantado María con voz profética: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada».[242]

"La escala mística".

La joven cristiana debe pues mirarse en María, como en su ideal, como en su modelo, como en el espejo de todas las virtudes.

Debe hacer vivir en sí este Ideal, por el amor y la imitación.

Es tal amor e imitación, la escala mística por la cual, peldaño tras peldaño, es posible escalar las alturas de la perfección.

Culto de amor.

Cuéntase que cuando Santa Teresa tuvo la desgracia, en la primavera de la vida, de perder a su madre, fue a arrojarse al pie de un altar de María y le dijo: «Desde ahora seréis Vos mi Madre».

La Virgen es la Madre celestial, a la cual se debe amor y devoción.

Una buena joven no dejaba pasar sábado sin ofrecer a la Reina del cielo un precioso ramillete de actos de piedad o de virtud.[243]

De imitación.

El amor es la afinidad de las almas. Las atrae, las asimila, las funde.

De dos corazones hace uno solo: un solo corazón palpita en dos pechos.

De dos almas hace una sola: una sola alma alienta en dos cuerpos.

El amor es el cincel que modela un alma según el objeto amado.

El amor es imitación.

El culto de imitación —la imitación de las virtudes de María— es consecuencia natural del culto de amor.

---

[241] Judit XV, 9-12.

[242] San Lucas I, 48.

[243] V. *Diario del alma,* por B. G., Mes de Junio: «De la devoción al Smo. Sacramento y a la Virgen María».

Ideal de pureza.

La Virgen María es en especial el Ideal de toda pureza.

Es la bandera blanca que debe flotar al tope del barquichuelo de nuestra vida en el revuelto mar del mundo. Porque el mundo es un mar en perpetua tempestad y nuestra vida un barquichuelo que va bogando, bogando...

¡Cuántas jóvenes zozobran en las tormentas de la juventud y arrojan a la sima profunda su candor y su pureza!...

«Mira a la estrella» ...

¡Oh joven que surcas este mar turbulento, escucha!

Cuando el espíritu de las tinieblas amenaza envolverte en las olas tempestuosas de las pasiones, mira arriba, a la blanca bandera que flota en las alturas...

Mira a la estrella que parpadea suavemente en medio de las tinieblas...

E invoca a María. Respice stellam, voca Mariam.[244]

«Mira y obra según el ejemplar».

Te hemos mostrado el Ideal de la mujer, la Virgen María, el prototipo de belleza divina...

Copia pues, doncella cristiana, en ti los rasgos de tu Madre.

Cada rasgo moral es una virtud que debes grabar, a golpes de cincel, en tu alma...

Y rodéate, como Ella, de esa atmósfera de pureza que cual nimbo la envuelve y trasciende a esencia de lirios.

[244] San Bernardo.

XIX. - LA MUJER FUERTE DE LA BIBLIA (Conclusión)

Celébrense las obras de la mujer fuerte en la pública asamblea.
(Proverbios XXXI, 31)

Un cuadro primoroso.

Salomón traza con los primores de su pincel oriental, las alabanzas de la mujer fuerte: «¿Quién hallará — exclama— una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo...
Revistióse de varonil fortaleza y esforzó su brazo...
Abre su boca con sabios discursos y la ley de bondad gobierna su lengua.
Vela sobre los procederes de su familia y no come ociosa el pan.
Levantáronse sus hijos y aclamáronla dichosísima y su marido la alabó diciendo: muchas son las hijas que han allegado riquezas; mas a todas has tú aventajado».[245]

«¡Sed vosotras la mujer fuerte!»

No nos detengamos en examinar cada una de estas pinceladas, que juntas forman el bello cuadro de la mujer fuerte.

Pero si, levantemos bien alto este cuadro, ante los ojos de nuestras doncellas, y digámosles: «Sed vosotras la mujer fuerte: la mujer heroína en los santos combates de la fe; la mujer apóstol en la propagación del Evangelio; la mujer bienhechora en el alivio de la humanidad; la mujer santa en el cumplimiento del deber...»

La mujer, vaciada en el molde de esas jóvenes cristianas de los primeros siglos, las que hacían exclamar a los paganos esas palabras: «¡Cuan admirables hijas tienen estos cristianos!»

La mujer fuerte, cual roca calcárea que se levanta en medio del océano, resiste inconmovible al embate tumultuoso de las pasiones...

Una mujer fuerte.

Se cuenta de Felipe II que, cuando oyó hablar de las grandes empresas y del carácter esforzado de Santa Teresa, al punto exclamó: «¿Y dónde está esa mujer? Deseo verla».
No era para menos.

He aquí el retrato trazado por el papa Pío X con motivo del Centenario Teresiano: «Generosa, pródiga fue con Santa Teresa la naturaleza, disponiéndola maravillosamente para el celestial magisterio de la santa doctrina que había de enseñar, pues fue dotada de singular penetración, de grandeza de ánimo, de bondad de corazón, de energía de carácter, de admirable sentido práctico en el manejo de los negocios, de una índole apacible y de muy discretas y gentiles formas, con las que lograba conquistar todas las voluntades de una manera irresistible».

[245] Proverbios XXXI.

«Pero mucho más admirables eran todavía los dones sobrenaturales que adornaban su alma, pues, con ser tantos los preclaros varones que honraron el siglo y la nación de Santa Teresa con el esplendor de su santidad y de su doctrina, por lo cual no sin razón fueron llamados Edad de Oro aquellos gloriosos tiempos de la católica España, ella sola, Santa Teresa, reunió en sí las grandes virtudes y ricos carismas de todos aquellos varones insignes, cuya dirección y amistad cultivó con tanto cuidado».

Digamos pues: ¿dónde está la mujer fuerte?

La doctora de Ávila era una de ellas. Sobre su sepulcro se lee, entre otras, esta quintilla de Yanguas:

Aquí yace recogida la mujer dichosa y fuerte
que en las sombras de la muerte
quedó con más luz y vida
y con más felice suerte.

Un cuadro desolador.

¡Cómo desaparece ante este cuadro, el otro muy distinto de la mujer mundana y de la joven frívola!

No pregunta Salomón, quién hallará una mujer mundana o una joven frívola.
Pues sabía que el número de tales mujeres es infinito como el número de los necios, sabía que se las encuentra en cada esquina, en cada calle, en cada plaza...

Jóvenes necias, cabezas vacías, almas sin lastre, destinadas a ser hoy juguete de las olas tempestuosas y mañana restos desmantelados que cual escoria arrojará el mar a la playa.

¡Hacia el cielo!

Cimentad vuestra fortaleza sobre las virtudes cristianas, esas severas virtudes que han poblado de ángeles el hogar, de vírgenes los claustros, de heroínas el mundo...

Y pasad por esta tierra como los ángeles del buen Dios, el alma blanca, el brazo fuerte, el pecho henchido de entusiasmo, el corazón rebosante de caridad... y la nostalgia del cielo en vuestras miradas.

Y en vuestra peregrinación hacia una patria mejor, desfilad, cual las hijas de Sión ante el templo santo, —la modestia en vuestra frente y un rayo de la eterna belleza de Dios en vuestras almas— mientras resonarán a vuestro paso, como un tiempo, esas palabras de Salomón: «¡Oh, cuanta belleza es una generación casta, de esclarecida virtud! Inmortal es su memoria y en honor delante de Dios y de los hombres».[246]

[246] Sabiduría IV, 1.